BIBLIOTECA NACIONAL
0468482

BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE
Sección Chilena 9(139-9)
Volúmenes de la obra
Ubicación
R= 0620

ESTEBAN

LA DAMA MISTERIOSA—EL PASO DE VENUS

POR

PEDRO N. CRUZ

VALPARAISO:
IMPRENTA DEL PROGRESO
Antigua seccion de Obras i Encuadernacion del Mercurio

1883.

NEMECIO MARAMBIO.
5,194

33785

A

FRANCISCO CONCHA CASTILLO

Recuerdo de Amistad.

ESTEBAN

ESTEBAN

I

No lejos de la ciudad de Rancagua hácia la costa, vivía un matrimonio de humildes i honrados labradores. A fuerza de trabajo i de prudencia en los negocios, habían logrado comprar una heredad de hasta diez cuadras de buen terreno. De ahí sacaban lo suficiente para vivir con la holganza de campesinos que no conocen las comodidades de la ciudad, i para costear la educación de Esteban, su hijo único.

Este muchacho desde la infancia dió muestras inequívocas, aún para las personas ignorantes i poco perspicaces, de mucha intelijencia i rara afición al estudio. A sus padres se les hizo cargo de conciencia descuidar tan felices disposiciones, i lo enviaron a un colejio de la ciudad vecina. Como era de esperarlo, salió Esteban lucidísimo en los exámenes i mui cargado de premios i de alabanzas de los profesores, tanto por su aplicación i clara intelijencia

como por su noble i buen carácter. Esteban concluyó mui temprano las humanidades, i su padre, que no tenía parientes ni amigos en la capital i que andaba apurado de dinero, determinó guardarlo a su lado hasta que cumpliese veinte años, llevarlo entonces a la capital, establecerlo en una casa de huéspedes i dejarlo allá hasta que recibiese el título de abogado. Mientras tanto se le concedía entera libertad para proseguir sus estudios en la casa.

En los años que estuvo nuestro joven al lado de sus padres, aprovechó el tiempo a maravilla. Las mas de las horas ocupábalas en estudiar. Es de no creerlo; pero en su corta edad sentía ya mui punzante el aguijón de la gloria: soñaba con laureles, con la fama; rudimentos de nobles ambiciones bullían en su pecho. Nadie habría sospechado que en ese cuerpo de adolescente se ocultaban tan altos pensamientos. Divertíase únicamente en la caza i en ayudar a su padre en las faenas del campo. Este no cabía de orgullo con su hijo: ya lo veía mui nombrado, mui solicitado por las personas de copete, mui alabado por los periódicos. Era de ver la cara del buen hombre i de su esposa, cuando Esteban les leía el diario con voz clara, con entonación natural, como si no estuviese leyéndoles sino hablándoles. Mirábanse espantados cuando les aclaraba citas históricas, o explicaba el sentido de algunas frases a que no daba alcance el rudo entendimiento de los campesinos. Nunca, pues, le negaron dinero a Esteban para encargar libros por medio de la jente conocida que solía ir a Santiago.

Esteban leyó al principio, sin método alguno, cuanto

libro le caía en las manos; poco a poco fué observando cierto orden; pero siempre avanzaba sin rumbo fijo. Ya se daba a los estudios históricos, ya a los de crítica literaria, ya a las obras de pura imajinación, ya a los tratados relijiosos o de filosofía. Unos le interesaban mas, otros menos; a éstos los comprendía, a aquéllos leía en su mayor parte como si estuviesen escritos en idioma desconocido; pero no desmayaba. Su espíritu elevábase gradualmente i los horizontes del saber iban apareciendo a sus ojos. Buscaba uno donde poder espaciarse, donde encontrar obra apropiada a la actividad de su injénio. Ya sentía en la cabeza mil ideas que confusamente se revolvían buscando forma en que manifestarse. Tal estado del ánimo debía necesariamente influir en el carácter.

Esteban se volvió ensimismado, meditabundo; poco hablaba en la casa, le gustaba la soledad, le fastidiaba la escasez de discurso de las personas que le rodeaban, i las futilidades que los espíritus limitados desmenuzan i analizan con tanto aparato de raciocinio. Necesitaba la sociedad de jente ilustrada con quien comunicar la opinión que se formaba de los libros, las dudas que le sujerían, la admiración que le causaban; necesitaba estímulo, aliento, gloria, i qué sé yo cuántas cosas mas necesitaba el mancebo. Sus padres se confundían i entristecían con este cambio. Al principio lo creyeron enamorado; pero no hallaban manera de confirmar sus sospechas. Singularmente su madre se aflijía: era una mujer excelente, hacendosa, abnegada hasta el sacrificio; era, en fin, tan buena madre como las madres de los poetas, buenos o malos. Ella mis-

ma, en mas de una ocasión, había recibido de Esteban contestaciones ásperas i mal humoradas. Decidióse, por último, a preguntar a su hijo la causa de su retraimiento. Esteban se enterneció, le pidió que lo perdonase, díjole que él mismo conocía mui bien esos defectos; pero que casi no estaba en su mano el reprimirlos, i luego le abrió, con la mayor claridad que le fué posible, el estado de su espíritu. La pobre campesina algo entendió de todo aquello, lo comunicó con su esposo i resolvieron enviar el jóven a Santiago. Pidieron informes sobre las casas de huéspedes, i les fué mui recomendada la de doña Eulalia, establecimiento barato, limpio i bien servido. Se escribió a la señora, la cual contestó a vuelta de correo que ya quedaba prevenido el alojamiento, i al otro dia partió Esteban. Tenía entonces diez i nueve años.

Aunque no lo supieron sus padres ni nadie en la vecindad, es lo cierto que Esteban tuvo dos amorcillos; pero sin consecuencias.

Fué el primero con una muchacha cuyo rostro tenía un nosequé inocente i soñador, mui propio para fundar en él imajinaciones románticas. A mayor abundamiento acababa de leer Esteban una novela pastoral, i tenía llena la cabeza de amorosas ilusiones que buscaban dónde descansar; de suerte que apenas vió a la muchacha, en ella les dió asiento.

Era la tal hija de una lavandera, cosa que a nuestro enamorado le vino como de molde, porque mas o menos de tan humilde condición era la heroina de la novela.

Pasóse Esteban algun tiempo en contemplaciones pla-

tónicas, con lo cual aumentaban mas i mas a sus ojos los inocentes atractivos de la lavanderilla, i solía andarse por las quebradas hecho un Salicio o Nemoroso. Después de mucho discutirlo en su interior, decidióse Esteban a declarar su pasión e hizo buen ánimo para sufrir los rigores de la beldad, los cuales debían poner a prueba su constancia i rectas intenciones.

Iban la lavandera i su hija a lavar a una vertiente, i como la niña llevaba el bulto de la ropa, andaba mas despacio i de ordinario se quedaba sola mui atrás. Esteban las siguió un dia ocultándose, i cuando vió a la madre ya lejos, picó el caballo, se acercó a la muchacha i, al pasar junto a ella, echó un requiebro al aire por ver cómo se lo recibían.

Paróse al punto la niña i le dijo:

—¿Qué cosa dice? Apéese i hablaremos allí a la sombra.

Obedeció Esteban maquinalmente i, demudado el semblante i dando tragos en seco, comenzó a parafrasear el requiebro. Pero la lavanderilla a las pocas palabras le atajó i le dijo:

—Mas o menos ya le entiendo.

I a reglón seguido se le ofreció con tanto comedimiento i llaneza, que al pobre Nemoroso se le cayó el alma a los piés, i de tal modo se corrió al pensar en su sobresalto i anteriores pensamientos, que murmuró algunas cuantas palabras entre dientes, volvió la espalda i se alejó al galope.

El otro amorcillo fué con una moza que presumía de señorita mui bien hablada i que, en cintas i pañuelitos de

seda, gastaba mucho mas de lo que debía de ganar su padre, un pobre viejo que vendía fruta en verano i pan i queso en las cuatro estaciones. Eufrasia, que así se llamaba, era de aspecto mui vistoso i bizarro, i su estatura elevada i cimbreante tenía un gancho que hacía pecar a los maliciosos i maliciar a los inocentes, dado que el en campo los hubiese.

Esteban se enamoró de ella sin entrar en interiores averiguaciones acerca del carácter i naturaleza de su pasión. Pero no era fácil ver a la niña; no andaba sola por los caminos i Esteban no era entrador ni amigo de hacer compadrazgos. Felizmente en el verano (porque este amor nació en la primavera) notó Esteban, en una de sus pasadas por la vivienda de Eufrasia, que ahí tenían a venta sandías. Escojió un dia caluroso, i a eso de las tres de la tarde entró como por casualidad a comprar una sandía. El viejo arneaba trigo un poco distante; Eufrasia estaba de vendedora. Llegóse a ella Esteban limpiándose el sudor i pidió una sandía.

—Escoja usted—le dijo Eufrasia con remilgo.

Esteban, mientras escojía la fruta, le dijo con turbada lengua (pues maldita la labia que tenía para estas cosas i mas que ya le iba dando vergüenza de los pasos en que andaba), le dijo dos o tres flores a Eufrasia. ¡Favor del cielo! Contestólas al punto la moza, esquivando el galanteo, con tantos repulgos, con palabras tan repolidas, con eses tan silbadoras, con tantos *midos* i *midas*, que en lo mejor Esteban, con la boca pegada, cojió una sandía, la pagó i fué a comérsela a otra parte.

Casi con el único con quien a Esteban le gustaba discutir (i esto por sacarlo de paciencia) era con don Juan Bautista, un individuo medio acomodado de por ahí cerca. Don Juan Bautista se jactaba de hombre mui leido i escribido, si bien sus lecturas nunca habían pasado del Judío Errante i de los Tres Mosqueteros, novelas que casi se las sabía de coro; pero tenía el cuidado de conservar en la memoria las expresiones raras i no oidas por jente del campo que en los periódicos leía, i las ensartaba veinte veces en la conversación. Por esta causa, sus opiniones eran de gran peso entre los campesinos. El *statu quo* i la "centralización administrativa" eran para él llave maestra en los asuntos políticos. Así, cuando en presencia suya comentaban alguna medida del gobierno que había ocasionado protestas o de la cual se inferían trastornos que acarrearían daño para la república, decía don Juan Bautista:

—Créamelo usted. Mal andan las cosas, i todo proviene, a mi ver, de que no se mantiene el equilibrio entre el *statu quo* i la centralización administrativa, como lo hacen en las Uropas.

I los oyentes le creían sobre su palabra.

A la epizootia, desde una vez que la vió en el diario con el nombre de "fiebre aftosa," nunca la llamó de otra manera.

Era liberal por razones particulares i secretas que para ello tenía, pues nunca las dijo a nadie, i llamaba a los conservadores "ultramontanos federales."

Hablaba mui mal de los jesuitas. Se los imajinaba como brujos, que siempre andaban en secretas maquinaciones i

tenebrosos conciliábulos, que tenían minada la tierra i se comunicaban por medio de subterráneos.

Por lo demás, hombre de buen corazón, servicial, humilde i que era gracioso en fuerza de ser disparatado.

II

Hasta ahora nada he dicho de la persona de Esteban. Pues bien, sépase que en punto a garbo i elegancia del cuerpo i a simpatía del rostro, era de lo mas acabado que imajinarse puedan. Particularmente debo mencionar aquí un par de ojos negros, brillantes i un tanto rasgados, que hacían juego con la tez morena, la poblada cabellera i los bigotes espesos si bien no mui crecidos. Por no pararme en pelillos no digo nada de las cejas i pestañas. Ello es que su varonil hermosura era tal que así se prestaba a los románticos ensueños de una virjen honesta i recatada, como a los deseos de una viuda joven i amorosa.

En el viaje a Santiago, Esteban casi no cambió palabra con nadie: iba arrobado en sus ilusiones. Ya se veía aclamado en una sociedad ilustrada i justa apreciadora del mérito; ya encontraba amigos leales, sinceros i capaces de comprender sus nobles aspiraciones porque ellos tambien debían de sentirlas; ya soñaba con la vida de estudiante, vida alegre, juvenil i revoltosa, pues la creía en un todo igual a la de los estudiantes de las universidades europeas, como se describen en las novelas, i la Universidad de

Santiago era para él lo mismo que la famosa de Salamanca; ya comenzaba a recojer los laureles debidos a su talento i constancia en el estudio; i en el fondo de tan risueño cuadro, veía brillar con suavísimos destellos un amor puro, apasionado, que había de levantar su espíritu a grandiosas concepciones.

Llegó a Santiago al oscurecer, i cuando entró a la casa de huéspedes comenzó a entristecerse, apenas respondía a las solícitas preguntas de la huéspeda, comió poco, no miró nada i temprano se recojió a su pieza. Sólo entonces sintió la fatiga del viaje. El ruido de los coches le ensordecía. Se ahogaba en ese cuarto húmedo i sombrío. Las ilusiones se desvanecieron. Enternecióse Esteban al recordar a sus padres, a la antigua sirviente que lo había criado, a don Juan Bautista. Quería volver a ver los cerros, las quebradas, las llanuras extensas, su caballo, su escopeta. Todos estos recuerdos se le atropellaron en la imajinación, hasta que se quedó dormido con las lágrimas en los ojos i el corazon angustiado.

Como de ordinario sucede en estos casos, soñó Esteban que se hallaba mui contento i feliz en su tierra al lado de sus padres, i cuando al despertar se halló en una pieza que no era la suya, lejos de las personas que mas amaba, entre jente desconocida, perdido en una gran ciudad, le asaltaron de golpe los tristes recuerdos de la víspera; mas solo fué por breves momentos. Luego se sosegó, cobró ánimo, vistióse con lijereza i salió al patio.

Ahí encontró a doña Eulalia, la huéspeda: mui buena mujer, soltera i de cuarenta para arriba, que a las perso-

nas que quería las quería como si fuesen sus hijos. Esteban entró en conversación con ella i la dejó encantada, tanto por su discreción como por su graciosa i varonil figura, i desde entonces lo confirmó doña Eulalia por su hijo predilecto, i se propuso interiormente considerarlo i atenderlo como a tal. I lo que mas le agradó a la huéspeda fué la injenuidad entre infantil i maliciosa de Esteban, porque él era de natural llano i mui sin artificio, i así como era reservado i adusto con las personas que no le agradaban, era comunicativo i abierto con las que le agradaban. Esta especie de rudeza provenía en Esteban, no tanto de la falta de sociedad como de su natural instinto para conocer a los hombres, facultad que había desenvuelto considerablemente i casi sin advertirlo, por la lectura de las comedias i trajedias clásicas. Esteban miraba en los ademanes, en las palabras de aquellos con quienes conversaba, una manifestación de la persona moral mas bien que la expresión de actuales pensamientos. Así los discursos, los jestos del hombre agudo, del bondadoso, del presumido, eran ante todo para Esteban nuevas manifestaciones de la agudeza, de la bondad o de la presunción del tal individuo. Por esto, saltándole a cada instante a la vista las cualidades de las personas, casi no estaba en su mano el disimular su contento cuando esas cualidades eran buenas, o su incomodidad i disgusto cuando malas.

A la hora de almuerzo conoció a los otros huéspedes. Eran tres: el establecimiento no disponía mas que de media docena de piezas, dos de las cuales estaban desocupadas.

El de mas edad tendría cincuenta años i era individuo bastante encorvado i mui peinado, rapado i escobillado. Desde hacía veinticinco años ocupaba, sin subir ni bajar, el empleo de escribiente en una notaría, i tanta habilidad había adquirido en el oficio que llenaba una pájina con cuatro palabras sin que se notase el fraude. Pura máquina de escribir, no tenía idea alguna de lo que pasaba fuera de la oficina, i siempre comenzaba en la conversación con un "dicen", o bien "será cierto lo que andan diciendo", o bien "oí decir en la oficina". Sus raciocinios mas en grande consistían en clasificar a los hombres en dos categorías que había formado para su uso particular: la una era de "los honrados i buenos caballeros" i la otra de "los bribones". Segun pagaban o no las pájinas de escritura, entraban en la primera categoría o en la segunda.

Los otros dos huéspedes eran jóvenes de las provincias del norte que tambien venían por primera vez a Santiago. Seguía el uno el curso de matemáticas i el otro el de medicina. Buenos muchachos, no se les conocía mas defecto que encerrarse demasiado en sus estudios profesionales, de suerte que tenían el espíritu como atado a un poste, i si se les llevaba a discurrir sobre otras materias, hablaban a medias i de mala gana.

Comenzaron por este lado a desmoronarse las ilusiones de Esteban. Luego conoció que con el escribiente no tendría mas relaciones que el saludo, i con los otros dos una amistad superficial i de ocasión, sin confianza ni expansiones amistosas. I así fué en efecto.

Junto con practicar las dilijencias necesarias para incor-

porarse a las clases de la Universidad, ocupó Esteban los primeros dias en recorrer la capital. Los edificios le parecieron magníficos i soberbios como que no había visto cosa mejor, i cuando andaba en el barrio central, no sé en qué estuvo que no lo atropellaron veinte veces los carruajes i los corredores de comercio.

Dicho se está que su primer cuidado fué visitar las librerías, i no poco se maravilló al notar que los muestrarios i los anaqueles mas a la vista, estaban atestados de esas novelas que en Paris se fabrican por centenares para la exportación, i por todas partes no veía mas que obras francesas o traducciones al frances. De lo primero dedujo Esteban, con grave fundamento, que en Santiago leían muchas novelas. Infirió, de lo segundo, que Chile tenía, sin duda, en Francia una aduana para los libros, de suerte que si allá no traducían una obra de otra nación i no le daban pasaporte, no había esperanza de conocerla por acá.

Varias veces fué Esteban a la Cámara, tanto por conocer lo que era aquéllo, como porque en esos dias habían surjido mui graves complicaciones con una de las naciones vecinas, lo cual tenía los ánimos inquietos i suspensos de las resoluciones que se tomaran. Pero siempre que iba nuestro joven a la Cámara, tocaba la casualidad de que estaban los diputados ocupadísimos, unas veces en averiguar si no sería contrario a la igualdad ante la lei que la Iglesia exijiese ciertas condiciones para el entierro en un cementerio bendito, i como el pueblo estaba contento con el orden de cosas establecido, debía con urjencia la Cámara mirar por ello. Deliberaban otras veces si, en virtud de

las prescripciones del derecho liberal, no era imprescindible deber de la Cámara inhabilitar a los miembros del partido conservador para los cargos i oficios públicos.

Quería indignarse Esteban; pero no podía porque le divertía muchísimo la discusión: cuáles se elevaban con el asunto a la rejión serena de los principios, cuáles se colocaban en el terreno de la práctica, cuáles en el terreno constitucional, i unos saliendo de aquí i otros de allí, llegaban a opinar todos lo mismo que era la armonía mas bonita que pueda verse en cuerpo lejislativo. Porque hase de advertir que en aquel tiempo gobernaba la república una Excelencia que era la flor, la nata i la mantequilla del liberalismo. Ahora bien, segun lo refieren las crónicas de entonces, la referida Excelencia echó todo el peso de la cosa pública en sus propios hombros, i aquello a que no le alcanzaron las fuerzas en hombros de sus partidarios, dejando de esta manera que los conservadores, aliviados de las faenas políticas, trabajasen en ganar dinero para sus hijos i en educarlos cristianamente. Esta medida, que manifestaba en su autor no menos desinterés i abnegación patriótica que habilidad política, ocasionó en las Cámaras aquella armonía de pareceres tan extraordinaria, tan admirable... i tan soberanamente ridícula, para acabar de una vez el párrafo antes de que me llamen al orden, como don Quijote al muchacho de maese Pedro.

Comenzó Esteban a asistir a la Universidad. Aquí era donde esperaba encontrar amigos, sociedad conforme con sus aspiraciones, espíritu de cuerpo, vida un tanto aventurera i llena de lances. Todo se le cumplió a pedir de

boca. Llegaban los estudiantes a la hora de clase, asistían a ella i, una vez terminada, se iban a sus casas i no había mas que ver.

Encontróse, pues, Esteban frustrado en sus esperanzas, enteramente aislado, sin divisar por dónde poder salir de tan triste situación.

III

Un espíritu práctico, en vez de desalentarse i echarse a muerto, habría buscado resquicios pordonde salir al aire libre; pero Esteban no era de ésos. No tenía carácter para solicitar i conseguir amistades a costa de adulaciones, por pequeñas e insignificantes que éstas fuesen; no tenía el desparpajo i desvergüenza de algunos que haciendo reir se salen con la suya; no se animaba a discutir con los profesores i llamar la atención, para luego despues entrárseles. Quería que solicitasen su amistad para dispensarla i que lo apreciasen con sinceridad para mantenerla. I con esto no era Esteban orgulloso en manera alguna, eso sí que profesaba un odio despreciativo a la presunción, a la jactancia, a la vanidad, a la charlatanería, a la jente aparatosa i poco digna.

Desengañado enteramente, encerróse dentro de sí mismo, volvió de nuevo sus ojos a la fama, i se entregó con desesperada constancia a los estudios: quería levantarse por sus propias fuerzas. La soledad exhaltó en él la imajinación. La magnificencia del poder, el esplendor de las riquezas i de la hermosura, enardecían sus ansias de glo-

ria. Por otro lado, su impotencia para sobreponerse a la realidad que lo abrumaba, las ilusiones perdidas, la escasez de recursos, le agriaron el carácter i a ratos se volvía un verdadero misántropo en su modo de ver las cosas del mundo.

Sintió irresistible impulso de escribir i comenzó una obra extravagante i rara en que no escaseaba el injenio; pero apenas se traslucían esas chispas al través del tupido velo de la inexperiencia. Sin embargo, nuestro joven estaba convencido de que la obrita iba a ser considerada como una de las joyas literarias de su tiempo, i pensaba modestamente que, al escribirla, se tejía inmortal corona.

Sin maestros, con una rica imajinación, dotado de una ilustración vasta, pero superficial i un tanto confusa, animado de ardiente deseo de fama, buscó Esteban en su libro un desahogo i vertió en él todas sus ideas. En este trabajo hallaba distracción i consuelo, i cada dia se le hacía mas necesario, porque cuando cansado de tanto apurar el meollo se imajinaba abandonarlo, veía alzarse tras él el tedio como un desierto inmenso.

Cualquiera otro que no hubiese sido de constitución tan robusta como Esteban, se habría enflaquecido i arruinado como niña que no dejan casarse; pero los ejercicios de la caza le habían dado extraordinario vigor i pudo resistir a la calentura de su mente. No se echaba de ver semejante estado mas que por un ceño de hombre absorto i huraño, i por el color de la cara, que de moreno encendido se había vuelto un tanto pálido que al joven le sentaba mucho mas.

Así trascurrieron cuatro años para Esteban hasta que recibió el diploma de abogado.

Iba a pasar las vacaciones en el campo al lado de sus padres. Los primeros dias parecía otro: el cambio de temperamento, la presencia de seres tan queridos disipaban el ceño de su frente i se mostraba alegre, jovial, comunicativo con todos. Sus padres daban gracias al cielo por tan feliz mudanza; mas Esteban así no duraba mucho: tornaba a su ensimismamiento i pasaba gran parte del dia en los bosques con un libro, papel i su escopeta, que cada dia le servía menos.

Cuando le llegó el tiempo de optar al título de abogado tenía ya terminada su obra; pero aguardaba desocuparse de esos afanes para publicarla.

Tan preocupado andaba con estos asuntos, que ni siquiera advirtió que en una casa vecina a la de huéspedes, había una persona que lo miraba mucho cada vez que por ahí pasaba. Esta persona era ni mas ni menos que una viuda que se había mudado a esa calle no haría cuatro semanas. Sin embargo de llevar ya dos años de viudez no pasaría de los veintiocho. En extremo gallarda i briosa, parecía una de aquellas nacidas *ad animas capiendas*. Esteban era como mandado hacer para ella. I así debió de pensarlo la viuda, porque a las dos o tres veces que lo vió, le echó el ojo i lo marcó por suyo. ¡Qué gusto le daba ver a nuestro estudiante tan jentil mozo, tan modesto con su libro bajo el brazo! No hallaba la viuda qué trazas darse para llamar la atención de Esteban, porque éste no paraba los ojos en ella sino que los pasaba como de corrida.

Pero sépase, ántes de concluir este capítulo, que la viuda no vivía sola sino acompañada por una vieja tia, i que su marido le dejó algunos bienes i ningún hijo. Su nombre era Isabel.

IV

Recibió Esteban el título de abogado, título que para él era nada en comparación del que pronto esperaba obtener con su obra, i entró al punto a ocuparse en publicarla.

Esteban no quería pedir dinero a sus padres con este objeto, porque bien sabía que los pondría en apuros, de suerte que, dejando a un lado la vergüenza, determinó acudir a otras personas.

Naturalmente el primero en quien pensó fué en un librero. Informóse del mas respetable, i un buen dia cojió su manuscrito i fuése a la librería.

Era el librero un francés mui gordo, por lo cual nunca consiguió abotonarse todo el chaleco; tan colorado que parecía que se andaba quemando, i así lo decía él mismo; grande aficionado al rapé, de manera que siempre tenía las manos ocupadas: la izquierda con la caja (i cuando accionaba con esta mano parecía que estaba ofreciendo la caja) i la derecha con una narigada pronta.

El francés era mas que medianamente hablador, cosa rara en los de su nación, i tocó la casualidad de que, cuan-

do Esteban fué a verlo, acababa de almorzar i no hallaba con quién dijerir el almuerzo.

Esteban lo mejor que pudo i con exquisita amabilidad le mostró el manuscrito i le propuso vendérselo. Leyó el librero el título, se saboreó, se mondó los dientes con una plumita de ave, i le dijo a Esteban:

—No necesito, caballero, leer la obra, basta con el título. Si fuese algun folleto político o texto de enseñanza aprobado por el Consejo de la Universidad, tendría el mayor gusto en comprárselo; pero usted ve, amigo, que comprar obras que no se venden es mal negocio. No lo digo por usted, usted comprende. ¿Quiere usted una narigada?.... ¿No?.... Bien, vea usted. Hace ya algunos años que tengo este negocio i sé cómo pasan las cosas. ¿Me permite que le dé un consejo?

—I dos si quiere—contestó Esteban con voz desmayada.

—Bien, vea usted, aquí no se vende nada i es negocio pésimo escribir libros.

—No escribo por interés—contestó Esteban que casi se sintió ofendido.

—Permítame usted—se apresuró a decir el librero, que conoció el disgusto de Esteban.—Permítame: no lo digo por usted, usted comprende; pero, en fin, tampoco es posible escribir para gastar dinero.

—Si a mí no me guía....

—Entiendo, entiendo. Mui loable es cultivar las letras por la gloria. Esto prueba un corazón noble i bien puesto; pero le quiero decir que, ya las cultive por esto o por

aquello, en este país el resultado no será otro que gastar dinero, porque nadie le comprará el libro, ni nadie lo leerá, ni aún aquellos a quienes usted se lo regale. Hace años que soi librero i sé lo que es esto, usted comprende.

"Usted ve las paredes cubiertas hasta el techo de libros buenos i útiles en su mayor parte. Pues bien, así como están los compré hace cinco años a mi antecesor i, sin duda alguna, así como están los recibirá mi sucesor. Yo no encargo mas que novelas i libros profesionales, i tal cual libro clásico o de crítica que viene a esperar cinco o seis meses un comprador.

"Por otra parte, su desencanto será mui grande cuando, publicada su obra, no sólo vea que no se la compran sino que ni siquiera dan cuenta de ella los diarios. Es de no creer la poca afición que hai en este país a la literatura.

Aquí no se ve a nadie que se dedique debidamente a ella; no se publican obras críticas, ni obras de injenio que manifiesten buenos estudios literarios.

Se me figura que gran número de los que aquí cultivan las letras, escriben "de oido" (páseme usted la expresión), a semejanza de algunos individuos que, sin estudios ni conocimientos musicales, dejando vagar los dedos en el teclado, suelen encontrarse con melodías que ellos califican al punto de nuevas i orijinales, i ya con esto levantan bandera de músicos.

Eso sí que no faltan quiénes pierdan el tiempo en prolijas averiguaciones de las tonterías pasadas, en disquisiciones inútiles i en nimiedades históricas, que mas tarde no han de servir mas que para pasto de eruditos. Ahora

bien, amigo, no necesito decirle que las obras literarias son el único monumento imperecedero, *monumentum ære perennius*... Todavia me acuerdo de mi Horacio. *J'étais tout petit comme celà. Vous comprenez çà. Eh bien,* el único monumento imperecedero de la civilización de un pueblo. Del imperio romano, por ejemplo, lo único que queda i quedará intacto mientras el mundo sea mundo, son las obras de Horacio, de Virjilio, de Tácito, etc. I como toda obra literaria es una síntesis del estado de la nación i de la época que vió nacer al autor, se sigue.... que.... *enfin* usted debe de saber esto mejor que yo. Vea usted, en aquel estante encontrará obras en que se desenvuelve este punto. Puede usted verlas. Si quiere llevarse alguna.... Son mui baratas. Las vendo a precio de costo.... por desocupar el estante....

—No necesito por ahora—dijo Esteban con timidez.

—*Enfin* cuando necesite.... Volviendo a nuestra conversación—continuó el francés—quería decirle que así como van las cosas, la época actual de esta república no ocupará mas que un párrafo de crónica en la historia de la civilización.

"Pensando estaba en eso hace poco rato, porque en el diario de hoi viene la revista bibliográfica del mes, que es como una reproducción de las pasadas. Vea usted; aquí tengo el diario. Cuente usted: veinte folletos de estatutos, memorias i reglamentos de sociedades anónimas; seis novenas i libritos de piedad; dos volúmenes de setecientas pájinas cada uno sobre la época del coloniaje, que ya no sé hasta cuándo estrujan esa insulsa época i ya no falta

mas que averiguar la vida de los perros i gatos de entonces; cuatro folletos que aquí ve, sobre elecciones uno, otro sobre atropellos de un intendente, etc.; un alegato que será mui interesante para las partes; una memoria médica sobre un caso mui curioso acaecido en el hospital, i este volumen de poesias que sale al fin.

"¿Qué le parece? ¿No es para desalentar a un optimista? Mas le diré: sé de algunas obras históricas nacionales que encierran datos curiosos i reveladores para hombres de injenio, de las cuales se han vendido mas ejemplares en Europa que aquí.

"No ignoro que hai jóvenes entusiastas que procuran oponerse a esta indiferencia i apatía por la literatura, i fundan academias i periódicos literarios. Pero ¿qué sucede? Los periódicos encuentran al principio muchos protectores, muchos suscriptores i colaboradores. No hai duda: la vida del periódico está asegurada. ¿Terminó el primer período de suscripcion? Feneció el periódico: verdad es también que ellos suelen ser tales que sólo pueden encontrar suscriptores antes de que aparezca el primer número. Respecto a las academias, se comienzan con mucho entusiasmo, i lo primero es fabricar un reglamento cuya discusión dura tres meses por lo menos, i es tan acalorada, tan minuciosa, que no parece sino que en ello les fuera la bolsa a los académicos. Se establecen turnos para llevar trabajos literarios, i entónces resulta que uno no tiene tiempo, que otro se va al campo, que el crítico no entiende palabra, se enojan unos con otros i todo se lo lleva el diablo.—¡Hola, amigo don Francisco! Buenos dias. Pase usted acá.

Fuése el librero a conversar con su don Francisco i el pobre Esteban, sin decir palabra, cojió el manuscrito i se volvió a su casa. Poco antes de llegar se encontró con Isabel. Apenas lo divisó la viuda comenzó a contonearse i hacerse vistosa; pero en balde. ¡Bueno estaba Esteban para mirar mujeres mas que fuesen las tres hijas del Rei!

V

Esteban llegó a su cuarto, tiró el manuscrito i se tendió en la cama. No le quedaba mas que una alternativa: o pedir dinero prestado, lo cual se le hacía mui duro i cuesta arriba, o irse cuanto antes al lado de sus padres i ejercer la profesión hasta ganar lo suficiente.

Revolviendo ambos proyectos, le vino un momento de enerjía i se dijo:

—Carlos Ripada es rico. Cuando estuvimos en la Universidad siempre se mostró afable conmigo. Hablaré con él: nada se pierde.

I dicho i hecho: se puso el mejor traje que tenía, se arregló bien i tomó el sombrero.

En el camino estuvo dos o tres veces por volverse.

—¿A qué voi?—se decía.—A pasar una vergüenza. Me negarán el dinero, porque me dirá Carlos con razón: "No tendría inconveniente en prestarle ese dinero; pero con usted no tengo mas relaciones que el habernos sentado juntos algunas veces en la clase, lo cual no es fianza que valga. No sé quién es usted, ni si podré confiarme o no en usted."

I luego después se imajinaba Esteban que al punto le prestarían el dinero, i mas cuando supiese Carlos que era para publicar un libro. I luego después le ocurría que le saldría Carlos con un discurso como el del librero, i que le diría que no estuviese perdiendo el tiempo. I luego después determinaba pedir llanamente el dinero para una necesidad, sin expresar cuál.

En estas i otras imajinaciones llegó a la casa. Como en la mitad del zaguán había un lujoso cancel de vidrio opaco; al lado estaba el cordón de la campanilla. Cojió el cordón i en ese momento se le remolinaron las mil cosas en la mente a Esteban. Perdió la enerjía i dejó el cordón. Por fin, volvió a tomarlo, pensando en que la vergüenza pasa i la necesidad no pasa, i lo tiró con fuerza.

Así es la vida: Esteban penaba por falta de dinero i la viuda penaba por no hallar cómo darle toda su hacienda a nuestro pobre estudiante.

Tiró, pues, Esteban la campanilla. Casi al mismo tiempo se abrió el cancel, i Esteban se adelantó creyendo que sería algún sirviente.

Era una graciosa joven, vestida con elegante descuido, que salía en ese momento quizás a visitar a una vecina. Turbóse toda al encontrarse tan de improviso con un desconocido. Esteban por su parte no supo qué hacer ni qué decir. Saludóla. La niña, ruborizada i sin atreverse a mirar de frente a Esteban, le devolvió el saludo i le preguntó con sencillez i afabilidad, qué se le ofrecía.

—Necesitaba hablar con Carlos Ripada. ¿No es ésta su casa?

—Sí, señor—respondió ella.—Está aquí mi hermano i voi a llamarlo. Tenga la bondad de pasar adelante.

I lo llevó a un saloncito.

Antes que Esteban hubiese tenido lugar de reponerse, ni de mirar siquiera a su alrededor, llegó precipitadamente Carlos con un martillo en la mano i el traje mui empolvado.

—¡Oh! amigo Esteban!—exclamó.—No esperaba tener el gusto de verlo a usted por acá. Mire en qué traza lo recibo. Usted dispensará. Estoi en los arreglos....

—Me traía un asuntito—dijo Esteban;—pero lo dejarémos para otro dia. No es de apuro i mucho menos para usted; i dispénseme que haya venido a interrumpirlo—agregó levantándose para retirarse.

—No se levante, Esteban. Siéntese usted. Los amigos nunca son importunos. Mañana damos un baile porque mi hermana va a bajar el vestido i estaba ahora ocupado en los arreglos de la casa. I, a propósito, su venida me ahorra una tarjeta de invitación. Espero que usted no faltará.

—Mucho se lo agradezco—respondió Esteban;—pero no me es posible asistir. Mil gracias.

Carlos esperaba con seguridad esta respuesta i por eso anduvo tan pronto en los ofrecimientos, i por dejar mas obligado a Esteban i quedar por mozo cortés i bien criado, a mansalva como si dijéramos, reitiró la invitación.

—No acepto excusas—dijo Carlos,—i usted vendrá, amigo Esteban—agregó con mui amable imperio.

I he aquí que Esteban se quedó pensativo un momento, i despues le dijo a Carlos:

—Ya que usted es tan amable, acepto i de nuevo le

agradezco su cortesía. Haré todo lo que pueda por asistir.

Carlos se quedó yerto. Ya oía los enojos de su orgullosa madre, porque no era posible ocultarle tamaña barbaridad. Se había puesto especial cuidado en no invitar al baile sino a jente aristocrática i a personas de viso, ¿i qué dirían cuando se viesen codeadas por un mozalvete de familia provinciana i desconocida aún en su propia provincia? No había cómo retirar la palabra. El caso era grave.

—Quizás—dijo Carlos entre dientes,—quizás irá a dejar usted otra diversión mas de su gusto por un baile que, al fin i al cabo, es entretención mui aburrida, porque el estiramiento, la etiqueta.... Por otra parte, como talvez no encontrará usted muchos amigos.... I si es así, le dejo entera libertad para aceptar o no el convite.

—Nó, nó. Mil gracias—replicó Esteban.

Carlos mui contrariado cojió el martillo que había dejado en el suelo. Esteban tomó su sombrero, i se despidieron: Carlos con frialdad visible i Esteban con efusión i gran entusiasmo, porque, desde que aceptó el convite, se le habia vuelto la cabeza un torbellino i no había reparado en la frialdad de Carlos.

No bien se habían alejado un poco, cuando uno i otro se acordaron de que nada se había hablado tocante al objeto de la visita; pero ninguno quiso volver i hacerlo presente al otro: Carlos de puro fastidiado, i Esteban, porque había resuelto inventar una disculpa por la visita.

—Aquella hermosa niña—pensó—preguntará sin duda quién soi yo, i no quiero que Carlos le conteste: Un provinciano que ha venido a emprestarme dinero.

VI

La razón que se daba a sí mismo Esteban para asistir al baile era que, probablemente, no se le ofrecería ocasión mas oportuna de conocer en su manifestación mas brillante, a una sociedad que hasta entonces solo había divisado desde lejos. Pero, tras de esta causa, aparecía una que Esteban procuraba desechar de sí, i delante de la cual la otra no parecía mas que excusa: era el deseo de volver a ver a la hermana de Carlos.

Bien conocía Esteban que en el baile iba a desempeñar un triste papel. No tenía amigos, a nadie conocía, ignoraba las reglas de la etiqueta i no sabía bailar; pero estaba resuelto a ser puro espectador, cuanto mas que podía volverse a su casa cuando se aburriese. En fin, sea de ello lo que fuere, es lo cierto que para Esteban el baile era un acontecimiento extraordinario.

Mui entusiasmado llegó a su alojamiento, i fuése en derechura a la pieza de doña Eulalia, que estaba zurciendo con grande apacibilidad i aplicación un par de medias de Esteban.

—¡Qué hai, Estebita! (que con ese diminutivo lo llama-

ba)—le dijo apenas lo vió, dejando a un lado la labor i levantando hácia él un semblante risueño i cariñoso.—¿Por qué viene con tanta cara de risa? Siéntese aquí i venga a contarme.

—Doña Eulalia, estoi de baile.

—¡De baile! ¿I en dónde?—preguntó espantada doña Eulalia.

—En una casa de mucho copete. Usted no la conoce.

—Me alegro, Estebita. Hace mui bien en distraerse. Le aseguro que me da no sé qué verlo tan solo, tan triste, i todo el dia leyendo o escribiendo. ¿Por qué no corteja a una niña rica? Usted se casará con la que quiera—le dijo doña Eulalia mirándolo de arriba abajo.—¿I cuándo es el baile.

—Mañana.

—¿Mañana? Será preciso arreglar luego la ropa. ¿I el frac?

—¿El frac?—exclamó Esteban asaltado por idea súbita i desconsoladora.

—El frac, por cierto, i también el chaleco de baile—dijo doña Eulalia.

—¡I también el chaleco de baile!

—Está bueno. Parece increible que usted no hubiese pensado en esto antes que en nada.

—Así es. No voi al baile. No hablemos mas del baile—dijo Esteban tan abatido que daba lástima.

—Pero aguárdese: para todo hai remedio. Haremos dilijencias. Yo le buscaré un frac i chaleco también. Ya sé a quién pedirle prestado.

—¡Prestado!—exclamó con disgusto Esteban.

—Prestado, hijo. ¿I qué tiene que sea prestado?

—¿Qué tiene?—repuso Esteban.—En efecto: nada tiene de particular. Pero no haga dilijencias, porque ya no voi, doña Eulalia.

—A ratos se me pone como niño caprichoso—dijo la huéspeda mirándolo con ternura.—Déjeme no mas: irá al baile como el mas pintado.

Esteban se retiró a su pieza diciéndole a doña Eulalia:

—No haga nada. No iré. Es inútil.

Al otro dia por la mañana mui temprano, llegó doña Eulalia con mucha bulla al cuarto de Esteban que estaba levantándose. Sin decir nada, sacó de un envoltorio que traía un frac i un chaleco de baile sin uso, del paño mas fino i del corte mas elegante.

—Vamos Estebita; pruébese esto.

—¡Hola! ¿De dónde lo ha sacado?—preguntó Esteban agradablemente sorprendido.

—Pruébeselo i no pregunte.

Esteban obedeció.

—No hai mas qué hacer en el frac que ensancharle mui poco la manga i quitarle las arrugas—dijo doña Eulalia.

I como tenía una mano primorosa para ropa de hombre, señaló en un santiamén la reforma.

—¿No le dije, Estebita, que iría usted al baile? En la tarde, el frac estará pronto. Pantalones negros ya tiene. Provéase de corbata i guantes blancos.

I se fué sin darle mas explicaciones.

Después de comer halló Esteban en su pieza el frac como si se lo acabasen de traer de la mejor sastrería, i una camisa lavada con jabón perfumado de violeta i planchada con esmero.

Esteban se enterneció al ver la solicitud de doña Eulalia. Se fué callandito al cuarto de la buena mujer, le dió un abrazo sin decirle palabra i volvió a su cuarto a vestirse.

¡Qué malísima noche habría pasado la viuda si hubiese visto a Esteban cuando se daba en el espejo la última mirada!

VII

Demás está decir que Esteban llegó al baile antes que ningún convidado, i como vió la casa tan en silencio, fuése a dar sus vueltas para hacer hora. Cuando volvió había ya muchos carruajes puestos en fila, la orquesta se oía desde la calle.

Esteban entró en pos de algunos jóvenes que llegaban en ese momento. Entregó el sombrero i el abrigo donde ellos entregaron los suyos; i ahí me lo tienen ustedes atravesando antesalas hasta llegar al gran salón, a cuya puerta había un grupo de hombres que impedían la entrada. Los que iban como de guías de Esteban se abrieron paso; pero él no se atrevió a tanto: lo mas que hizo fué asomarse.

Esteban quedó materialmente deslumbrado. Sobre no haber visto ricos salones, el de los Ripadas era magnífico i lujoso por extremo: había costado no sé cuántos miles, una suma que espantaba, i lo estrenaban esa noche. Ya se sabe, por otra parte, que la concurrencia era de lo mas principal. Los dorados, las luces, los espejos, los brazos desnudos, el ambiente tibio i perfumado, los cambiantes de las joyas, los visos de los vestidos de baile, las melodias

ya alegres, ya apasionadas de la orquesta, todo aquello sumió a Esteban en una embriaguez voluptuosa que nunca había sentido. Poco a poco fué serenándose, i comenzó a mirar con particularidad i atención el brillante espectáculo.

Sentadas en la testera de la sala, vió Esteban a las señoras madres mui cargadas de encajes i de joyas i enjalbegadas lo que era razón.

Conversaban unas con otras, i por sus jestos i ademanes parecían personas de mucho juicio. De cuando en cuando, Carlos u otro que debía de ser de la casa, llegaba mui apurado con algun individuo para presentarlo a las señoras. Comenzaba por un extremo i murmuraba el nombre del paciente i el de la señora frente a la cual éste se hallaba. Incontinente decía el presentado, atento a no enredarse en algún vestido: "Mucho gusto de conocerla," i respondía la señora, estirando la mano i sin dejar la conversación con la vecina: "Mucho gusto de conocerlo," con lo cual quedaban despachados i se seguía apresuradamente con la vecina.

La presentación a las niñas era menos precipitada, i lo que en ella había que admirar era el contoneo, el balance de brazos i la preciosa risita de los mancebos, que parecían confites derretidos. Las niñas se volvían lirios del valle, ofrecían una mano tímida i bajaban los ojos con pudor i lánguida dulzura.

Esteban veía admirado las parejas de danzantes que pasaban remolinándose delante de él. En una, la niña pálida i con los ojos medio velados parecía una sílfide o algo mas vaporoso en alas del blando céfiro, i el blando

céfiro era un gordo formidable, tan encendido i fuera de sí, que no lo estaría menos si acabase de correr despues de la comida.

En otra pareja, el galan flaco i estirado semejaba una raya negra que dividiese de alto abajo por mitad a su corpulenta compañera.

En el centro del salón todo era cortesías con mucho resbalar de piés, miradas atrayentes, saludos por un lado, reverencias por otro, mucho atusarse los bigotes, mucho sonreir i mostrar dientes tapados con oro.

Después que a Esteban no le quedó cosa ni persona por mirar (i la hermana de Carlos, menos que nadie) pensó que esto de mirar para un rato estaba bueno, i que si así continuaba para él la fiesta, antes de una hora no sabría qué hacerse de puro aburrido.

Carlos había pasado por ahí dos o tres veces; pero siempre mui de prisa, haciendo los honores de la casa, i solo una vez le dijo a Esteban de pasada:

—¡Como va, Esteban!

Después no volvió a mirarlo.

Retiróse Esteban de la puerta i volvió a las antesalas. En una halló a un vejete pequeño, seco, de ojos vivarachos, de movimientos ájiles i repentinos. Estaba fumando i trabajaba en abotonarse los guantes.

Acercóse a él Esteban con ánimo de entrar en conversación, le pidió fuego i se le ofreció para abotonarle los guantes.

—Mucho se lo agradezco, caballero—dijo el vejete con familiaridad.—Por cierto que es ardua empresa....

—Fastidiosillo es, en efecto—observó Esteban.—Vamos, ya están abotonados.

—¿I qué tal la concurrencia?

—Hai ya mucha jente—respondió Esteban.

—Aun no he entrado—repuso el vejete.—Vendrá mas todavia. I usted, amigo, ¿ya ha bailado mucho?

—Nó señor, no soi aficionado al baile.

—¡Qué raro en un joven! Es preciso, amigo, que usted imite a los demás. Ahora los jóvenes se divierten mucho i hacen bien: despues llegan a viejos i no podrán divertirse aunque lo quieran. Donde usted me ve, fuí mui gallo en mi tiempo, mui gallo. Pero ¡qué mujeres había entonces! ¡Qué cinturas! ¡Qué talles! I cuando en las tertulias se dejaban su poquito de pecho en descubierto.... ¡am-migo!.... Las niñas de ahora se me figuran palitos torcidos. Sin embargo, hai algunas mui apetecibles. ¿Ve usted esa morenita de dientes tan blancos, que está sentada junto a aquella *étagère* ? Mírela: parece una golondrina: pequeña pero bien proporcionada.... bonitos brazos.... i su modo entre inocente i malicioso da comezón. ¿No es verdad, amigo? Sí, da comezón, da comezón. Soi viejo, pero todavia.... todavia.... Con todo, lo bueno que hai aquí es Sara, la heroina de la fiesta. Dígole a usted....Pero, sin duda, usted la conocerá.

—Nó, señor; no la conozco.

—¡Qué me dice! ¿No la conoce? ¿No conoce a Sara, la hija única de don Pedro Ripada? Por ella da esta fiesta su familia. Es muchacha millonaria. Los mozos desempedran las calles por verla.

—Nó, señor; no la conozco.

—Pues, hombre, es raro. I usted haría linda pareja con ella—agregó el viejo mirándole el cuerpo a Esteban.

—Permítame su fuego. Se me apagó el cigarro—dijo Esteban que no supo qué contestar.

—Hombre, si lo tiene encendido.

—Así es, no me.... creí que estaba apagado.

—Volviendo a lo de antes—prosiguió el vejete—iba a decirle a usted que en punto a cuerpo i simpatía, Sara es de lo mejor que hai en Santiago; pero, en cuanto a lo demás, le digo a usted francamente que no me gusta. Tiene esta niña mucho de mojigata i de metida a seria, lo cual no me agrada. Pero vamos a beber una copa. La pieza del ponch está al otro lado del salón.

—Vamos—dijo Esteban.

Al atravesar el salón, dió Esteban una rápida ojeada a la concurrencia. En alguna parte se encontró con los ojos de Sara. Esteban saludó con timidez. Le contestaron con una graciosa vénia. El vejete, que iba adelante, no lo advirtió.

En la pieza del ponch había muchos jóvenes. No bien entraron Esteban i su compañero, cuando tres mozalvetes fuéronse sobre el viejo con algazara i grandes abrazos.

—¡Mi señor don Luis!—exclamó uno.—Tanto gusto de verlo. ¿Cómo está usted? ¡I con frac nuevo!

—¿Don Luis con frac nuevo? Error considerable. Es el mismo del año pasado vuelto al revés.

—¡Don Luis con frac nuevo! Voto a Dios que me espanta esta grandeza, don Luis.

—Don Luis, una copa.

—Don Luis, una copita restauradora de las fuerzas vitales.

—Don Luis, una pequeñísima copa heterójenea formada por elementos.... contundentes.... microscópicos.... etcétera. Ya me comprendéis, buen anciano.

—Sosiego, niños, sosiego—decía don Luis hurtando el cuerpo a uno i otro lado.—¡Qué cargosidad!.... ¡Chit!.... Acuérdense que estamos en un baile, entre jente seria i no en casa de la fulanita con el sombrerito al ojo i la manta terciada. Sosiego, sosiego. ¡Qué dirán!

Apartóse de ahí Esteban i se dirijió a pedirle fuego (el cigarro, como se va viendo, tiene gran importancia social) a un individuo que, de pié junto a la mesa de la ponchera, tenía una copa llena i la contemplaba gravemente.

Después que éste volvió a tomar su cigarro, le dijo a Esteban:

—¿No me acompañará usted a beber esta copa?

—Con mucho gusto—respondió Esteban.

—¿I me permitirá por breve momento el uso de la palabra?

—No hai que preguntarlo.

—Pues bien, señor—dijo el otro en tono bajo i misterioso,—soi injeniero i me enorgullezco de serlo. La naturaleza, para mí, no tiene obstáculos. Se me pone delante una montaña, la perforo, i ved ahí el túnel del monte Cenis, Un istmo (ayer el de Suez, hoi el de Panamá) impide el libre paso a mi navío. ¿Qué hago? Por medio de una coincidencia sabiamente calculada, separo dos continentes i

uno dos mares. Pido, señor, una copa sincera, despreocupada, una copa que resuma en sí todo lo noble, leal i jeneroso, por la profesión del injeniero.

Dicho lo cual, vació la copa, la volvió a llenar i siguió contemplándola gravemente.

En esto llegóse a Esteban un jovencito sin pelo en la cara i, con familiaridad i cortesía de persona de la casa, le preguntó si no bailaba.

—Nó, señor. Poco me gusta el baile.

—Pero es preciso que se entretenga. ¿Quiere usted que le presente alguna niña? Ahora no toca la orquesta, i si a usted no le gusta bailar, puede pasearse.

—Mil gracias. Acepto—dijo Esteban i dió su nombre.

Echóse al cuerpo una copa para cobrar ánimo, hizo un esfuerzo sobre sí mismo, i entró al salón acompañado por el atento mancebito.

Este lo llevó i lo presentó a Sara. Esteban, con voz temblorosa i turbada, se le ofreció para acompañarla en algún paseo. Le aceptaron el ofrecimiento, i sonriéndose, tomó Sara el brazo de Esteban.

Nadie se imajine que el jovencito que fué a buscar a Esteban era un sér sobrenatural, descendido del cielo expresamente para hacer lo que hizo. Nada de esto. Era el tal un sujeto excesivamente simple i candoroso. Vivía frente a la casa de los Ripadas, i con ellos tenía tanta confianza que lo trataban como si fuese de la familia, porque les servía mucho para los mandados i todo lo que se ofrecía. Lo llamaban Panchito. Ahora bien, Panchito tanto vió a Sara que se enamoró de ella; pero con un amor bona-

chón, platónico i sufrido. No quería manifestar su amor con palabras, sino probarlo a fuerza de abnegación, i apenas veía a Sara le decía: "¿Qué se le ofrece, Sarita?—Sarita, ¿no necesita alguna cosa que yo le pueda buscar?—Sarita, pienso ir al teatro esta noche; pero si usted quiere mandarme a alguna parte, no iré.—Nó, nó; a menos que Sarita me mande...." I Sarita lo mandaba sin consideración alguna.

En cuanto Sara vió en el salón al joven que el dia anterior había encontrado en el cancel i de cuya jentileza conservaba una impresión suave i agradable, llamó a Panchito, i le dijo en secreto que tenía deseos de conocer a ese joven i que se lo presentara.

—Pero si no lo conozco, Sarita.

—¿I qué importa? Usted como de la casa, debe atenderlo, pedirle el nombre i ponerlo en baile, aun cuando no se conozcan.

—Bueno, Sarita. Pero ¿qué me da?

—¿Qué le doi? Este botón de rosa.

—Démelo.

—¿Sí, caballero? Haga primero lo que le pido i despues se lo daré.

—¡Tan desconfiada!—exclamó Panchito mirando a Sara un instante, nunca se supo si con amor o con sueño.

VIII

Un murmullo de admiración comenzó a cundir por lo bajo entre los concurrentes, cuando se adelantó en el salón la encantadora pareja. Todos querían saber quién era el gallardo joven; pero nadie lo conocía, hasta que un miope que no pudo encontrar las antiparras, dijo que debía de ser un joven agregado a cierta legación extranjera, i que recordaba haberlo visto acompañando al ministro diplomático, algunas de las muchas veces que había recibido visitas del tal ministro. Corrió la voz. En el camino unos le fueron añadiendo riquezas, otros títulos nobiliarios, de modo que cuando la voz llegó al término de su carrera decía que Esteban era un noble extranjero, millonario i que, por viajar i conocer mejor el mundo, andaba de agregado a las legaciones. A nadie se le hizo dificultoso el creerlo, porque todo eso i mas que le inventaran en este sentido, le venía bien a nuestro joven.

En efecto, desde que dió el brazo a Sara se había transformado. Olvidóse enteramente de su persona, i el andar i los ademanes fueron naturales i graciosos. La cabeza echada atrás con nobilísima arrogancia, cierto aire de

superioridad, la mirada intelijente i que parecía apasionada por los ojos negros i brillantes, todo daba a Esteban el radioso aspecto de un paladín que, despues de cien combates, hubiese conquistado a su dama.

Sara se apoyaba en Esteban con gracia i amable sencillez, i lo varonil de Esteban hacía resaltar con mucho la suavidad, la dulzura que manifestaban los ojos azules, la rubia cabellera, el color lijeramente pálido, el esbelto i flexible talle de Sara.

Sin quererlo, veía la imajinación, en torno de ambos, tropeles de rosados Amorcillos, unos risueños e inocentes esparciendo flores i otros aguzando dardos con infantil malicia.

Sara fué la primera que habló,

—No lo he visto a usted bailar. ¿Quizás le gusta poco?

—Poco o mas bien nada, señorita—respondió Esteban.—Raro parece i, sin embargo, es la pura verdad.

—Si es así, usted debe de aburrirse mucho en un baile.

—Nó, señorita. La reunión de jente.... la concurrencia.... uno se entretiene....

La situación de Esteban era de lo mas crítico i embarazoso. Sin conocer los usos i costumbres de la jente de mundo, ni las diversiones i tertulias que ella frecuenta, no hallaba cómo contestar i seguir la conversación. No pensó en esto nuestro joven al aceptar el ofrecimiento de Panchito i maldecía ahora la precipitación con que había obrado.

Sara le habló del teatro, del club hípico, de los paseos, de los bailes. Esteban, cada vez mas turbado i confuso,

respondía que poco le gustaba salir, que vivía retirado i otras excusas vulgares.

Por último, Sara hubo de exclamar:

—¡Qué raro es usted! Lo cual no quiere decir—añadió con graciosa benevolencia,— que esta rareza no me agrade. Al contrario, la considero como una recomendación. Yo tampoco soi aficionada a los paseos, i si asisto con frecuencia a las tertulias lo hago únicamente por complacer a mi familia i a mis amigas. A la única parte a donde voi con gusto es a la ópera, porque soi apasionada por la música.

El calificativo de "raro" impresionó a Esteban. Quedóse pensativo sin atender a las últimas palabras de su interlocutora, imajinando que bien podría ella atribuir las contestaciones que él le daba, a rusticidad i torpeza. Su amor propio se rebeló, ocasionándole un repentino movimiento de injenuidad i de franqueza.

—Señorita—dijo,—fácilmente puedo explicarle lo que en mí encuentra de raro. Es ésta la primera vez que asisto a un baile.

—¡Cómo! ¿La primera vez?—exclamó Sara sorprendida.

—Lo que usted oye.

—Pero—replicó Sara con curiosidad i confianza—en vez de explicarme con eso el enigma, mas me lo enreda. En efecto, no es facil comprender cómo un joven pueda aislarse voluntariamente, en una edad en que todos se desviven por las diversiones.

En ese momento preludió la orquesta una mazurca.

Casi al mismo tiempo se acercó a Sara un joven mui

feo de rostro i además contrahecho; pero mui resplandeciente de cadenas i botones.

--Sara—le dijo--¿tiene usted comprometido este baile?

—Federico, lo tengo comprometido—respondió Sara con lindísima monería.

—¿Quiere mostrarme su tarjeta?—replicó el otro con un modo picaresco que no le hacía maldita la gracia.

—No se la quiero mostrar—contestó Sara—porque es mucho atrevimiento que no me crea lo que digo.

El joven hizo una vénia, murmuró no sé qué dicho que él creería mui salado i se retiró.

—Señorita, dijo Esteban—si usted....

—Nó, nó—le interrumpió Sara sonriéndose.—No repare en esa mentirilla.

I sin dar tiempo para mas explicaciones reanudó la conversación.

Largo i prolijo sería trasladarla aquí. Diré, en sustancia, que Esteban fué poco a poco descubriéndose. Sara le abría el camino con suma delicadeza: bien comprendió ella que si a Esteban no le abrían la puerta, él de puro corto i tímido no se atrevería a golpear.

Esteban, en lenguaje seco pero vigoroso, habló primero, con modestia, de su afición al estudio, de sus aspiraciones, de su vida solitaria. Quiso callar lo de su humilde nacimiento; pero vió tanta sinceridad, tanta despreocupación i buen juicio en su compañera, que al último se desbordó i lo refirió todo.

Sara le oía con el anhelante gozo de un pobre a quien le estuviesen revelando el secreto de un tesoro escondido.

En sus ensueños (los tenía como todas las jóvenes de su edad, sin que esto quiera decir que fuese romántica i soñadora) aparecía siempre la figura de un apuesto i jentil mancebo, sin experiencia del mundo, sin bienes de fortuna; pero intelijente, apasionado i jeneroso. Ella le servía de guía i protectora; mas no para podérselo echar en cara alguna vez, sino en prueba de amor desinteresado. En la familia habría oposición al enlace: es claro. I por aquí se abría Sara ancho campo para las ilusiones románticas. Nada faltaba: encuentros inesperados, despedidas tiernísimas, escenas patéticas, citas misteriosas. Ya resolvía sufrir con paciencia los caprichos paternales, ya se enterraba en un convento—nuevo horizonte: el dia de la profesión, el amante apoyado en una columna presa de la mayor angustia; ella lo ve: desmayo, consternación entre los concurrentes. Poco despues abraza el amante el estado relijioso, i en tal guisa podrían volverse las cosas que ella lo tomase por confesor, sin saberlo, i por ahi llegarían a reconocerse, lo cual ya ha sucedido en muchas novelas.—Otras veces se alzaba contra la tiranía de sus padres i, en cierta ocasión que acababa de leer una novela, no estuvo en nada que se fugase con el amante, i lo hiciera si no es por su mamá que en ese momento la llamó para que la acompañase a las tiendas. ¡Oh dicha! El ideal estaba allí en el baile en carne i hueso, lo tocaba, lo sentía hablar. Por mas señas, Esteban tenía unos grandes ojos negros lo mismo que el ideal.

Los músicos afinaban sus instrumentos para un nuevo baile. Miró Sara su tarjeta i dijo con disgusto.

—Ahora van a tocar un valse que ya tengo comprometido con un caballero.

Esteban se le ofreció al punto para llevarla a su asiento. Comenzaron a despedirse i se prometieron el uno al otro ser mui amigos, mui amigos. Sin duda alguna no mentían, porque se miraban de un modo que, realmente, manifestaba mucha, muchísima amistad.

IX

Como un príncipe atravesó Esteban el salón despues que dejó a Sara en el asiento, i tan ufano iba que no reparó en que era objeto de cuchicheos, sonrisas burlonas i miraditas despreciativas; pero, cuando llegó a la pieza del ponch, hubo de bajar de su cielo, porque ahí andaba la cosa mui a las claras.

Desde luego, notó Esteban que dos individuos que estaban en la puerta, se decían:

—Es un cursi.

—Sí, es un cursi que se ha entrometido aquí sin saber cómo. Me lo dijo Carlos.

Esteban temió con sobresalto que se refiriesen a él.

Mientras bebía una copa, alguien dijo en voz mui perceptible:

—Pero hombre, ¿se han fijado en que los cursis cuando van a una fiesta no atinan mas que a beber?

—I lo que a mí me gusta—salió otro en voz mas alta, —es lo que se hinchan cuando les da entrada una persona decente.

Esteban volvió los ojos con disimulo i vió que los in-

terlocutores miraban con mucha indiferencia la lámpara o la alfombra. Notó que esas exclamaciones salían de un grupo, en el centro del cual se hallaba Federico, aquél de los botones resplandecientes.

En esto, un muchacho que, por sus aparatos truhanescos i ademanes jactanciosos, daba indicios ciertos de pertenecer a una familia que presumía de noble i de haber recibido una educación conforme con su rango, saltó delante i dijo:

—¿Quién diablos de ustedes podría conseguirme una plaza de *attaché* en la legación de Rancagua?

Grandes risas mui desganadas recibieron la gracia.

Esteban, aún cuando no entendió lo del *attaché*, bien entendió lo de Rancagua. Se puso pálido, el cuerpo le temblaba. No sabía qué hacer, ni a dónde mirar. A ratos sentía unos ímpetus de arrojarse a ciegas sobre esa elegante canalla. Las personas que no han frecuentado la sociedad i que son cortas de jenio, siempre se andan por los extremos: si los ofenden, o bien lo sufren sin decir nada, o bien se dejan llevar por un arrebato de cólera.

Las sonrisas aumentaban con mas descaro, las exclamaciones se repetían. Esteban, conteniéndose a duras penas, determinó retirarse como si en nada hubiese reparado.

A tiempo que se adelantaba para salir, se le acercó Federico, i, haciéndole una cortesía de gracioso de comedia, le dijo:

—Dispense usted, caballero, la libertad que me tomo. Soi corredor de comercio, i muchísimo le agradecería que

me dijese cómo ha estado la cosecha de frejoles en Rancagua.

—¿La cosecha en Rancagua?—dijo Esteban titubeando.

Tenía que resolverse a sufrir una humillación o armar un alboroto.

—Sí, la de frejoles—repuso Federico.

Oyéronse algunas risas sofocadas.

—Mui abundante ha sido—contestó Esteban pálido i resuelto.

—¿I qué precio tienen por allá?

—No lo sé—respondió Esteban empuñando convulsivamente las manos;—pero lo que sí sé es que por mui abundantes que estén los frejoles, nunca valdrán menos que los tontos.

Oyéronse unos: ¡Ah! ¡Eh!—¡Cómo se conoce que es un cursi en la grosería!

—Federico, ¿i te quedas callado?—dijo uno.

—¡Pch!—exclamó Federico encojiéndose de hombros i mirando a Esteban con desdén.—Sépase usted, señor *attaché* de Rancagua, que nunca sus injurias alcanzarán a la altura de mi desprecio.

—Lo creo, lo creo—replicó Esteban con viveza.-No hai en el mundo nada mas alto ni elevado que el desprecio de un tonto.

Aquí el grupo hostil a Esteban prorrumpió en exclamaciones:

—¡Fuera el cursi!

—¡Que salga el *attaché!*

—¡Fuera el intruso!

Grande fué el ruido. A dicha la orquesta tocaba la úlma figura de las cuadrillas con apuradísimo compás i nadie oyó nada en el salón. Algunos caballeros respetables miraban con disgusto la escena en la pieza del ponch; pero no pasaban de jestos de desagrado.

Esteban miró en derredor suyo, retrocedió hasta afirmarse en la pared i, sin reparar en el lugar ni en las personas, dijo con voz ahogada por la cólera:

—Vamos. Bueno. ¡Acérquense los que quieran sacarme de aquí!

Una gran carcajada respondió a su provocación. El muchacho de la familia noble, extendiendo un pañuelo de seda con franjas rojas, dijo:

—¿Quieren ustedes que le saque un lance?

A Esteban se le ofuscó la vista i, con los puños cerrados, se fué sobre el insolente. Cara le habría costado la broma al ilustre vástago, si no hubiese sido por Carlos que llegaba en ese momento i que al punto se puso de por medio.

—Esteban—le dijo,—modérese usted. Hágame el favor de respetar.... Pero usted ha bebido demasiado. Vaya a tomar una taza de café puro.

I luego, volviéndose a los circunstantes, agregó con amabilidad:

—Dispénsenlo, caballeros. Ya está pronta la mesa. Sírvánse pasar al comedor.

—Vamos al comedor. ¡Al comedor!—exclamaron los otros; i salieron sin preocuparse de Esteban.

Quedó éste en la pieza, sin mas que el injeniero brinda-

dor, el cual se hallaba en un sillón sumido, al parecer, en profundos cálculos.

—¡Que yo he bebido!—exclamó Esteban.

—Lo mismo me han dicho a mí: pero no lo crea usted—le dijo el injeniero levantando la cabeza con trabajo.—Juro en mi ánima que apenas si he bebido una copita. Otra cosa será cuando inaugure mi ferrocarril subterráneo. Queda usted invitado a la fiesta.

Así habló, i dejó caer la cabeza.

Atravesó Esteban los salones desiertos, pidió el abrigo i el sombrero, i salió. En la puerta de calle vió a Federico con dos jóvenes mas.

Cuando Esteban pisaba el umbral, Federico hizo como si lo empujasen i empujó a Esteban. Volvióse Esteban al punto i descargó en la cara de Federico tan tremenda i sonora bofetada que lo tiró de espaldas: todos los cocheros despertaron.

Esperó Esteban un momento por si los otros dos querían seguir la broma; pero acudieron mui oficiosos a levantar al caido, sin acordarse de vengarlo.

Esteban les hizo un jesto despreciativo i salió.

X

La herida reciente no duele. Esteban iba mui hombre por la calle adelante i con ánimo de volver al baile i habérselas, si necesario fuese, con todos los que se burlaran de él; pero el frio de la noche i la soledad de la calle pronto calmaron su exhaltación, enfrióse i comenzó el abatimiento. El baile, Sara, la bofetada, los insultos, las ilusiones, las esperanzas de gloria desvanecidas, se barajaban en su mente. Vióse menospreciado, puesto en ridículo, señalado con el dedo. Ya se imajinaba que Federico lo arrastraría a un duelo, ya que le armaría una celada para tomar segura venganza. Miró como objeto distante i lejano su vida apacible i entregada al estudio. ¡Sin amigos, sin riquezas, sin protectores! Al pobre Esteban se le oprimió el corazón i dos ardientes lágrimas corrieron por sus mejillas.

XI

Bella i alegre como nunca quedó Sara despues que dejó el brazo de Esteban. Sus amigas la embromaron con el compañero; ella admitía mui bien las bromas i alababa a Esteban sin reserva. Cuando pasaron al comedor, extrañó Sara no ver ahí a Esteban. Creyó que luego vendría; pero llegó la hora de levantarse de la mesa i Esteban no parecía. Sara comenzó a perder la tranquilidad, i hubo de recurrir al buen Panchito.

—Mire, Panchito—le dijo llamándolo a un lado i con modo de persona curiosa.—¿Qué se ha hecho mi compañero que no le he visto? Llévelo al comedor: cuando menos no se ha atrevido a ir.

—¡Vaya que se interesa por ese joven!—dijo Panchito.

—Bueno, bueno. Vaya a buscarlo, i le doi desde ahora palabra de casarme con usted, una vez que enviude—le dijo Sara.

—Así que fuese, Sarita. Pero ¿cómo se lo voi a buscar si se fué hace rato?

—¿Se fué hace rato?—dijo Sara poniéndose al punto seria i encendida como una rosa.—Se ha ido enfermo o

cómo se ha ido? ¿Por qué se ha ido? ¿Le ha sucedido algo?

—¡Cómo! Pues no sabe que bebió no sé cuántas copas despues que se separó de usted, i formó un alboroto en la pieza del ponch, i se trabó de palabras con Federico?

—¡Con Federico! ¡Con Federico! ¿De veras?

—No crea que estoi embromando. I Federico que no tiene carácter sufrido, esperó a Esteban en la puerta de calle.

—¿I qué hubo, Panchito? ¿Qué hubo?

—Nada, Sarita: no se asuste. Esteban le dió una bofetada, antes de que Federico tuviese tiempo de ponerse en guardia, i huyó sobre la marcha temiendo que se la devolvieran. ¡Buena pieza es el tal Esteban! Salvo el mejor parecer de usted, Sarita.

—¿I eso lo vió usted, Panchito?

—No lo ví porque entonces estaba yo en el comedor; pero me lo contó uno que presenció el alboroto i acompañó despues a Federico en la puerta de calle.

—¡Hum!—dijo Sara.

—¿No me cree? Mire si ve a Federico.

—Cierto es que a Federico no lo veo; pero esto nada quiere decir. Otra cosa habrá habido, otra cosa—dijo Sara meneando la cabeza como quien dice "no creo."

¡Qué habia de estar Federico en el salón! La bofetada de Esteban le quebró un diente. A dicha no fué grande la pérdida, porque el diente era postizo si bien no lo parecía porque tenía una tapadura de oro.

Sara se fué a sentar al lado de Magdalena, amiga suya recién casada.

—Sara—le dijo Magdalena,—al fin te acordaste de mí.

Parece que el casamiento me ha hecho perder tu amistad. Soi la misma de siempre. Cuéntame qué es de tí.

I no era Magdalena la misma de siempre, porque mui diversas ideas tenía ahora despues de casada. Decía que, en el poco tiempo que llevaba de matrimonio, había adquirido mucha experiencia, que antes no sabía lo que eran el mundo i los hombres. Manifestaba gran compasión por las novias, i todo lo miraba por otro anteojo.

Apesar de las protestas de inmutabilidad en los afectos que hizo Magdalena a sus amigas, perdió repentinamente la confianza de ellas. Porque conviene saber que Magdalena, antes de casarse, i tres amigas suyas, entre las cuales se contaba Sara que tambien era algo curiosilla, se reunían con frecuencia en secretos conciliábulos, unas veces para tratar con entusiasmo del confesor, alabando cada una la santidad del suyo, la oportunidad de los consejos que daba i la habilidad con que sonsacaba los pecadillos, i las mas de las veces para discurrir sobre el matrimonio, acerca del cual tenían ideas mui vagas. Hoi se traían ciertos datos, mañana otros, i los examinaban con risueño sobresalto; pero a poco andar se perdían en conjeturas. En ocasiones, les asaltaban escrúpulos en lo mejor i suspendían la conferencia. Una de las cuatro amigas era la que casi siempre suministraba mejores datos: por este motivo las otras la miraban con respeto, i decían que "sabía mucho."

Un dia hicieron un compromiso solemne: la que primero se casara debía sacar de dudas a las otras.

De allí a poco se casó la que "sabía mucho," i fué lo

bueno que no dijo nada i siempre esquivó ayudarlas en esta especie de indagaciones especulativas. Magdalena fué la que mas protestó contra esta violación del compromiso, porque iba a casarse mui pronto i decía, con muchísima razón, que no quería entrar a ciegas en el matrimonio i que tenía derecho para que se le explicase este punto.

Casóse a su turno Magdalena, i ahí tienen ustedes que se unió a la otra novia, i, apoyándose mutuamente, declararon a las amigas solteras que no había nada de lo que pensaban, que ellas mismas tambien creían antes que había algo; pero que no había nada, absolutamente nada.

Las dos solteras se ruborizaron i cortaron la conversación; pero cuando estuvieron a solas, dijo la una:

—¿Creiste?

—Nó—respondió la otra.

—No quieren contar.

—Yo sí que te prometo contártelo si me caso primero.

—Yo tambien te lo prometo, i bien sabes que nunca he faltado a mi palabra.

Volvamos al baile.

—Estás como una reina—dijo Magdalena. ¡Que lindo traje! ¿Qué modista te lo hizo, o te lo trajeron de Europa? Pero, mira: si este lazo estuviese un poco mas arriba, te sentaría mucho mas. ¿Y qué ha sido de tu compañero el de la legación?

—No lo he vuelto a ver desde que nos paseamos juntos—dijo Sara.

—¿Es cierto que bebió mucho i formó un gran alboroto? No sé qué oí decir.

—Algo he oido—repuso Sara;—pero no lo creo. Otra cosa debe de haber habido.

—¿Y por qué no lo crees?

—Porque, aun cuando trataba por primera vez a ese joven, bien ví que era incapaz de nada parecido a eso—contestó Sara con seriedad.

—¡Hum!—dijo Magdalena.—No creas en los hombres i mucho menos en los jóvenes. No tengas confianza en ninguno. ¡Si te contara yo!.. El que parece mas tímido i santito..

—¿Y por qué no ha de haber algun joven bueno?

—¿Pór qué?.. En fin, sigue creyéndolos buenos. Ya te desengañarás algun dia. Te digo lo que sé. Bien te acordarás que antes pensaba yo lo mismo que tú.

XII

La prolongada vijilia i el cansancio del baile pudieron en Sara mas que sus ajitados sentimientos, de modo que, cuando se retiró al amanecer, pronto se quedó dormida.

No sé cuánto habría dormido, cuando despertó repentinamente mui emocionada. Se sentó en el lecho, se estregó los ojos, miró a todas partes i volvió a acostarse, procurando reanudar el sueño.

¿Qué había sucedido? Nada: que Sara despertó en el momento preciso en que Esteban le daba un beso.

XIII

—¿Se puede entrar, Estebita?—preguntaba al siguiente dia al baile doña Eulalia, golpeando a la puerta a Esteban.

—Entre no mas: la puerta está sin llave—le respondieron.

—¡Qué hai, señor bailarin! ¿Cómo le fué? Cuéntemelo todo. ¿Mucho bailó? ¿Mucho me lo miraron? Apuesto a que mas de una....

—¡Cómo me había de ir!—contestó Esteban despabilándose.—Sin conocer a nadie, aburrido....

—Cierto es. Así me lo suponía. Pero ¡vaya que le ha hecho mella la trasnochada! Lo veo pálido i ojeroso. ¿Mui tarde se recojió?

—Sí, tardecito; no mucho.... ¿Sabe, doña Eulalia, que pienso irme mañana o pasado?

—¡Qué está hablando!

—Ya es tiempo; he recibido mi diploma de abogado i me voi a trabajar.

—¿De veras me lo dice? No lo creo. No me lo imajino. ¡Hace tantos años que lo tengo aquí!—dijo la pobre mujer enterneciéndose.

—Sáqueme ahora de una curiosidad—dijo Esteban por

divertir la conversación.—¿De quién es el frac i el chaleco de baile?

—No me pregunte nada, Estebita: con lo que me dijo me ha descompuesto toda.

—Pero dígamelo, doña Eulalia.

—¡Tan de repente! Bien se conoce que no le tiene cariño a esta casa.

—Eso no lo puede usted decir de corazón, porque hartas pruebas le he dado de lo contrario; pero ya es preciso trabajar i aquí no gano nada.

—Así será. Ayer, sin embargo, no estaba tan apurado como ahora.

—Vamos, doña Eulalia; no hablemos mas de esto. Es cosa resuelta. Dígame ahora de quién es el frac.

—Bueno. Se lo diré: era de un difunto.

—¡De un difunto! No esté embromando.

—Es la pura verdad; pero el difunto no se lo alcanzó a poner.

—Ya lo creo—dijo Esteban sonriéndose.—¿I quién era?

—Como usted anda siempre tan pensativo, talvez no habrá reparado en una vecina que se mudó a esta calle hará cosa de un mes. Aunque de seguro me equivoco, porque ella es mujer mui de reparar i usted es mui callado, i los callados son los peores, como dicen.

—Oyéndola estoi, doña Eulalia.

—La tal vecina es una viudita tan bien plantada que es de sacarle versos. Vive con una tia con quien hice amistad en la iglesia, i por ahí sacará usted cómo conocí a doña Isabel, la viuda. Cuando lo del frac, al momento se

me ocurrió: "Pudiera ser que doña Isabel tuviese algun frac del finado." Voi allá, averiguo i me dice doña Isabel: "Tengo uno nuevecito que mi marido no se alcanzó a poner, porque el pobre murió mui de repente, doña Eulalia." Vamos buscando el frac. Se encontró el frac. Lindo el frac con su chaleco de baile. "Me lo llevo," dije. "Dios me ha traido aquí. ¡Qué gusto va a tener Estebita!"—¿I para quién es? me preguntó doña Isabel.—Yo le dije para quién.—¿No es un joven de ojos negros, de color moreno, mui simpático, que pasa a menudo por aquí? me preguntó ella.—El mismo, el mismo, le respondí.

—¿Eso dijo la viuda?—preguntó Esteban con vanidad infantil.

—¿No quiere el buen mozo que se lo repita? Yo puse a mi Estebita por las nubes, i le conté a doña Isabel lo solo i triste que pasaba.—Pues, ¿por qué no lo trae usted acá? me dijo doña Isabel. Nada mas natural. Somos vecinos i mucho me gustaria tener amistad con tan buen joven.—Conque, mi señor don Esteban, es preciso que usted no pierda esta oportunidad de hacerse amigo con doña Isabel. Le gustará, se lo aseguro, le gustará, porque, aparte de que es mui bizarra, es señora mui buena, mui llana i que a nadie mira en menos, i eso que tiene dinero que le sobra. Pero, ¿qué estoi hablando? ¿No dice usted que se va mañana?

—Así lo pienso, doña Eulalia; pero no es cosa resuelta. Dias mas, dias menos.... ¿I con qué pretexto me presentaría a la viuda, en caso de visitarla? Soi tan torpe para asuntos de esta clase,

—¡Vaya en lo que se pára! Le dice que usted es el joven de doña Eulalia i que le viene a dar las gracias por el frac que le prestó.

—¡Las cosas de doña Eulalia que yo vaya a salir con eso! ¿Cara de qué me encuentra? Me parece ridículo presentarme a una señora para darle las gracias por un frac prestado. Que en el curso de la conversación....

—¿I qué tiene de ridículo? ¿No es un servicio como cualquier otro?

—No será ridículo; pero ello es que a mí no me cae bien.

—Por otra parte, Estebita, mucho va en la manera de decir las cosas. Si le da vergüenza nombrar el frac, no lo nombre, i dígale a doña Isabel que viene a darle las gracias por el servicio que le prestó tan a tiempo, i no se esté creyendo que le pedirán explicaciones. Luego voi a devolver el frac i el chaleco, i diré a doña Isabel que usted pasará por allá.... ¿a qué hora?

—¿Iré de noche o de dia?

—Por ser la primera vez, será mejor que haga una visita corta de dia, a eso de las tres de la tarde.

—Hágase su voluntad, doña Eulalia.

—I tambien la suya, Estebita—dijo doña Eulalia sonriéndose con apacible malicia.—¿No digo yo? ¡Si estos callados son los peores!

XIV

A las tres de la tarde del dia fijado, estaba la viuda de hacer olvidar un reino, o "mui mujer" como dicen los entendidos. Ya se figuraba ver a Esteban sentado con ella en el saloncito. ¡Qué traviesas miradas! ¡I aquella boca entreabierta! ¡I aquel cuello de cisne! ¡I aquel seno tan bien dibujado por el corsé ajustadito! Vamos, no hai que pararse mucho en estas cosas.

Al poco rato llegó Esteban mui ajeno de aquello que le esperaba, i, por la turbación, en nada reparó al principio. Aunque venía mui resuelto a hacerse del hombre cortesano i de mundo, todo fué saludar, sentarse, i quedarse cortado. Aquí no había música, danza, reunión extraordinaria ni la brillantez de un baile, cosas que dan ánimo al mas vergonzoso, sino que se hallaba Esteban frente a frente de una mujer que deseaba conocerlo i que se había de fijar hasta en sus menores jestos i palabras. Por otra parte, Esteban, si bien a solas tenía una idea bastante buena de su persona i especialmente de su injenio, delante de otros se miraba casi en nada i era el hombre mas modesto del mundo.

La viuda que lo vió turbado, principió la conversación con la mayor naturalidad.

—Créame usted—le dijo,—que si en alguna ocasión he dicho sinceramente al saludar por primera vez a una persona: "tengo mucho gusto de conocerlo," ha sido ahora. Ya lo conocía a usted. Todos los dias lo veo pasar por aquí. Desde que le oí hablar de usted a doña Eulalia, pensé que podríamos ser mui buenos amigos.

—¡Doña Eulalia!—exclamó Esteban asiéndose del nombre de la buena mujer como de una tabla salvadora.—¡Doña Eulalia! ¡Tiene tanto aprecio por mí! Creo que habrá pocas mujeres tan buenas como doña Eulalia.

—Así lo creo yo también.

—Ha sido una fortuna para mí el haberme encontrado con ella, porque como yo salgo mui poco....

—¿No le gustan los paseos, las tertulias, los bailes? Es raro en un joven.

—Raro es, en efecto. Ayer, precisamente, asistí a uno sin pensarlo. I, ya que hablamos de esto, aprovecho la ocasión para dar a usted....

—¿Dónde fué el baile? ¿Sería talvez el que daba don Pedro Ripada?

—Ese mismo.

—Numerosa debió de ser la concurrencia. Es familia mui copetuda i rumbosa. ¿Vió a Sarita? ¡Qué linda estaría! Es un anjel esa niña.

—¿La conoce usted? En efecto, quizás era la mas hermosa i elegante que había en el baile—dijo Esteban cambiando de postura i buscando alguna cosa en los bolsillos

que no podía encontrar.—I, a propósito del baile, doi a usted....

—¿Es usted aficionado a las flores?—preguntó Isabel cojiendo una fucsia de una jardinera que tenía a la mano.

—¿Quién hai que no lo sea?

—Pues mire esta fucsia, i dígame si ha visto nada mas hermoso. ¡Qué pétalos! Pero acérquese a la luz.

Ambos de pié junto a la ventana examinaban la flor, i en el examen tanto se acercaron el uno al otro, que Esteban sintió en la frente el roce de los cabellos de Isabel. Levantó los ojos i se encontró con que Isabel lo estaba mirando. Al punto bajó ella la vista ruborizada.

Quizás Esteban no le habría dado gran importancia a este acto de familiaridad en una niña i al consiguiente rubor; pero en una viuda, el caso era distinto i daba qué pensar. I Esteban pensó i barruntó el asunto. Esta idea lo trastornó un poco, pero siguió la conversación como si tal cosa le ocurriera.

Para cerciorarse, largó mui a la descuidada un equívoco malicioso i la viuda, en vez de dejarlo pasar, rió muchísimo la gracia, con lo cual Esteban se confirmó en sus sospechas.

I fué lo bueno que Esteban se puso mui conversador, mui animado i chistoso, i casi no decía palabra que no se la pudieran tomar en mal sentido, tanto que Isabel le dijo con acento picarillo:

—¡Vaya que es usted malicioso!

—¿Yo?—repuso Esteban.—Nada, absolutamente nada. Ni he pensado.... Vamos a ver, ¿dónde está la malicia? A ver, muéstremela usted.

Reíase la viuda i lo mismo Esteban, i la visita iba alargándose mucho, hasta que un sirviente que vino a preguntar a Isabel si ya era tiempo de ir a no sé qué parte, hizo que Esteban sacase el reloj i viese con asombro que la visita llevaba cerca de una hora.

Levantóse i se despidieron. La viuda le ofreció la casa, le dijo que viniera a menudo, que pasarían un buen rato, que, como en el dia debía de estar ocupado, viniese de noche, i que no temiese encontrarse con jente de etiqueta porque ella no se visitaba con nadie.

Esteban repetía: mil gracias, mil gracias; diéronse otro apretón de manos i se separaron.

Esteban llegó a su cuarto i se paseó como embestido por contrarios pensamientos. De repente tiró el sombrero i dijo, sonriéndose i con modo resuelto:

—¡Qué diantres! No me voi.

XV

Don Pedro Ripada había sido un pobre mayordomo de minas en los minerales del Norte. En cierta ocasión en que iba de viaje, descubrió una veta riquísima. Hubo aquello de las pertenencias, barras, ventas, sociedades anónimas, acciones que bajaban, acciones que subían, transacciones, mucho correr de corredores de comercio, muchos telegramas, muchos alcances prodijiosos, mucha fiebre minera, fortunas imprevistas, nuevas caravanas que salían a explorar terrenos por aquí, por allí, por todos lados.

En lo mejor, se broceó la mina, bajó la marea, i unos quedaron dándose al diablo i tirándose a dos manos los cabellos, i otros risueños i satisfechos, rascándose la barba echados atrás en un blando sillón.

Don Pedro, que era hombre prudente, vendió sus derechos cuando el entusiasmo estaba en su punto, i quedó millonario.

Cuando el famoso descubrimiento de la mina, hallábase don Pedro, cinco años hacía, enyugado con doña Feliciana al carro del matrimonio. Tenían dos hijos: Guillermo, el primojénito, i Carlos. Don Pedro permaneció en Copia-

pó algun tiempo, mientras llegaba la época oportuna de vender la mina. Por entonces nació Sara. Una vez hecha la venta i puesto el dinero en parte segura i productiva, don Pedro se fué a establecer en Santiago. Llevaba no menos de catorce años de residencia en la capital, a la fecha de este relato.

Dicho se está que, antes del decubrimiento de la mina—preciso se hace recordar este memorable suceso—don Pedro Ripada era Pedro a secas. Cuando saludaba a un caballero, se sacaba el sombrero con respeto i no se acercaba mucho. El caballero le respondía, sin moverse, con un "qué dice, amigo," o "qué se le ofrece," o "en qué andamos, amigo." Luego que se susurró lo de la veta, comenzaron a agregarle el *don*. Pronto vino el saludo risueño i campechano i las pregunticas por la señora i la familia; le dieron la mano con mui sincero afecto, i de allí a poco se le deshacían en reverencias, i era un comedirse la jente, hasta los mas caballerotes, por servir a don Pedro, que él mismo llegaba a veces a pensar si aquello sería burla; pero fuése acostumbrando poco a poco, i antes de mucho se tuvo modestamente a sí mismo por hombre importante i gran servidor de la patria.

¡Y cómo no tenerse! No pasaba dia sin que viese su nombre en el diario rodeado de frases lisonjeras, como de brillante aureola.

Véase si no.

JENEROSA DONACIÓN.—El opulento capitalista don Pedro Ripada ha regalado cinco mil pesos a la Sociedad de la En-

señanza Gratuita para la construcción de una escuela. Reciba la noble intelijencia del señor Ripada la gratitud de la instrucción pública.

EJEMPLO DIGNO DE IMITARSE.—El acaudalado descubridor de *La Serpiente*, don Pedro Ripada, se ha desprendido de diez mil pesos a favor del hospital de la Santa Cruz. La humanidad doliente conservará eterno recuerdo de su jeneroso protector. Al efecto, se dan los pasos necesarios cerca del grabador M. Gilet, para poner una plancha con el nombre de don Pedro Ripada en la sala de San Juan de Dios. Nos parece indudable—i no tememos decirlo--que si todos los ricos obrasen como el señor Ripada, los hospitales contarían con recursos suficientes.

LO SENTIMOS.—Se nos dice que don Pedro Ripada—nombre que ya se ha hecho sinónimo de jenerosidad, luz, intelijencia, progreso—abandonará pronto a Copiapó para trasladarse a Santiago con su familia. Si esto es verdad, lo sentimos por Copiapó.

Un diario de Santiago decía poco despues:

NOTABLE HUÉSPED.—Nuestro corresponsal en Copiapó nos comunica que luego llegará a esta capital don Pedro Ripada, el conocido descubridor de *La Serpiente*. Nos alegramos de que tan notable huésped venga a establecerse entre nosotros i desde luego le damos la bienvenida.

¡Vaya si había motivo para alegrarse! Don Pedro i su familia llegaron a Santiago como un rio de oro.

En menos de tres meses, don Pedro llegó a ser consejero de un banco, padrino en la bendición de la primera piedra de un hospital, presidente de una sociedad de beneficencia, i miembro necesario de las comisiones que nombraba la municipalidad para colectar erogaciones entre los vecinos.

Tuvo en su casa comidas diplomáticas i tertulias políticas, por lo cual se hablaba de la influencia de don Pedro en el gobierno, i lo que él decía de los planes gubernativos era tenido por indudable i cierto.

En las próximas elecciones, dió diez mil pesos al partido liberal, que era entonces el reinante, i he ahí a don Pedro par del reino i senador inamovible mientras le durase el dinero. Pues debe notarse que en aquel tiempo era el liberalismo una gran sociedad anónima para explotar a la República, i jiraba bajo la razón social "La Libertad." Felizmente, ahora han cambiado mucho las cosas como ustedes bien lo saben.

No faltaron de cuando en cuando bailes con espléndida cena, para granjearse popularidad entre la juventud elegante.

En cuanto a doña Feliciana, resultó que era la señora mas caritativa, segun unos diarios, i segun otros, la mas filantrópica señora que en gran parte de lo descubierto de la tierra a duras penas se podría hallar. ¿Se abría un bazar de beneficencia? Doña Feliciana era siempre la promotora i un dia en la semana asistía a la venta de boletos, i ese dia entraba mucho dinero. ¿Hablaron de que sería necesario nombrar una comisión de señoras? Carta a doña Feli-

ciana en la cual solicitaban su valiosa cooperación, i al diario con la carta i la benévola respuesta. Ello es que todos los necesitados acudían a golpear las puertas de doña Feliciana, por lo cual ella nunca se movió de la casa a visitar a los necesitados.

Cuando esta señora llegó a Santiago, las damas aristocráticas le hicieron muchos ascos; pero luego fueron una tras a otra a visitarla, ya a título de benefactora, de presidenta de sociedades i otros por el estilo. Después dijeron que les hacía tantos i tan buenos regalos, que no podían excusar el visitarla, i con esto no salían de casa de doña Feliciana.

Don Pedro siguió siendo, en medio de la opulencia, un buen hombre, débil con su mujer, amante de sus hijos, de entendimiento limitado, rústico en sus modales, un tanto mal traido en su persona, i que sacaba para todo su humilde oríjen, lo cual era perpetua fuente de disgustos con su esposa. No hai que decir que menospreciaba las artes i las letras i ensalzaba el trabajo físico, como buen hijo del pais, acuñado a la antigua.

Doña Feliciana, que nunca tuvo buenas inclinaciones, se convirtió en una mujer orgullosa, dura con los sirvientes, amiga de dar en todo su opinión; desplegó un lujo extraordinario, i su única ambición fué, desde entonces, casar a sus hijos con vástagos de la aristocracia.

XVI

Guillermo, el primojénito, era un joven activo, intelijente, arriesgado, decidor, jeneroso i grande aficionado a las muchachas, entre las cuales tenía mucho partido, porque era mui guapo mozo, sabía sorprenderlas en el cuarto de hora i las cojía como con la mano, tañía la guitarra que la hacía hablar, i cantaba i bailaba con un primor i un donaire que ya me los diera Dios.

Para don Pedro la base del mejor sistema de educación consistía en el axioma de que el hombre debe formarse por sí solo, i no perdía oportunidad de decirlo en tono grave i sentencioso siempre que había jóvenes que lo escuchasen.

Tenía Guillermo veinte años, cuando un dia lo llamó don Pedro, i le dijo, revistiendo el semblante de majestuosa gravedad:

—Ya es tiempo de que trabajes i busques algun negocio productivo, para que juntes dinero i no necesites de nadie. El hombre debe formarse por sí solo. Ahí tienes a Fulano i a Sutano que, desde niños, se acostumbraron a pedirle dinero a sus padres, i ya los ves que ahora ni

saben trabajar, i sabe Dios cómo tienen lo necesario para comer. Yo jamas le pedí en la vida un centavo a mi padre, sino que hacía mis negocitos por mi lado: de esta manera he podido reunir lo que tengo. Quiero que mis hijos obren de la misma manera. Ya lo sabes. Toma estos diez mil pesos. Segun ande la cosa, aumentaré la suma. Para comenzar, basta con lo que ahora te doi. Con mucho menos comencé yo. Pero, óigame bien. ¡Mucho juicio! ¡Mucho juicio!—i daba mayor enerjía a sus palabras golpéandose las sienes con el índice.—Nada de niñerías, i cuidado con andarme desparramando el dinero en.... i no te digo mas. No creas que dejo de saberlo,

La verdad es que don Pedro le había pedido infinitas veces dinero a su padre, i que su padre ponía todo en los tales negocitos i le proporcionaba cuanto había menester. Gracias a eso pudo casarse, i su gran fortuna la debió, como se sabe, a una casualidad. Pero el buen don Pedro ya no se acordaba de esto, i había llegado a convencerse de que si era millonario lo era gracias a su laboriosidad i honradez únicamente.

Guillermo, en la misma noche, banqueteó en grande a sus amigos por la donación, i despues se dió tal maña que, en poco tiempo, logró reunir un peculio considerable.

Doña Feliciana tenía puestas en él sus esperanzas. Ya le corrían casamiento con diversas señoritas de lo principal, i he aquí lo que sucedió.

Como lo dejo dicho, desvivíase Guillermo por las muchachas i, con frecuencia, andaba avizorando costureras i empleaditas de tienda.

En una de sus excursiones, a eso de las nueve de la noche, divisó a una joven mui bien parecida que salía del taller de una modista, acompañada por una mujer de edad, que sería su madre.

Guillermo las siguió desde lejos i, cuando llegaron a calles poco concurridas, se les acercó, las saludó con mucho comedimiento i respeto i se ofreció para acompañarlas.

La niña volvió la cara i la madre dijo con aspereza:

—¿Por quién nos toma usted? No somos de las que usted busca.

—¡Líbreme Dios de ese pecado!—exclamó Guillermo. —¿Así corresponden a mi fineza? Pero si estoi incomodando....

Llevóse la mano al sombrero e hizo como que se retiraba. Las otras, sin decir nada, apuraron el paso. Guillermo se quedó atrás; pero luego las alcanzó.

—No quiero—les dijo,—que ustedes se formen mala idea de mí. Soi del norte, i allá en mi tierra se acostumbra acompañar a las señoras que suelen andar solas de noche. Porque, sin duda alguna, es peligroso que una señora ande sola de noche. Tantos ebrios, tantos mozos atrevidos que no saben guardar las consideraciones.... ustedes ven....

—Muchas gracias—le respondieron con acento de desconfianza.

En esto asomó por la calle un coche de plaza, i apenas vió el auriga a dos tapadas con un caballero, olió ganancia i paró los rocines al lado de Guillermo. Este, abriendo al punto la portezuela, dijo:

—No es posible que ustedes se vayan a pié con tanto frio.

—Mil gracias: no nos hace nada el frio.

—Es preciso, señoras mias—dijo Guillermo,—que ustedes enmienden el desaire que acaban de hacerme, aceptando este ofrecimiento.

—Sólo por esto aceptamos—dijo la madre i subió con la niña al coche.

Guillermo les cerró la portezuela i saludó.

—¡Cómo!—dijo la madre.—Si usted ahora no nos acompaña, no nos atrevemos a irnos solas en este coche.

—Con su permiso—dijo Guillermo i subió.

Se bajaron frente a una hilera de cuartos en una calle apartada.

Guillermo despidió al cochero i entraron a una piecesita de recibo, pobre pero aseada.

Ya estaban las dos mujeres mui amigas con Guillermo, porque tenía mucho dón de jentes, i, en tratándolo por poco que fuese, no era posible dejar de aficionársele.

Entretúvolas un rato Guillermo contándoles mentiras i cuentos de su tierra i luego se despidió. Dijéronle que no se olvidase de la casa. Respondió que descuidaran, pues se acordaría de ella mas de lo que fuese menester. Al tiempo de tomar el sombrero, sacó la cartera i dejó los billetes de banco que dentro había encima de una mesa, diciéndole a la madre:

—Mire, señora: despedí sin pensar al cochero. Esta calle es mui sola i temo que salgan a robarme. Ando sin armas. Aquí dejo estos billetes para que me los guarde.

Si usted necesita.. yo no tengo apuro.. Adiós. Hasta otro dia.

En la segunda visita;.. pero andemos mas lijero. Guillermo repitió varias veces las visitas, otras tantas dejó en la mesa el contenido de la cartera, i no conquistaba un palmo de terreno. El mancebo tomó la cosa por punto de honra; pero en balde desplegó todas las gracias de su persona i del bolsillo. No había forma de que la modistilla entendiese lo que no quería entender. Tan firme resistencia impresionó a Guillermo, i se enamoró de veras. Como todos los amantes, descubrió que su amada era un ánjel de pureza, de abnegación, de humildad i de muchas otras cosas. La pasión aumentaba. No hubo remedio. Vino el sacerdote i se casaron secretamente.

Guillermo tuvo que valerse de dos amigos suyos en las dilijencias del enlace, los cuales prometieron, como se deja entender, guardar secreto obsoluto. Sin embargo, de allí a poco lo supo toda la sociedad de Santiago bajo secreto. Guillermo inculpó a sus dos amigos; pero sostuvieron ellos su inocencia, i no acertaban a explicarse la divulgación del secreto, pues uno i otro a nadie le habían referido el caso mas que a dos o tres amigos de toda confianza, jente que guardaba los secretos con llave i nunca hablaba de mas.

Mientras tanto, nada sabía la familia de Guillermo; pero una señora amiga de doña Feliciana, que padecía mucho por estrictez i tiranía de conciencia, apenas supo lo ocurrido, entró en gran desasosiego. Sintió una voz interior que la impulsaba a descubrir el secreto a doña Feliciana:

el silencio en estas circunstancias era deslealtad para con una amiga i complicidad en una desobediencia filial. La pobre señora batalló algun tiempo, temerosa de los resultados; pero al fin no pudo mas, i tiró la bomba en casa de doña Feliciana.

No seré yo quien ose describir la tempestad que levantó doña Feliciana. A instigaciones suyas, don Pedro despidió a su hijo de la casa con prohibición terminante de volver a presentarse en ella. Doña Feliciana dijo que Guillermo había deshonrado a la familia i que no lo reconocía como hijo. ¡Frustrar de manera tan indigna i cuando menos lo esperaban, tan grandes esperanzas!

El pobre Guillermo se retiró a una ciudad de provincia con su esposa. Escribió seis i siete veces a su padre pidiéndole perdón; pero doña Feliciana interceptaba las cartas, porque ya don Pedro lo había olvidado todo i solo esperaba una ocasión para llamar a Guillermo i recibirlo con los brazos abiertos.

Guillermo era buen hijo. La dureza i el enojo de sus padres lo abatieron, perdió la jovialidad i en balde procuraba distraerse. Tarde o temprano la melancolía lo habría llevado a la tumba, si la enfermedad de la membrana no lo hubiese arrebatado en tres dias.

La noticia por nada mató a don Pedro.

Doña Feliciana se desesperaba delante de sus amigas:

—¡Ai! ¡Ai, hijas por Dios! ¡No sabía lo que eran estos padecimientos! ¡I cuando ya le habíamos perdonado! ¡I cuando todo estaba olvidado! Escrita quedó la carta mandándolo llamar. ¡Ai! ¡Ai, hijas por Dios! Hágase tu volun-

tad, Dios mio. Manuela, hija, ya ves que no puedo asistir a la reunión de mañana: hazlo presente i pídeme oraciones. ¡A-a-a-i!

Don Pedro partió al punto al lugar del fallecimiento. Trajo a Santiago los restos mortales de su hijo, i se le hicieron magníficos funerales.

Como una satisfacción a los manes del pobre Guillermo, don Pedro estableció en su propia casa a la viuda. Durante dos meses mas o menos vióse ella rodeada de cuidados i de atenciones extraordinarias. Poco a poco fué entibiándose el fervor. Pudo notarse que doña Feliciana insistía en ciertas observaciones jenerales sobre lo incómodo que era vivir con personas extrañas en una misma casa. Luego vinieron las indirectas ofensivas para la viuda. Hubo algunos altercados, i la viuda, que habia heredado lo bastante para llevar una vida independiente i holgada, le cantó claro a su suegra i se retiró de la casa.

Sara la trató siempre como a verdadera hermana i mientras vivieron juntas, procuraba por cuantos medios podía endulzarle su situación. Después de que se separaron, la visitaba de cuando en cuando.

La viuda de Guillermo es la misma que, pocos años mas tarde prestó el frac a Esteban.

XVII

Doña Feliciana trató de recuperar en Carlos lo perdido en el hijo mayor. Este sí que le salió a la medida del deseo.

En punto a estudios, alcanzó hasta el tercer año de leyes, (lo cual no quiere decir, por cierto, que fuese intelijente i estudioso) i si Carlos no obtuvo el título de abogado, fué porque no quiso: mas le gustaba pasear el dia entero que dar sus vueltas por la Universidad.

Gracias a los esfuerzos de su madre, llegó a ser Carlos un *dandy brévété S. G. D. G. Paris.* Tuvo su faetón de cuatro asientos: él mismo manejaba los caballos con sin igual pavería, i salía ordinariamente acompañado por tres lacayos sin librea que eran amigos suyos, i por un muchacho que iba atrás con librea, el cual era sirviente suyo. Nunca le hacía falta la flor en el ojal. En el teatro, tenía su asiento en medio del patio, i entraba dos minutos despues de haber comenzado el acto, i salía dos minutos antes de concluir. Era autoridad en materia de mujeres, pantalones, levitas i caballos, de todo lo cual tenía de lo mejor i en abundancia.

Siempre andaba lleno de negocios i de asuntos por despachar, i se le veía vagar el dia entero, es decir, lo que para él era dia: desde la una de la tarde, mas o menos segun las estaciones, hasta la una de la mañana.

Por temporadas se volvia *gentleman*. Entonces se afeitaba a la inglesa, se vestía a la inglesa con las exajeraciones del caso, hablaba cerrado, les decia *my dear* a sus amigos, se iba a *my house*, i pronunciaba mui bien las palabras *jockey*, *steeple-chase*....

Era mozo instruido i de buen gusto literario i artístico. Decía que había leido unos versos de Dante sobre Francisca de Rímini, "bastante buenos;" que Bossuet "escribía bien," i aun cuando era partidario entusiasta de la zarzuela i de la opereta francesa, no negaba que en el *Don Juan* de Mozart, había algunos "trozos bonitos."

Obsequiaba a sus amigas con piecesitas de música, todas de nombres mui tiernos i mortecinos: *En la tumba de mi amada*, valse-redowa; *Me alejo de tí*, galopa brillante, i otras preciosidades.

Tenía un librito de memoria primorosamente encuadernado i escrito con letra mui menuda i prolija, en el cual copiaba los pensamientos dijes i afiligranados sobre el amor o las mujeres, que encontraba en sus autores favoritos. He aquí una muestra: "El amor es un perfume delicado i misterioso que embriaga nuestros sentidos, subyuga nuestro sér, i nos trasporta a un mundo desconocido i poblado de hechiceros encantos. (Perez Escrich)"—"Existe en el corazon de la mujer una cuerda solitaria i delicada. El que la toque será el dueño de ese corazón. (Ortega i

Frias)." En las tertulias de señoritas, sacaba Carlos de cuando en cuando el librillo i comentaba esos primores con elevada metafísica.

No se infiera de lo anterior que Carlos profesaba a la mujer un culto romántico i caballeresco. Nada menos que eso. Entre sus amigos la echaba de Tenorio. Era de oirlo. A él no le venían con cuentos de mujeres castas i virtuosas. Bien las conocía. ¡Si él hubiera querido!..... ¡Pch!..... Pero a veces les tenía lástima.... I en seguida recitaba cierta estrofa de la composición de Espronceda *A Jarifa en una orjía*.

Estaba por irse a Europa en pocos meses mas para perfeccionar, segun decía, sus conocimientos sociales i científicos.

XVIII

Pocos dias después del baile andaba Sara haciendo algunas compras, i en una tienda se encontró con Isabel, a quien no había visto desde hacía dos meses, por lo menos.

Después de algunas exclamaciones admirativas, se abrazaron con efusión i se retiraron a un lado a conversar.

Anduvieron por alto las protestas de tiernos recuerdos i las promesas de visitas.

—¿Con que tuvieron un gran baile?—preguntó Isabel.

—Sí, tuvimos un baile; pero no de llamarlo grande—contestó Sara con indiferencia.

—I díme, ¿te gustó algun joven? Mira si soi indiscreta—dijo Isabel sonriéndose.

—Si me gustó algun joven? Nó, ninguno te lo aseguro.

—No quieres tener confianza conmigo. Bien lo veo. ¿Cómo es posible que no hayas encontrado un joven que te agrade entre tantos como te cortejan?

—Pero si no me crees, Isabel, ¿qué quieres que te diga?

—¿I qué te pareció un joven de ojos negros, de linda cabeza i de mui bien formado cuerpo que fué al baile? No sé si lo verías. Es un estudiante de provincia, veci-

no i amigo mio. Me contó que tú eras la niña mas elegante i hermosa que había en el baile.

—¡Vecino i amigo tuyo! ¿Eso dijo?..¿Cómo dices? Ojos negros, estudiante de provincia.... Yo dí algunos paseos con uno....; pero no sé si será el mismo—dijo Sara con el color encendido i aparentando indiferencia.

—¿Será uno que se llama Esteban?

Al nombre de Esteban, Sara se turbó sin poderlo encubrir. Imajinóse como que se hubiese podido saber que, en sueños, había recibido un beso de Esteban, i que se pudiera leer en su semblante que había pasado largas horas, ya entregada a los dulces recuerdos del baile, ya forjándose románticas ilusiones de dicha i de tranquilos goces.

—¡Esteban! Ese mismo debe de ser entonces—contestó Sara sin mirar a Isabel,--porque así se llamaba el que te digo.

Isabel quedó mui sorprendida con la noticia del paseo en el baile, cosa que no le había contado su amigo, i observando a Sara con la perspicacia de los celos, vió claro lo que menos se imajinaba, esto es, que si Sara no amaba todavia a Esteban, poco le faltaba para ello, i que Esteban indudablemente le correspondía. Pero la viuda no se desconcertaba así no mas, i dijo con mucha serenidad.

—¿Con que te paseaste con Esteban? Estuvo en casa dos o tres dias después del baile i nada me contó, lo cual, Sarita, es mui mala seña--dijo la viuda con malicia.—¿Hablaste con él? ¿No es verdad que es un excelente joven?...¡Mira qué lindo jénero!--agregó tomando repentinamente una muestra de jénero que había en un escaparate.

—¡Qué dibujo tan elegante! Mas me gustan estos dibujos caprichosos, que no los alineados i correctos que se usaban. Voi a preguntar el precio.

Al tiempo de despedirse, dijo la viuda con la mayor amabilidad:

—¿I cuándo me vas a ver?

—Lo mas pronto que pueda—respondió Sara.—Mañana, si no tienes que salir.

—Bien está—dijo Isabel.—Mañana te espero. ¡Cuidado con dejarme con los crespos hechos!

Advertencia inútil, porque Sara habría hecho la visita ese mismo dia. Pudiera tocar la casualidad de que allá se encontrase con Esteban.

XIX

Diré de una vez, en honor de la verdad i por evitar juicios temerarios, que Isabel era una mujer honesta, recatada, que nunca había dado que hablar a nadie, i que soportaba la carga de la viudez de un modo ejemplar. Quizás encontrará alguno poco propias las manifestaciones que hacía a Esteban; pero todo tiene su disculpa. Una doncella pesca voluntades con la inocencia i el rubor virjinal; pero este sebo empleado por una viuda, serviría mas bien de espantajo i nadie tragaría el anzuelo.

En fin, poco le importarán al lector estas averiguaciones, cuando sepa que después del encuentro de Isabel con Sara, tomaron otro rumbo las cosas.

En efecto, desde que la viuda conoció que algo había entre Sara i Esteban, determinó primeramente comprobarlo, i (si era cierto lo que sospechaba) quitarse ella del medio i favorecer en cuanto pudiera a los dos amantes.

No se maravillen de lo que cuento. Isabel era buena i jenerosa, i estimaba en mucho a Sara, tanto por sus prendas personales, como por agradecimiento.

Las buenas resoluciones que se han visto, le acudieron

a Isabel mientras el hierro estaba caliente; pero era mui de temer que las olvidara si recibía a solas otra visita de Esteban. Ella no dejaba de creerlo así, i para quemar sus naves, cojió la pluma i le envió a Esteban una esquelita que decía:

"Apreciado vecino: Si mañana en la tarde pasa por aquí, le aseguro que no le pesará."

Esteban, mientras tanto, había resuelto de nuevo volverse a su tierra natal. Nada tenía ya que esperar en Santiago. Después de la visita a Isabel, pensó seguir adelante en la conquista de la viuda, tanto por mocedad como por distraer de sí el amor a Sara, que se había apoderado de él con la violencia con que se apodera de un corazón virjen un amor irrealizable.

Pronto, empero, reflexiones que habrían sido miradas como bagatelas por un hombre de mundo, lo hicieron mudar de propósito.

En estas circunstancias recibió la carta de Isabel. Trabajo le costó tomar algun partido; pero la forma singular de la invitación lo decidió a ir a casa de la viuda.

XX

¡Cuál no sería la sorpresa de Esteban al encontrar a la viuda en compañia de Sara, a quien no esperaba volver a ver! Su turbación no tuvo límites; pero Isabel, sin desconcertarse, le dijo despues de haberlo saludado:

—No le presento a esta señorita, porque ya sé que la conoce.

—Sí.... en efecto....—dijo Esteban saludando a Sara.

Isabel siguió con la palabra, porque cuando callaba se sentía el volar de las moscas.

De pronto exclamó levantándose:

—¡Qué cabeza tengo! Dispensen ustedes. Voi a despachar al sirviente. Vuelvo en dos minutos.

I salió mui de prisa.

Quedaron solos Esteban i Sara, sin despegar los labios ni atreverse a levantar la vista.

Por fin, Esteban, sin saber lo que decía i mirando la alfombra, hizo algunas interesantes observaciones acerca de la temperatura. Sara, mirando una flor, debió de encontrarlas mui justas porque las admitió sin discusión.

De pregunta en respuesta, Sara cobró ánimo i le preguntó a Esteban por qué se había retirado del baile tan repentinamente.

Esteban, en su turbación, comenzó con evasivas; pero poco a poco se repuso i refirió a Sara lisa i llanamente lo que le había acontecido, sin palabras duras ni encono contra nadie.

A Sara se le llenaron los ojos de lágrimas.

Conmovido Esteban, le dijo con sencillez:

—Créame: por lo que mas he sentido esta triste escena, ha sido por lo que podían ir a contarle a usted, i por lo que usted podía creer de mí.

—¿Cómo se imajina que yo fuera a creer....? ¡Vaya! ¡Como si no lo conociera a usted!

—Muchas gracias—murmuró Esteban.

—No me las dé, Esteban. No le hago ningún favor con decirle lo que creo de usted.

Hubo un momento de silencio durante el cual Cupido hizo maravillas en ambos corazones, i de tal suerte los movió i previno, que no había mas que soltar la gran palabra para que se fundiesen en uno.

Isabel no tardaría en llegar. Ahora o nunca, pensó Esteban.

—Sara.... Sara.... ¡Te amo!—dijo temblando i con una voz que no parecía la suya.

—¡Esteban!.... Sí.... ¡Tambien te amo!

Miráronse con inefable ternura i Esteban, que ya iba perdiendo el juicio, se acercó a Sara i le cojió una mano. Ella no tuvo fuerzas para retirarla. El se la besó. Sara

dejó escapar un hondo suspiro i pálida, cerrados los ojos, anhelante, caidos los brazos, se echó atrás en el sillón como desmayada. Esteban, fuera de sí, le dió un beso en los labios.

Yo habría pagado porque doña Eulalia hubiera visto cómo se despabilaba el gatito muerto.

Sintiéronse pasos.

Esteban se levantó al punto, mirando a todos lados.

—¡Sara! ¡Sara!—exclamó.—¡Ya vienen!

Y corrió a una mesa i abrió un álbum de retratos.

Luego llegó Isabel.

—¡Tanto que me he demorado! Pero si estos sirvientes.. Si uno no les repite veinte veces la misma cosa, no hai forma de que la entiendan.

Ahora bien, apenas la viuda salió del saloncito, volvió en puntillas hasta la pieza vecina i se sentó frente a un espejo, por medio del cual veía a los amantes sin que ellos la viesen.

Cuando se dieron el beso, Isabel se estremeció i cerró un momento los ojos; pero, sobreponiéndose a la emoción que la embargaba, se alejó mui quedo, i volvió luego después con fuertes pisadas.

—¡Qué buena fotografía! ¿De quién es?—preguntó Esteban absorto delante de un retrato malísimo i descolorido.

XXI

De vuelta a su casa, Esteban se encerró en su pieza, casi aturdido, sin pensar en nada, o pensando en veinte cosas a un tiempo.

Esteban había encontrado muchas veces, en dramas i novelas, situaciones semejantes a la suya; habíase entonces puesto en lugar de los protagonistas, i, como ellos, salía mui bien del atolladero con heróicas i enérjicas resoluciones. Ahora conoció que mucho iba de lo imajinado a lo obrado, i no halló en sí mismo la enerjía que creía poseer.

Por intermedio de la viuda, podría ver algunas veces a Sara. ¿I qué adelantaba con esto? No veía por dónde llegar a casarse: de riquezas no hai que hablar, de aquello de la familia aristocrática, menos. En las novelas hai el recurso de la fuga: pero ni él ni Sara eran jente de fuga, i, cuando lo fueran, ¿a dónde se irían? ¿Ni con qué pretexto fugarse, puesto que él no había visitado la casa i no podía saber si los padres de Sara lo aceptarían o no por yerno? ¿I no sería ridículo el proponérselo a Sara?

Dejemos que anden las cosas, se dijo Esteban desalentado i por decir algo, i cojiendo un retrato de Sara que

había comprado hacía poco, quedóse embebido en amorosas contemplaciones, olvidado de las dificultades i obstáculos, que desaparecieron como por encanto delante de la dulce fisonomía de su amada.

En esto entró doña Eulalia con una carta. Era de la madre de Esteban. Comunicábale que su marido se había caido del caballo, que estaba en cama i que era preciso que se fuese cuanto antes.

Esteban que amaba a su padre en extremo, no pensó mas que en irse al dia siguiente. Escribióle a Isabel. Ponía en su conocimiento lo ocurrido, le confesaba su amor a Sara, i, acudiendo a la bondad i aprecio que siempre le había manifestado Isabel, le suplicaba que entregase a Sara una carta que iba adjunta. En ella no le decía nada de nuevo, sino que le explicaba, entre ardentísimas protestas de amor, su repentina ausencia i le pedía que alguna vez le escribiese.

XXII

A mi musa juguetona no le gusta detenerse en escenas tristes i llorosas: por eso no refiero aquí la despedida de Esteban i de doña Eulalia, que fué una de las mas patéticas que se han visto después de la de Héctor i de Andrómaca.

Ya tenemos a Esteban establecido en un carro del tren del sur.

Notable contraste ofrecía este joven meditabundo i ensimismado con el bullicioso enjambre de los agricultores que viajaban en el mismo tren.

Estos se saludaban preguntándose por los trigos:

—¡Hola, Juan de Dios! ¿Cómo están los trigos?

—Buenos, gracias. ¿I los tuyos?

—Así, así. El polvillo está asomando.

I se oía un confuso bisbeseo que sólo dejaba entender que se trataba de vacas secas, de novillos, de bueyes gordos.

Cuando se veía una hacienda pastosa o, mas bien, un animal gordo, lucio i bien formado, se levantaba un rumor en el enjambre, brotaban las exclamaciones, unos a otros

se llamaban la atención i se excitaban mutuamente a admirar el prodijio. I todos ellos, asomados a las ventanillas, contemplaban al animal con cierta voluptuosidad, con secreto gozo, i hasta con esa melancolía suave, con ese dulce anhelo que manifiesta el rostro del hombre que sueña con su ideal.

En el tren del norte no acontece lo mismo. Ahí los compañeros de viaje son, de ordinario, ajentes de casas comerciales, comisionistas, corredores de comercio, empleados de banco, i la conversación anda sobre bonos, sociedades, compañias, jiros, letras, el cambio, descuentos. I lo singular es que hasta el último empleadillo de banco parece un Rostchild, porque dice que en ese dia ha tenido en su caja un movimiento de medio millón de pesos, que ha jirado sobre Londres no sé cuántos miles, i esto con un modito sereno i desembarazado como que es viejo en estos asuntos.

XXIII

Esteban encontró a su padre mui mejor de la caida; pero, de todos modos, no había que pensar en la vuelta a Santiago. Era preciso que empezara a trabajar ejerciendo la profesión.

Esteban comenzó a pensar seriamente en su nuevo método de vida, i cada vez que en él pensaba le cojía el desaliento. ¡Enamorado, correspondido, ansioso de gloria, i tener que resignarse a vivir lejos de su amada, en un miserable villorio, defendiendo pleitecillos mezquinos! Ahí tenía arratonado el manuscrito que no había vuelto a ver desde que lo llevó al librero. Volvió entonces a hojearlo i, como los últimos sucesos lo habían llamado a la vida real, calificó de disparatados, ridículos i pedantescos, los pensamientos que ahí había vertido su acalorada e inexperta fantasía.

Este nuevo desengaño lo impulsó a una resolución enérjica: la de dejar a un lado sus ambiciones de gloria, resignarse con su suerte, sacar de ella todo el partido que pudiese, i convertirse en "hombre práctico" miéntras pluguiera a Dios enviarle mejor fortuna.

Trabajo i mil combates consigo mismo tuvo que padecer Esteban para mantener lo resuelto; pero la necesidad le daba fuerza. Mortificando su natural altivez, se ofreció como abogado a los vecinos, se les inclinó, fué risueño i agradable con los que podían protejerlo, rebajó su espíritu hasta la rusticidad de los que le rodeaban, i, aun cuando su carácter estallaba a las veces con brusquedad, consiguió poco a poco cerrarle todas las salidas. Sin embargo, Esteban se dejó una válvula de seguridad en don Juan Bautista: en él solía descargar su mal humor en forma de cargosidades i de bromas que al otro pobre le hacían echar chispas; pero, como era tan buen hombre, con dos amabilidades de Esteban, al punto se sosegaba.

En el último año habían acaecido en el vecindario sucesos dignos de especial recordación.

Eufrasia se había fugado con uno que llegó a poner escuela. Era éste, segun le contaron a Esteban, mancebo de mucho aparato, con manta vistosa, traje de paño, fino sombrero de pita, espuelas de plata, caballo brioso, i era mui bien hablado, al decir de los campesinos, por lo cual don Juan Bautista, que en él veía a un rival temible, nunca lo miró con buen ojo.

Nada se sabía del paradero de los fujitivos, Verdad es que el padre de Eufrasia no se dió mucha prisa en averiguarlo. No se crea, por esto, que era un padre desnaturalizado, sino que había un embrollo en el nacimiento de esta niña. Lo que por entonces se sacó en limpio, fué que un propietario en grande del departamento, caballero anciano (pero que, a no dudarlo, fué mozo en su tiempo,) mui

respetable i que siempre daba su vida por modelo a sus hijos, suministraba en secreto mesadas al padre de Eufrasia, dinero que éste empleaba relijiosamente en satisfacer los caprichos de la muchacha i en rodearla de comodidades.

El que mas cartas tomó en este asunto fué don Juan Bautista. Cuando lo recordaba, se encendía, se enfurecía, i pronunciaba interminables e incomprensibles discursos sobre la honra de las familias, la moral, la corrupción de las costumbres.

—¡Yo quisiera que me tocaran a una persona de mi familia!—exclamaba.—Les juro a ustedes que así como quiebro este palito, mataría al seductor aun cuando fuese el rei de las Uropas en persona.

Pronto tuvo ocasión don Juan Bautista de probar la verdad de sus palabras.

La inocente lavanderilla, por su parte, se había alquilado de nodriza. ¡Triste i ordinario fin de las Fléridas i Galateas!

Don Juan Bautista había reemplazado el *statu quo* i "la centralizacion administrativa" por la "cotización" i el "alza o baja del cambio." No entendía estos últimos términos mas bien que los anteriores; pero los encontró mas propios para explicar los actos del gobierno liberal que rejía entonces la república. Era de tenderse de la risa cuando don Juan Bautista, hablando de una candidatura liberal de dificil logro, decía que se "cotizaba mui alto."

XXIV

No pasaron muchos dias sin que recibiera Esteban la contestación de Sara. Por el párrafo que copio, se verá que Sara no escribía tan bien como Heloisa; pero sí como una mujer que ama de veras i que procura manifestar su amor i no su injenio.

"No puedo explicarle—le decía—la pena i el gozo que me causó su carta. Pena porque usted se iba i por lo que motivaba su ausencia, i gozo al ver la ternura i sinceridad de su cariño. Pero no será larga nuestra separación, porque piensa mi papá comprar un fundo vecino al lugar donde usted vive, i espero que hemos de vernos en las vacaciones."

No hai que decir que la noticia dejó a Esteban suspenso.

"Confusa me veo—continuaba—para contestar el resto de su carta, i no es porque mis sentimientos para con usted sean confusos sino que se me ocurren tantas cosas que decirle que no sé cómo principiar. Pero he de hacerlo de alguna manera..."

Aquí me quedo en la copia por no fastidiar al lector.

Con leerla por entero no aprendería novedad ninguna: todos los enamorados cantan unísonos i, singularmente, los que dicen con injenuidad lo que sienten.

Habíase ya acostado el padre de Esteban cuando se recibió la carta, i por esto no pudo el chico ir a preguntarle si sabía la susodicha compra del fundo. Pero se desquitó con la carta. Leyó i releyó el bendito documento, i ya lo besaba, i ya lo estrechaba contra su corazón. Dió el cautivo mozo unos suspiros que los puso en el cielo, i se regaló con ilusiones románticas que lo tuvieron desvelado hasta mui tarde de la noche, i, cuando logró conciliar el sueño, soñó cosas mui agradables.

Al otro dia por la mañana preguntó Esteban a su padre como quien no pregunta nada:

—Dígame, papá, ayer oí no sé qué de venta de un fundo...

—¡Hombre! Se me había olvidado contarte. Se halla a venta El Estero. Don Pablo quebró o quién sabe lo que hubo. Le embargaron el fundo i lo han puesto a remate. Antes de que tú llegaras, vino a verme un caballero, i me pidió que lo acompañara a recorrer la hacienda porque se interesaba en comprarla. Como yo me he criado aquí i conozco estas tierras palmo a palmo, ninguno le podía servir mas que yo. El fundo le pareció mui bien. Despues dijo que él no era el interesado, sino un su amigo, don Pedro qué sé yo cuantos...

—¿Ripada?—apuntó Esteban.

—Ese mismo. ¿Lo conoces?

—De nombre. Es conocido en Santiago.

—En efecto, de allá es.

—¿I se quedará con el fundo?—preguntó Esteban con ansiedad.

—Así lo creo. El remate debe de haberse hecho en estos dias, i el caballero me dijo que el don Pedro se quedaría con la hacienda a toda costa. Por caro que se la lleven, siempre harán un gran negocio. Estas tierras son de lo bueno bueno. ¡Las conozco mas que mis manos! Se necesita ser un don Pablo, para quebrar poseyendo esta mina. Pero ¿de qué te ríes? Pones una cara de pascua como si hubiesen comprado el fundo para tí.

—Nada, papá. Pensaba en un.... una vez, allá en Santiago.

—¿Sí? ¿Apuesto a que he dicho alguna barbaridad i te estás riendo de mí? Estos señores abogados no se la perdonan ni a su padre—dijo riéndose el buen viejo i dándole cariñosas palmadas a Esteban.

XXV

Al dia siguiente llegaron a la casa de Esteban, Carlos i el caballero que vino la otra vez a visitar el fundo.

Con su poco de vergüenza los recibió Esteban en su humilde morada. Carlos lo saludó con llaneza, como se saluda en el campo, i le presentó a su compañero que se llamaba don Lizardo.

Contaría éste, sobre poco mas o menos, cuarenta años de edad. Era de mediana estatura; rollizo i colorado como hombre que bien se cuida, que come de todo i bebe de lo bueno; de mirar embotado i poco decidor; de facciones correctas, pero no graciosas. Hablaba despacio i con calma, i discurría metódicamente: decía "vamos por partes," dividía la materia, i pasaba de lo primero a lo segundo i de lo segundo a lo tercero. De cuando en cuando presumía de chistoso profundo. Sus expresiones dogmáticas manifestaban gran suficiencia, i cierta risita burlona que no desamparaba sus labios parecía dar a entender que él era hombre de mucho cálculo i trastienda. Don Lizardo en conjunto era antipático; pero fácilmente se comprendía

que las personas a quienes adulase lo encontrarían agradable i divertido.

La nueva visita tenía por objeto invitar al padre de Esteban a que los acompañase a ver si podría hacerse una represa en cierta quebrada vecina, pues ya se había efectuado la compra del fundo. Por estar ese dia algo enfermo el buen viejo, no los pudo acompañar; pero les dijo que Esteban les serviría lo mismo porque conocía el terreno tan bien como él. Fueron a la quebrada i resultó que se podía hacer la represa, si bien gastando mucho. A la vuelta, Carlos invitó a ir a su casa a Esteban, que no se hizo de rogar, porque supo que allá se encontraba don Pedro, bien que sin la familia.

Carlos no se mostró cortés por pura buena educación, por cierto. Ya don Pedro le había recomendado que se amistase con el vecindario, porque esto es mui útil en el campo, cuanto mas que estando ellos recién llegados, podrían aprovecharse de la experiencia de los lugareños.

Don Pedro quedó mui complacido de Esteban. Mucho le gustó la buena presencia i la modestia del nuestro joven; no le dejó irse hasta después de la comida i lo atendió con cariño.

En la conversación supo Esteban que don Lizardo iba a tomar la administración de la hacienda. Sin saber por qué, le desagradó la noticia.

Este don Lizardo había perdido toda su fortuna: no faltaban quienes dijeran que en el juego; pero nadie lo creía porque era proverbial su prudencia i buena cabeza. Arrimóse a don Pedro, se hizo mui de la casa, él dió noticias

del remate de El Estero, i tanto ponderó la dicha propiedad, que don Pedro la remató sin mirar en cuanto. Adjudicada que le fué, aconsejó doña Feliciana a su marido que pusiese de administrador a don Lizardo interesándolo en una buena parte, porque así pondría mas empeño en el cultivo i adelanto del fundo. Como don Pedro estimaba mucho a don Lizardo, convino en ello i asi se hizo.

¿De dónde salió doña Feliciana con tan buen consejo? Lo voi a decir.

Un dia que doña Feliciana estrenaba vestido nuevo i un magnífico aderezo de brillantes, don Lizardo estuvo mirándola un buen espacio como en muda contemplación, hasta que la señora hubo de reparar en ello i le dijo:

—¿Qué me mira tanto, don Lizardo?

—Estoi contemplando a una mujer hermosa—respondió don Lizardo con modo sentimental.

Doña Feliciana nunca había sido hermosa, ni siquiera regular, ni cuando era virjen de diez i seis años, que es cuanto decirse puede. Los afeites mas finos i costosos no habían conseguido borrar el color no moreno sino negruzco de su cara. En balde se mandó hacer corsées a las mejores fábricas: nunca logró dar elegancia i distinción a su cuerpo. La galanteria de un hombre tan serio como don Lizardo la sorprendió agradablemente, casi la conmovió i llegó hasta ruborizarse, i desde entonces defendía doña Feliciana las opiniones i el buen gusto de don Lizardo como las suyas propias.

En otra ocasión, en una tertulia, se le ocurrió a doña Feliciana una necedad o poco menos, lo cual le sucedía

mui a menudo; ella la tomó por chiste i como tal la dijo. Los concurrentes no hicieron alto; pero don Lizardo exclamó:

—¡Es usted mui aguda i maliciosa, señora!

Claro está que doña Feliciana tuvo en adelante a don Lizardo por hombre de entendimiento vivo i perspicaz, i mas se confirmó en ello cuando supo que don Lizardo se volvía lenguas para alabarla i decía que doña Feliciana era de lo mas injenioso i discreto que pudiera hallarse entre jente principal.

Con tales principios, llegaron luego a una íntima amistad. Don Lizardo era la mano derecha de doña Feliciana. El le redactaba las cartas i contestaciones que debían aparecer en el diario, los discursitos i memorias para ser pronunciados en sesiones solemnes de las sociedades de que doña Feliciana era presidenta; él le organizaba los bazares de beneficencia, los bailes i era el consultor en los puntos de etiqueta.

De todo esto sacaba don Lizardo muchas pastillas i caramelos; pero ningún bocado sustancioso. A veces se le ocurría conquistar la dote de Sara. ¿Pero cómo? La chica, en primer lugar, no lo podía ver, i por otra parte, doña Feliciana quería que el novio fuese Federico. El lector recordará que éste fué el que armó la gresca a Esteban en el baile.

Pertenecía Federico a una familia mui aristocrática, pero arruinada. Con el objeto de salir de apuros i evitar que la pobreza empañase el lustre del apellido (nada hai que pueda en esto mas que la pobreza), se resolvió en consejo

de familia casar a Federico con Sara. El mozo aceptó con entusiasmo la propuesta, porque él era el mas favorecido, i comenzó a captarse el buen querer de doña Feliciana con alhagos i notables preferencias. De igual modo obraba toda la familia de Federico. ¿No era esto lo que quería doña Feliciana? ¡Qué ocasión mas oportuna para realizar sus mas caras ilusiones!

Sara, sin embargo, a las amonestaciones de su madre i a las manifestaciones de Federico contestaba con la mas glacial indiferencia.

Federico, a pesar del decidido apoyo de la señora, pensaba retirarse viendo que no adelantaba un palmo, i así se lo dió a entender un dia a doña Feliciana. Esta, por su parte, con palabras mas o menos encubiertas le insinuó que hiciese otra tentativa, i temerosa de que Federico llevase a cabo su intento, llamó previamente a su hija, i a solas con ella la sermoneó largamente sobre los deberes filiales i el desinterés del amor maternal.

—¿Por qué—le decia—te recomiendo a Federico? Te lo recomiendo porque Federico es un excelente joven como ahora no se encuentran. Una madre no quiere mas que la felicidad de sus hijos. Yo no quiero mas que tu felicidad i, si así no fuese, no me importaría que te casaras con el que se te antojase; pero me importa porque soi tu madre, i si mas tarde padeces, he de padecer yo también. Ahora las niñas han dado en no hacerles caso a sus padres. ¡Así les va!... Ahí tienes a Carolina, por ejemplo, i a tantas otras que se casaron a disgusto i andan a estas horas lamentándose, i llorando, i diciendo:—Bien me lo decía mi papá.

Bien me lo decía mi mamá.—I como se ven pobres i abandonadas por el marido, no salen de la casa de sus padres i parecen modelos de sumisión i de obediencia filial.

—Pero, mamá—repuso Sara con serenidad i sonriéndose,—yo no niego que sea malo casarse contra la voluntad de sus padres, sino que....

—¿I cómo habrías de negarlo i decir eso delante de tu madre?

—Sino que creo—continuó Sara,—que los padres pueden mui bien equivocarse con las mejores intenciones del mundo. Muchísimas niñas podría yo sacarle que se han casado a disgusto de sus padres i son mui felices.

—¡Sí! ¡Mui felices! Porque tú no sabes cómo andan las cosas por debajo.

—Lo mismo podría yo decirle de los matrimonios hechos por los padres i que parecen mui felices.

—¡Qué sabes tú de cosas de matrimonio! Estás hablando por hablar.

—Pero, mamá, i por no ir mas lejos, a usted misma le he oido infinidad de veces que se casó a disgusto, i ya ve que no puede ser mas feliz de lo que es con mi papá.

—¡Miren con lo que sale! Así son todas tus reflexiones. Si yo me casé a disgusto, fué porque a mi padre le llevaron cuentos de Pedro. El los creyó i por eso se opuso.

—Es lo que digo, mamá: lo que usted me cuenta es una de las mil maneras de equivocarse.

—Pero ¿sabes, niña, que te estás poniendo insoporta-

ble? Pedro ya me lo ha advertido varias veces, i te diré que lo tienes sumamente disgustado por la manera como tratas a Federico. A tí no te dice nada; pero cuando estamos solos i comienza a quejarse, no tiene para cuándo acabar. Yo lo sosiego i le digo: "no te preocupes de eso. Deja que le venga mas juicio." I agradéceme, que si no fuese por mí, hace tiempo que.... Ya lo verás si sigues como hasta ahora.

Todos éstas eran mentirillas maternales, porque don Pedro adoraba a su hija i a Federico le tenía malísima voluntad i, si no la manifestaba, era por evitar disgustos con su mujer. Sara bien lo sabía i, por no acalorar a su madre, nada replicó.

Despues de un rato de silencio dijo doña Feliciana:

—En fin, haz lo que se te antoje. Ya he cumplido con mi deber. Cásate con el que quieras: yo no soi la que padezco i nada me importa que seas feliz o desgraciada. Algún dia me encontrarás razón. Llámame a la costurera i que me traiga el vestido de terciopelo para ver cómo me lo están dejando.

XXVI

En los dias que pasó don Pedro en su nuevo fundo, Federico arriesgó la última tentativa: pidió una respuesta clara i terminante, i le contestaron con un nó redondo i sin apelación.

Federico se retiró enojadísimo con doña Feliciana, con Sara, con don Pedro, con todos los de la casa.

La noble familia del chasqueado puso el grito en el cielo. ¡Ver menospreciada su alianza por unos mineros advenedizos! ¡Válgame Dios! ¡I cómo la nobleza santiaguina desacreditó, despedazó la honra de los Ripadas i cuanto hai que desacreditar en una familia! ¡Cuántas cosas ignoradas se descubrieron, i cuántas descubiertas resultaron ignoradas! Así fué como se descubrió la vida de don Pedro i de su esposa cuando aquél era pobre mayordomo en una mina; así fué como se averiguó minuciosamente lo que entonces comían, lo qne bebían, lo que adeudaban, quiénes favorecieron a don Pedro, a quiénes entrampó, con quiénes tuvo amores doña Feliciana. Así fué como las virtudes de Sara, reconocidas hacía poco por todos los que la habían tratado, i singularmente por la familia de

Federico, resultaron cosa ignorada, hasta el punto de no saber explicarse cómo se habían descubierto virtudes que no existían.

Federico hablaba por cuatro malas lenguas, i confesó en secreto a sus amigos, exijiéndoles previamente el mas absoluto sijilo porque no le gustaba desacreditar a nadie, que contra él habían fraguado los Ripadas la mas negra trama que sea posible imajinar.

—Parece—les decía—que Sara.... Es buena niña, no lo niego; pero.... en fin.... de todo es capaz la flaca naturaleza....; sin embargo.... me parece indudable.... Ello es que don Pedro i doña Feliciana me habían escojido como víctima. Al principio nada sospeché; pero las solapadas instigaciones de doña Feliciana me dieron qué pensar. Hice algunas preguntas disimuladas a la niña. Me entendió i se turbó. Por último, a una antigua sirviente de la casa le sonsaqué lo suficiente para verme en la necesidad de tomar al punto mi sombrero, i decir a doña Feliciana: "no soi tan tonto: a otro perro con ese hueso." ¿Ustedes creían que me habían dado calabazas? ¡Ah! ¡Ah! ¡Calabazas a mí! No deja de ser curioso.

Ni los peor intencionados creyeron palabra de todo esto; pero, cuando se trataba el asunto, naturalmente se referían las disculpas de Federico, i cuando estas disculpas llegaban a oidos de personas que no conocían a Sara ni a Federico, se decía:

—Quizás sea cierto. No es la primera vez que suceden casos como éste.

También pudo entonces observarse un fenómeno mui

curioso. Pasado el primer momento de indignación, la familia de Federico cayó en la cuenta de que ella siempre se había opuesto con tenacidad al matrimonio. Un tio declaró que había estado a punto de enemistarse con Federico por esta causa. Era caballero respetable i todos le creyeron. Sin embargo, lo que le decía a Federico cada vez que lo encontraba, era lo siguiente:

—¿Cuándo te casas, hombre? No se te vaya la presa: mira que andan muchos tras ella. Tú tienes que sacar de apuros a la familia, comenzando por tu tio cuyo bolsillo está en las últimas. Atráete a la señora, insinúate con el caballero i llévale el amén a los caprichos de la niña. Jentuza es; pero el dinero es dinero i lo demás es broma.

Pronto comenzaron a llegar las habladurias a oidos de doña Feliciana. Hubo gran alboroto en la casa. Doña Feliciana tuvo síncopes, histéricos i desmayos. Don Pedro, que llegó en esos dias, apenas impuesto de lo ocurrido juró que donde encontrase al mocito le daría un balazo, aunque fuese en un teatro lleno.

La sociedad de Santiago estuvo dividida en Montecchi i Capuletti durante una semana, i por una i otra parte se maldecía i disputaba a mas i mejor.

Carlos Ripada tomó la cosa por punto de honra i publicó que iba a desafiar a Federico. Este propaló, por su parte, que se alegraba de tal resolución i que esperaría a los padrinos; pero éstos no llegaban. A Carlos le sacaban el juicio sus amigos preguntándole que cuándo era el duelo, i ofreciéndosele con cargosidad para servirle de padrinos. Por último, el pobre mozo envió a dos de ellos para con-

certarse con Federico, el cual aceptó el reto valientemente.

En la sociedad se hablaba mucho del tal desafío: comentábase el valor, la serenidad i los ensayos de tiro al blanco de uno i otro adalid.

Carlos i Federico, mientras mas se aproximaba el dia fijado, mas resueltos parecían. Burlábanse de la muerte, de la vida, de todo. No faltaron quienes procurasen avenirlos; pero rechazaron con desprecio cualquiera tentativa de acomodo. Sin duda alguna, el desafío iba a ser entre un normando i un anglo-sajón. Con todo, debe notarse una cosa que probaba que, si bien los dos campeones eran de indomable i temerario arrojo, tenían buenas entrañas. Cada uno manifestó en confianza a sus amigos que, si sentía morir, era únicamente por la aflicción de su mamá. ¡Pobre mamá! ¡Siempre lo había amado tanto!

En la noche anterior al dia fijado, ambos escribieron su testamento.

Llegó el dia i la hora, i en el lugar del duelo no se encontraron mas que los padrinos i un cirujano mui provisto de vendas e instrumentos. Declaráronse mutuamente los padrinos que sus respectivos ahijados habían amanecido enfermos i que se postergaría el desafío.

Poco después partió Carlos para Europa.

XXVII

Don Pedro, en una carta que le escribió a don Lizardo acerca de algunas medidas para la administración del fundo, le comunicó lo ocurrido con Federico, i en la misma carta puso algunas líneas doña Feliciana hablando de lo mismo i lamentándose de que en tan críticas circunstancias, en que se veían atacados por una familia poderosa, no tuviesen en Santiago un amigo leal i de palabra autorizada que los defendiese.

Don Lizardo contestó a vuelta de correo, diciendo que no hallaba términos con que calificar la villana conducta de Federico, i que esperaba despachar ciertos asuntos mui urjentes para irse a Santiago i exijir del insolente joven una retractación clara e inmediata, i, si no quería, ya sabría obligarlo a ello. Expresábase, en suma, con tanto calor e indignación que casi consoló a los atribulados padres, infundiéndoles al mismo tiempo algun recelo por lo que pudiera acontecer.

Acababan de acostarse don Pedro i su consorte cuando recibieron la carta de don Lizardo. Si bien, de ordinario, cada uno dormía en su cama, habíales tocado esa noche dormir juntos.

—Este sí que es buen amigo i te diré, Pedro, la verdad que me gustaría mucho verlo casado con Sara—dijo doña Feliciana sacándose una trenza postiza.

—Es un hombre honrado i trabajador—observó don Pedro, dejando la carta en el velador i retirando un poco la vela detrás de las cortinas de la cama, para que no le diese la luz en los ojos.

—A tí te vendría como de molde semejante yerno.

—¡Hum!—murmuró don Pedro que se puso repentinamente de humor filosófico.—¡Hum! Mira, hija, cuando hai dinero sobran servidores.

—Sí; pero servidores que, tantito que uno se descuide, no tienen escrúpulo en dejarlo en la calle.

—¡Hum! Poca diferencia hai entre dejarlo a uno en la calle o en el zaguán. Hija, no nací ayer.

—Pero, dime, ¿te gustaría don Lizardo como yerno?

—Ni sí, ni nó. ¿Qué dice Sara? Nunca la he visto amable con él.

—Sara no dice nada; pero no costaría mucho convencerla.

—Entonces no hai que hablar.

—Pero ya debemos pensar seriamente en establecer a Sara i buscarle....

—Otra vez hablaremos. Ahora tengo mucho sueño—dijo don Pedro apagando bruscamente la vela.

—¡Jesús con el hombre!—exclamó doña Feliciana.

I se acostaron espalda contra espalda.

XXVIII

Algunos dias después llegó don Lizardo i, cuando estuvo a solas con don Pedro i doña Feliciana, les pidió que le contasen lo de Federico punto por punto.

Comenzó don Pedro a referir el caso por milésima vez; pero como doña Feliciana no lo dejaba hablar, sino que a cada paso le interrumpía diciéndole:—No fué así. Se te olvida esto—i otras frases por el estilo, don Pedro se incomodó i, echándose atrás en la silla, le dijo:

—Habla tú. Los dos a un tiempo no podemos hablar.

Tomó, pues, la palabra doña Feliciana. Ahora don Pedro era el que quería interrumpir para rectificar ciertas apreciaciones; pero su consorte seguía adelante sin hacerle caso.

La indignación de don Lizardo era grande, en verdad.

—¡Es posible!—exclamaba.—¡A una familia respetable!.... ¡Esto no se ha oido nunca!.... ¿I tenía descaro el badulaque para decir eso?.... Esa familia de Jorje no vale un....; todos son lo mismo. Bien los conozco. Su padre es otro que tal.

Una vez que doña Feliciana hubo terminado lo sustancial del relato, i ya iba recojiendo algunas minuciosidades

que se le habían quedado en el camino, dijo don Lizardo con grave i solemne acento:

—Ahora, con el permiso de ustedes, queda este asunto a mi cuidado. Yo miro a esta familia como si fuese la mia propia, i ofenderla es ofenderme. Esto no puede quedar así.

—Nó, don Lizardo—dijo doña Feliciana con los ojos llenos de lágrimas.—Ya se han calmado las cosas. Mucho le agradecemos su buen corazón.

—No tienen nada que agradecerme. No hago sino pagar una deuda—dijo don Lizardo haciéndose del enternecido.

—Sería volver a encender el fuego—insistió doña Feliciana.

—Nada, nada, amigo don Lizardo. Modérese usted—dijo don Pedro con la calma de un hombre que tiene la seguridad de vengarse cuando le plazca i a su entera satisfacción.—Déjeme no mas. Ya se la tengo sentenciada al mocito. Donde lo encuentre le pego un tiro, mas que sea en una iglesia.

—¡Pedro, por Dios! No digas eso—exclamó doña Feliciana.

—No hai de qué espantarse. Lo dicho, dicho. I cuando digo una cosa, la cumplo. Sí, señor.

Don Pedro corroboró sus palabras con una fuerte palmada que se dió en la pantorrilla.

Advertiré, de paso, que don Pedro no tenía arma de fuego en la casa, i ni siquera se le había ocurrido comprar un revólver para verificar su propósito.

Tanto suplicaron, que don Lizardo fué poco a poco convenciéndose de que su intervención sería inoportuna i no haría mas que agriar los ánimos.

Otra razón poderosísima tenía don Lizardo para convencerse, i era que nunca pensó moverse de la hacienda hasta que se hubiese disipado la polvareda que levantó el despechado Federico. Así podía mostrarse jeneroso i agradecido sin peligro para su persona i sin malquistarse con nadie.

Hasta don Pedro mismo se conmovió con el noble proceder de don Lizardo.

—¿Qué dices, Pedro, de don Lizardo?—preguntóle doña Feliciana apenas quedaron solos.

—Es un hombre excelente. Mui buen corazón. Cada dia estoi mas contento con él.

—¿Te gustaría que se casase con Sara?

—Mucho me gustaría que Sara lo quisiese—dijo don Pedro levantándose.

XXIX

Cuando don Lizardo tenía fortuna—ya dije que en un tiempo fué rico—debía de ser hombre de mui buenas prendas, porque era sinceramente apreciado por sus numerosos amigos i mui bien recibido en los salones. Pero debió de perder sus buenas prendas conforme le llegaba la pobreza. Sus amigos lo saludaban desde lejos i, para con él, siempre andaban de prisa; las señoras no le invitaban a las tertulias; los caballeros no le decían: "Quédese usted a comer con nosotros;" nadie atravesaba la calle para darle un buen apretón de manos, despues de una ausencia corta o larga, como fuese.

Pero ahora que de nuevo le sonreía la fortuna, que era administrador de un millonario i, al parecer, su privado i depositario de su confianza—i ya se sabía lo que valían estos títulos en manos de un hombre como don Lizardo—debió de reconquistar sus antiguas buenas prendas. De nuevo volvieron sus numerosos amigos a apreciarlo sinceramente i todos le abrían a porfía su casa, su corazón i su bolsillo. Aún, entre las señoras, se renovaron las antiguas discusiones sobre la cara de don Lizardo, porque ha-

bía quiénes sostenían que era buen mozo, pero no simpático; otras lo encontraban pesado i poco ájil, pero mui cortés i comedido; para otras no tenía mas que buena nariz i buenos dientes.

Uno de los primeros cuidados de don Lizardo, cuando se vió provisto de dinero, fué asistir al club del cual hacía tiempo permanecía retirado. Sus antiguos compañeros lo recibieron con grandes abrazos i le pidieron, fuera de broma, explicaciones de por qué no había acudido a ellos en sus tiempos apurados. Habrían sido capaces de quedarse en la calle junto con él. No querían calificar la poca confianza de don Lizardo en amigos tan leales. ¿Entre amigos andarse con esos cumplimientos? En cuanto a ellos, no tendrían inconveniente en pedirle dinero a él si lo necesitasen.

En seguida comenzaron a jugar por entretenerse, i así por entretenerse, perdió don Lizardo como tres mil pesos, que cargó, por lo pronto, a los gastos del fundo, mientras ideaba alguna manera de reintegrarlos o de disculpar su falta para cuando hubiese de presentar sus cuentas a don Pedro.

Viendo don Lizardo que la suerte no lo favorecía i temiendo que el boquete se aumentase, determinó volverse cuanto antes al Estero.

Don Pedro le dijo que no había, por ahora, trabajos de importancia en el fundo, i que bien podía demorar la vuelta algunos dias. Don Lizardo le contestó que él era hombre trabajador, que no le gustaba estar ocioso i que ya que en él había depositado su confianza, debía hacer cuanto pudiera por merecerla i hacer prosperar los negocios.

Cuando don Pedro refirió a doña Feliciana esta conversación, dijo la señora:

—Bien conocía yo a don Lizardo i por eso te lo recomendé. Encuéntrame otro mas activo i desinteresado. ¿I todavia vacilas en quererlo para yerno? Sin duda estarás esperando algun hijo de rei.

—Mira, Feliciana: hazle algunas indicaciones a Sara, dándole a entender que nos gustaría verla casada con don Lizardo; pero que no se vaya a imajinar que nosotros la obligamos. Eso nó. En las vacaciones (como irémos a pasarlas en El Estero) tendrán mas lugar de conocerse i allá mismo podrémos arreglar este asunto.

—I darémos un gran baile—dijo doña Feliciana,—porque es la primera hija que se nos casa i es preciso celebrar este acontecimiento.

—Ya se verá, ya se verá.

XXX

Nuestros enamorados, en tanto, pasaban el tiempo en flores. Mucho era lo que se escribían preguntándose que cuándo llegarían las vacaciones para verse aunque fuera desde lejos, que cuándo querría Dios compadecerse de ellos i unirlos en el matrimonio.

Manifestaba el mancebo que irremediablemente se iba a volver loco cuando llegase el dia de tan fausto acontecimiento, i Sara, por su parte, confesaba que cada vez que pensaba en ello sentía un desfallecimiento i agregaba que el tal dia no había de llegar: era demasiada ventura para una simple mortal i no sé qué voz interior le revelaba que no gozaría nunca tamaña felicidad.

Aquí entraba Esteban a desvanecer tan negros presentimientos, haciendo ver a su amada que no había por qué abrigar semejantes temores, puesto que diariamente se casaban muchos i que ya les llegaría su turno. A continuación cojía su estribillo. ¿Cómo podía ella amarlo, siendo tan rica, tan pretendida i celebrada, i él tan pobre i sin amigos?—"Sara de mi corazón, le decia; ¡cuántos jóvenes hai en Santigo, ricos, elegantes i que valen mas que yo!

¿Por qué no corresponde a uno de esos amantes i me deja que la adore en silencio?"—Ya se comprende que estas frasecitas tenían por objeto inspirar compasión. Sara contestaba como si las creyese sinceras:—"Esteban mio, usted no me conoce. ¿Qué me importa el dinero? ¡Oh! ¡Si usted supiese la pena que me causan sus injustas quejas!"

I nótese que, al principio, se enviaban caricias escribiendo únicamente la primera letra i lo demas con puntos suspensivos. Puro rubor i falta de costumbre. A las cuatro cartas, se enviaban al fin de ella, en grandes i claros caracteres, millones de besos i de abrazos con todas sus letras.

Lo peor del caso es que Sara no osaba confiar este amor a ninguna de sus amigas, porque, con seguridad, se habían de reir de él, i esta reserva aumentaba en ella el amor, si bien la hacía padecer mas.

Sara, sin que lo advirtiese, tomó las de toda enamorada: mirar vago i dormido, lánguidas posturas, indiferencia, compasión universal, gusto por la luz de la luna, por la soledad, por las novelas amorosas, i cuando las leía comparaba sus propios sentimientos con los de la heroina de la novela. En el teatro, cuando los amantes se abrazaban, estremecíase de pies a cabeza i no sabía lo que le pasaba.

Doña Feliciana no había reparado en estos síntomas alarmantes, porque acababa de ocurrir una gran inundación en Francia i la colonia francesa se había dirijido a doña Feliciana para que, con el celo que le era característico, organizase un bazar en favor de los inundados. Doña Feliciana contestó como era de esperar de su celo carac-

terísco, i andaba por entonces juntando a las otras cinco o seis señoras de celo característico que había en Santiago, i cartas al Intendente, a Fulano, a Zutano, i al diario con ellas: eso lo primero.

Doña Feliciana se mostró en estas circunstancias mas filantrópica que nunca, porque un caballero que se vendía por mui amigo del Ministro francés, le comunicó en secreto que había oido al Ministro, hombre mui cortesano, que si doña Feliciana seguía empeñándose tanto por socorrer a los inundados, se vería en el imprescindible deber de conseguir de su gobierno que la nombrase "caballera' de la Lejión de Honor.

XXXI

Esteban, para hallarse en punto mas central i estar mas a la mano de los que pudiesen necesitar de sus conocimientos profesionales, arrendó un cuarto en el pueblo vecino, que no distaba mucho de su casa. Puso ahí su bufete i asistía en él diariamente tres o cuatro horas. Pero era la del diablo que, en ese tiempo, dió la jente en andar tan avenida que no se merecía ni un miserable pleitecillo, i los pocos que ocurrían paraban en manos de dos tinterillos establecidos hacía tiempo en la localidad. Esteban pasaba las horas muertas esperando clientes. Mal iba el negocio: él nunca se imajinó sacar pingües ganancias; pero sí lo suficiente para sus necesidades. Sin embargo, los padres de Esteban no se preocupaban mucho por las malas espextativas del abogado, porque como era hijo único i ellos no tan pobres, no le había de faltar casa, comida i en qué trabajar.

En ese tiempo, tomó a su cargo don Juan Bautista a una sobrina suya que había quedado huérfana i con no mala dote. Llamábase Leonarda. Era una morenita que chorreaba gracia por todos los poros del cuerpo, limpia, aseada, modesta i suave en el trato, i, sobre todo, tenía

un modito de mirar por lo bajo i a hurtadillas capaz de levantar en el aire a cualquier cristiano.

A los padres de Esteban les pareció bien la chica, i se propusieron casarlo con ella. Sentíanse ya viejos, i querían tener una hija que ayudase en los quehaceres domésticos i nietezuelos que metiesen bulla en la casa. Como Esteban aun no conocía a Leonarda, determinaron ir con él a casa de don Juan Bautista, sin que su hijo entendiese el proyecto para tantearle la voluntad.

Cuando llegaron, estaba don Juan Bautista sentado en un corredor techado con ramas, leyendo un periódico con tan grave continente que al punto infundió a Esteban vivísimos deseos de apurarle la paciencia.

—¡Hola!—exclamó don Juan Bautista levantándose.—¿A dónde van los transeuntes?

—Venimos a hacerle una visita—dijo Pascual, el padre de Esteban.

—Pues, señor, no podian darme mas gusto. ¡A ver, traigan sillas! Aquí estamos mas frescos.

—¿I qué dice el diario, amigo Juan Bautista?—preguntó Pascual.

—Gran noticia, el cambio ha subido.

—¿I eso es bueno?—preguntó injenuamente Pascual.

—Para nosotros sobre todo—respondió don Juan Bautista con aparato misterioso.—El trigo subirá.

—I dígame, don Juan Bautista—preguntó Esteban,—¿cuenta ahí el diario las últimas bribonadas de los liberales?

—¡Bribonadas!—exclamó don Juan Bautista que presumía de pulcro i delicado en sus expresiones.—¿No es

verdad, Pascual, que estos conservadores son mui procaces?

—No sé qué diga el abogado—contestó indiferentemente Pascual, que no tenía ideas fijas en este punto.

—¿Procaces?—dijo Esteban.—¿Qué va a que acaba de leer la palabrita en el diario? Déjeme verlo.

—¡Leonarda!—gritó don Juan Bautista a su sobrina que llegaba en ese momento.—Ven acá para presentarte a este joven, el hijo de Pascual, i mira si lo puedes entretener por ahí que es zancudo mui cantor.

Al punto Esteban encontró apetecible a la muchacha i no se le despegó del lado en todo el tiempo de la visita.

De vuelta a la casa, díjole a Esteban su padre:

—Mira, Esteban, mui.... mui.... te ví con la negrita. ¿Qué te pareció?

—¿Qué me pareció? No es fea.

—¡Cómo que no es fea! Harto simpática es. Tiene buena dote. En verdad, no es mal partido.

—Ya lo creo. No pasará mucho sin que se case.

—Vamos, Esteban, ¿por qué no ganas tú el quién vive?

—¡Pch! ¡Qué lo he de ganar!—contestó el joven.—Estoi mui muchacho para eso.

—¿Sí? Hazte del chiquitito. Fuera de broma, si te gusta la niña yo me encargo de arreglarte el casamiento.

—Lo que es a mí me gustaría mucho—dijo la madre de Esteban con gravedad.—El hombre debe casarse joven. Por otra parte, no se gastaría mas que ahora: donde comen tres pueden comer cuatro.

—¿De veras me lo dicen?—preguntó Esteban.

—De veras, de veras. Hablamos seriamente.

Esteban guardó silencio un momento i despues dijo:

—¿Quieren que les cuente una cosa? Pero no se asusten.

—Si el caso no es de asustar, no nos asustaremos.

—Bueno. Estoi ya comprometido—dijo Esteban con resolución para cerrarse cualquier salida.

—¡Comprometido!— exclamaron los dos viejos—¿Con quién? ¿Con alguna de Santiago? ¡I nada nos habías dicho! Poca confianza has tenido en tus padres que nunca te han ocultado nada.

—No se enojen por eso—dijo Esteban.—No ha sido falta de confianza, sino que...

—En fin, adelante.

—Les repito que no se asusten. Estoi comprometido con la hija de don Pedro Ripada.

—¿El que ha comprado...

—Ese.

—¿Estás embromando, Esteban, o te has vuelto loco? —dijo Pascual.

—Ni lo uno, ni lo otro.

—No creas, Esteban, no te hagas ilusiones—dijo la madre.—Algun amorcillo por embromar. Será por reirse.

—En fin, sea como sea— dijo Pascual pensativo.— Cuenta cómo ha sido, qué es lo que hai, i después juzgaremos.

Entonces Esteban les refirió lo del baile i lo demás hasta la última entrevista con Sara, resbalando por sobre la viuda i sin tocar lo del beso.

—Pues, hombre, el asunto parece serio—dijo Pascual. —Sabe Dios para qué te tiene destinado.

XXXII

En esos dias llegó don Lizardo de Santiago, i poco después recibió Esteban una esquelita mui atenta de este caballero en que le pedía que pasara a su casa. Hízolo así Esteban sin imajinarse el objeto de la invitación. Sin embargo, como nada tenía de particular lo declararé desde luego al lector.

Por ser El Estero fundo mui extenso, necesitaba don Lizardo un empleado que le ayudase en la administración jeneral. Ya había hablado de esto con don Pedro, el cual le dijo que designara él mismo la persona. Don Lizardo pensó, al principio, en algun pariente o amigo pobre; pero pronto desechó tal idea. En efecto, a jente de esa categoría era menester guardarle ciertas consideraciones, fuera que, de ordinario, son ellos poco subordinados i de difícil manejo. En segundo lugar, si se ofrecía algun lance provechoso i fácil de encubrir, el amigo o el pariente pobre, de no hacerlo cómplice don Lizardo, podría ser un acusador que pusiese en duda su palabra. Le convenía un hombre sin experiencia del mundo, poco atrevido, de orijen oscuro, sin antecedentes conocidos, a quien imponer i enga-

ñar, i de cuya honra poder infundir sospechas sin miedo a ulteriores consecuencias.

Don Lizardo encontró a Esteban a pedir de boca, i se apresuró a llamarlo para ofrecerle el empleo.

Tomó, pues, Esteban el camino que conducía a la casa de El Estero. Este camino separaba al referido fundo de varias pequeñas propiedades, cuyas casas, mas o menos pobres, se hallaban a orillas del camino.

A poco andar divisó Esteban a don Lizardo que, al parecer, iba de vuelta. Lo alcanzó.

—Buenos dias, Esteban—dijo don Lizardo.—¿A mi casa va usted?

—Sí, señor.

—Pues nos iremos juntos.

Pasaban en ese momento frente a la casa de don Juan Bautista. Leonarda estaba en la puerta. Esteban la saludó. Volvió la cabeza don Lizardo para ver a quién saludaba.

—Simpática la negrita—dijo.—¿Trabaja usted en la propiedad de su padre?

—Nó, señor—respondió Esteban.—Soi abogado i ejerzo la profesión.

—¡Ah! ¿Usted es abogado? ¿Practicó en Santiago la profesión?

—Nó, señor. Apenas recibí el título me vine acá.

—¿Y cómo le va con la abogacía?

—Mal, mui mal. Cierto es tambien que, aparte de que mis conocimientos son mas bien teóricos que prácticos, no tengo inclinación ni gusto alguno por la abogacía.

—Pues ¿por qué no la deja usted?

—Esperaré un poco mas: pudiera ser.. . .

—Créame que perderá el tiempo. Ya le había conocido que usted no tiene inclinaciones de abogado. Para prosperar en esta profesión, mas que ciencia, mas que nada, se necesita aparato científico, carácter avenible i complaciente, espíritu sutil i fecundo en artificios, práctica i expedición en los negocios, expresión facil, abundante i cundidora, i sobre todo, manga ancha, mui ancha. Yo tampoco serviría para abogado por lo de la manga ancha, aún acuando tuviese los otros requisitos. Para mí, la justicia es lo primero, la justicia pura, sí señor. Se lo digo, amigo Esteban, para que me conozca. Yo no podría defender un pleito, ni patrocinar una petición en que viese una sombra de injusticia, no digo legal, sino natural que fuese. Ahora bien, a los clientes no les gusta que les anden examinando sus títulos, ni los traen para eso, sino para que les hagan luego el escrito, que lo que es justicia con eso cargan ellos. ¿Y qué joven abogado puede hacer fortuna con tales escrúpulos? Pase que los tenga un abogado acreditado i rico; pero ¡un principiante!... Si los abogados mirasen por la justicia, no habría ni la quinta parte de los pleitos que ahora, ni tampoco la quinta parte de los abogados.

"Pasando a otra cosa—continuó don Lizardo,—¿quiere usted que le proponga un negocio?

—Si es tal que me convenga. . . .—respondió Esteban.

—Eso es claro. Se trata de que yo necesito un empleado que me ayude en la administración de la hacienda. Le confesaré francamente que, desde que a usted lo conocí,

tomé interés por usted i me propuse interiormente no desperdiciar ocasión de poderle ser útil. Ahora se me ha presentado una excelente. Cuando hablé con don Pedro de la necesidad del dicho empleado, tuvo la amabilidad de dejar a mi gusto la elección de la persona, i al momento pensé en usted.

—Se lo agradezco muchísimo, don Lizardo—dijo Esteban.—Acepto, por mi parte, la propuesta; pero antes necesito....

—¡Oh! El sueldo no puede ser mejor. Mil pesos al año i ademas se le permitirá tener algunos animales....

—No me refería a eso, don Lizardo. Le iba a decir que, antes de darle una respuesta, necesitaba consultarlo con mis padres.

—Mui bien me parece, Esteban; i hágales presente lo inútil de que usted siga ejerciendo la profesión de abogado. En extremo me alegraría de que fuesen de mi opinión. Espero que usted me pasará a decir lo mas pronto lo que determinen para escribir inmediatamente a don Pedro. Porque, si bien él me dijo: "Elija al que usted quiera," me parece deber de cortesia pedirle su aprobación.

—Por cierto.

—Don Pedro lo aceptará sin duda alguna. Excusado es decirle que usted vivirá en la casa.

XXXIII

Mas preocupado que conmovido quedó Esteban con la propuesta de don Lizardo. Desde que vió i oyó hablar a este caballero, lo tuvo por calculador i egoista. No acertaba, pues, a explicarse ni a qué atribuir aquel interés i aquellos deseos de serle útil que acababa de manifestarle don Lizardo. La advertencia, empero, de vivir en la misma casa de don Pedro lo trastornaba. Sin duda alguna, don Pedro i su familia irían a pasar las vacaciones en la hacienda. ¡Vivir bajo el mismo techo que Sara! ¡Oir su voz, conversar con ella, verla cien veces al dia! ¿I no se encontrarían alguna vez a solas, ya entrada la noche, en un bosquecillo del jardín o, por lo menos, en algún corredor o pasadizo antes de que prendiesen la lámpara?.... ¡Qué puntos de meditación para un enamorado! Esteban dió un gran suspiro, se estremeció, i le dió frio, i le tiritó el cuerpo i quedó absorto en sus ilusiones, segun es uso i costumbre de los enamorados.

En llegando a su casa, Esteban consultó el asunto. No hai que decir cuán grande fué el gusto de sus padres, al ver cómo lo favorecía la fortuna.

—Mañana mismo, Esteban—le dijo Pascual,—vas a manifestarle a don Lizardo que aceptas i que todos le agradecemos su buena voluntad i que cuente con nosotros para todo lo que se le ofrezca.

—Mañana sin falta, hijo—decía la madre.—No sea caso que otro te lleve el empleo.

—Descuiden ustedes—respondía nuestro joven que era el mas apurado de todos.

Al dia siguiente salió Esteban, mas o menos a la misma hora que la otra vez, en dirección al Estero. Poco antes de llegar a la casa de don Juan Bautista, divisó a don Lizardo que iba de vuelta por el camino con mucho despacio, también mas o menos como la otra vez

Saludólo Esteban con mas cortesia que de ordinario, i le dijo, junto con darle los debidos agradecimientos, que ya había hablado con sus padres i aceptaba el empleo.

—Pues, amigo—dijo don Lizardo,—ahora mismo le escribo a don Pedro i váyase previniendo mientras tanto. Dígame, Esteban—agregó con indiferencia,—¿quién vive en esta casita del frente? Yo querría conocer a todos los pequeños propietarios de la vecindad, porque son individuos que pueden prestar servicios i conviene tenerlos bien dispuestos a favor de uno.

—Vive ahí un don Juan Bautista. Es dueño del terreno que se extiende desde aquella pared hasta los álamos que se ven allá.

—¿Tiene hijos grandes?

—Nó—respondió Esteban,—nada mas que un niño que anda cerca de los diez años. No hace mucho tomó a su

cargo a una sobrina, aquélla que estaba ayer en la puerta.

—¿Cuál? No recuerdo. En fin, no importa. Le había hecho esta pregunta, porque me gusta conocer a toda la jente. Créame usted. Aún entre los mas infelices, suelen encontrarse muchachos que, con educarlos un poco, serían hombres hábiles i competentes en algún oficio. Yo tengo por sistema, i así lo practiqué en un fundo mio que malos tiempos de fortuna me obligaron a vender, descubrir i utilizar a estos muchachos agudos i despiertos. Así puede uno estar mui bien servido: yo no podía estarlo mejor. Si usted no anda escaso de tiempo, podría acompañarme a conocer a ese don Juan Bautista.

—No tengo ninguna ocupación urjente--dijo Esteban.

Dirijiéronse a la casita. Salió Leonarda a recibirlos, los invitó a entrar i les ofreció asiento con mucha gracia i donaire. Don Juan Bautista no estaba en casa; pero Leonarda les dijo que lo esperaran un momento, i salió a mandarlo llamar.

Esteban había notado en don Lizardo un semblante picaresco al mirar a Leonarda; pero, apenas salió la niña, dijo don Lizardo con mucha naturalidad i confianza:

—Simpática la muchachita. A éstas les gusta mucho que las traten con llaneza, que las requiebren i galanteen: no hai mejor manera de ganar su buena voluntad. Al mismo tiempo, uno debe ser grave i serio con los hombres, i no darles confianza. Yo practicaba este sistema allá en mi fundo, i me dió mui buenos resultados: nunca nadie me negaba algún servicio, nunca ví caras agrias ni respuestas gruñonas, sino que todos me servían por los aires.

A propósito de los sistemas de don Lizardo, he notado que la palabra "sistema" desempeña un importante papel en boca de las personas graves, i contribuye en gran manera a densificar la atmósfera de prudencia i de circunspección en que se envuelven. Pregúntenle cualquier cosa a un hombre grave:—Caballero, ¿no le pone leche a su té?—Mil gracias. Tengo el sistema de tomarlo puro.—¿A qué hora se levanta usted?—De ordinario me levanto tarde; pero madrugo cuando hai algo que hacer por la mañana. Es mi sistema.

Luego llegó don Juan Bautista doblando apresuradamente un diario, que usaba desde una semana atrás. Suludó con sumisión e hipérbole a don Lizardo, i cuando Esteban le dijo que ese caballero era el administrador del Estero i que deseaba entrar con él en relaciones de amistad, llevóse don Juan Bautista las manos al corazón, i se le ofreció con tanto embrollo de razones i en términos tan raros, que los visitantes apenas podían contener la risa, i reventaran si don Lizardo no lo atajase a fuerza de darle i repetirle las gracias.

Por lo demás, la visita fué un cambio de buenas palabras, de ofrecimientos i de preguntitas cariñosas.

XXXIV

Algunos dias tardó en llegar la contestación de don Pedro. La razón era la siguiente.

Por preferencias i rivalidades, hubo entonces ciertos disgustillos entre los miembros de la Cámara, todos los cuales, como queda dicho i explicado, eran exclusivamente liberales. El asunto se volvió en tal guisa que un voto de censura al ministerio parecía inminente. Comenzaron, pues, los opositores i ministeriales de ocasión a reunir votos. De uno i otro bando acudieron a don Pedro i lo pusieron en grave aprieto, porque era hombre pacífico i no quería meterse en enredos i polémicas, ni desairar a nadie; cuanto mas que, cuando le hablaba un ministerial, le encontraba razón al ministerial i decía que las pretensiones de los opositores eran exhorbitantes, i cuando le hablaba un opositor, le hallaba razón al opositor i decía que, en efecto, el gobierno abusaba i era preciso llamarlo al orden. Pero había apuro en saber luego a qué atenerse i acosaban a don Pedro para que diese una declaración explícita. No hubo mas remedio que inventar un viaje de la noche a la mañana, viaje que fué tiempo perdido. Hé aquí cómo.

Viéndose el ministerio en minoría, acordó echar en medio de la discusión, por boca de uno de sus defensores, un proyecto de lei que oprimiese al clero, a los católicos, a los conservadores. ¡Para qué digo nada del buen éxito de la estratajema, ya probada repetidas veces! El ministro acojió entusiasmado el proyecto, declaróse en peligro la soberanía nacional, todos se dieron la mano en presencia del enemigo común, unos a otros se animaban a la terrible lucha, i exclamaban los oradores mirando al cielo: "¡Lo pedimos en nombre de la libertad de opiniones, de la libertad de conciencia, de la libertad sin restricción alguna!" Mientras tanto, al voto de censura le salió pasto.

Don Pedro llegó mui sin novedad. Encontróse con la carta de don Lizardo, la cual se la pasó abierta doña Feliciana. Esta notable señora sostenía que la mujer tiene derecho para abrir las cartas a su esposo, fundándose en que no debe haber secretos entre cónyujes. Don Pedro había combatido largo tiempo la doctrina anterior; pero sin fruto. Al fin i a la postre, hubo de resignarse a ella, protestando, cada vez que se ofrecía, contra el tal derecho que, a su juicio, no era mas que una falta de consideración i de respeto al marido.

—Ne me parece mal el joven—dijo don Pedro doblando de nuevo la carta.

—No sé qué te diga del joven—repuso doña Feliciana. —Aquí se entrometió no sé cómo al baile que dimos cuando Sara bajó el vestido, i se portó de una manera escandalosa.

—Niñadas—dijo don Pedro.—Que se le haya pasado

la mano al beber....; eso no puede tomarse en cuenta para calificar a un joven.

—Otra cosa me preocupa. Este joven vivirá en la casa, ¿i Sara?

—¿I Sara? ¿Qué hai con ella?

—¿Qué hai con ella? ¡Tuya había de ser la pregunta!—exclamó doña Feliciana.—Nada hai con ella, es claro. Como a tí nada te importa, como no sabes lo que son las niñas, como tú no viste lo amable que anduvo él con ella cuando se pasearon del brazo en el salón.... ¡Pero qué atrevimiento de mozo! Me acaloro cada vez que lo recuerdo.... Bien está. No vamos a salir con un domingo siete el dia menos pensado i comiencen las lamentaciones. Ya te lo advierto. He cumplido con mi deber. Parece que nunca hubieras sido joven.

—Visiones, Feliciana, visiones. ¡Qué diantres! Si hemos de andar con tantos cuidados, mas vale mandar la niña a las monjas.

—Pero no comprendo—dijo doña Feliciana—por qué don Lizardo ha elejido a este joven, habiendo aquí en Santiago tantos de buena familia que se encuentran escasos de recursos i que de seguro habrían aceptado el empleo.

—No sé qué razones haya tenido don Lizardo; pero celebro su elección. Conocí al mocito cuando estuve en el fundo i me pareció bien. Se ha criado allá i conoce los terrenos; es hijo de un vecino regularmente acomodado; es bien querido, honrado e intelijente, circunstancias que son favorables para el buen desempeño del empleo. Por

otra parte, encuentro a estos jovencitos de Santiago mui gallitos, mui entrometidos....

—Bueno será todo eso; pero no me alivia de los cuidados que voi a tener con Sara.

—Sin duda alguna, señora mia, sin duda alguna—dijo don Pedro echándose atrás en el sillón.—Cuando a las señoras mujeres se les mete una cosa en la cabeza, el diablo que se las saque. Apuesto a que si el Federico, cuando andaba con vara alta, hubiese sido el empleado elejido por don Lizardo, no hubieras tenido ninguno de estos temores que ahora te sobresaltan. Cuando a las señoras mujeres no les cae en gracia un individuo....

—¡Dale con las señoras mujeres! Como si uno no supiera.... Así será. No estoi con ánimo de disputar.

Doña Feliciana se levantó incomodada.

Don Pedro la miraba sonriéndose con sorna i le decía meneando la cabeza:

—Hija de tu madre, ¿cómo habías de salir? Así fué la pobre señora hasta que se murió.

XXXV

Don Lizardo, mientras tanto, había continuado las visitas a casa de don Juan Bautista, porque tenía que ir a ver ciertos trabajos i por acortar o mejorar camino, pasaba por ahí mui a menudo, i ya el calor, ya la fatiga.... ello es que siempre había motivo plausible.

Comenzaron a hablar de la afición de don Lizardo a la casa de don Juan Bautista, puesto que no había hecho igual cosa con ninguno de los propietarios vecinos. Supo don Lizardo que se quejaban de esta preferencia i que algunos maldecían de él; pero contestaba sonriéndose i con su ordinaria calma: "No puedo visitarlos a todos a un tiempo; pero a cada cual le llegará su turno."

Sucedía que muchas veces no estaba en casa don Juan Bautista; pero esto no era inconveniente, porque don Lizardo se entretenía mucho con la sobrina mientras tomaba su vaso de ulpo. No hai necesidad de decir que a don Lizardo todos en la casa se le mostraban mui respetuosos i lo trataban con gran cariño, porque había permitido a don Juan Bautista tener algunos animales en las mejores dehesas del Estero, le había prestado carretas, aperos e

instrumentos de labranza i le hacía buenos i contínuos regalos para la familia. Todo esto no lo ocultaba de ningún modo don Lizardo. ¿I por qué lo había de ocultar? Era su sistema para atraerse a los lugareños, i así lo había practicado en aquel su fundo que malos tiempos de fortuna le obligaron a vender.

Tal se hallaban las cosas, cuando en una tarde, en vez de entrar don Juan Bautista a su casa por la puerta que daba al camino público, entró por la huerta que había a los piés de la casa. La huerta terminaba en una quebrada angosta pero boscosa. Al atravesarla, notó que un perro que lo acompañaba comenzó a olfatear con viveza i a seguir rastro.

—Quizás haya por ahí algún animal muerto — pensó don Juan Bautista. —Voi a ver.

I desmontándose, porque no era posible penetrar a caballo en la espesura, siguió tras el perro.

De pronto el perro torció a una parte mas tupida de árboles i arbustos, i se adelantó a saltos i meneando la cola.

—Este no es animal muerto—dijo don Juan Bautista.

I he aquí que, por entre unas ramas.... ¿qué se imajinan ustedes que vió? Nada menos que al grave don Lizardo en actitud de huir por un lado, i a Leonarda mirando a todas partes con ojos despavoridos, mientras el perro le ladraba haciéndole fiestas. Don Juan Bautista se adelantó unos cuantos pasos, i hubo un cuadro plástico de medio minuto.

Mui hombre de mundo sería don Lizardo; pero esta

sorpresa infraganti lo desconcertó enteramente. Pronto, empero, tomó el partido de examinar los árboles con modo indiferente. Leonarda, no avezada a estas peripecias, se sentó en un tronco i rompió a llorar. Don Juan Bautista, no menos sorprendido i desconcertado, no sabía qué hacer ni qué decir, hasta que, por último, haciéndose del que no veía a don Lizardo, se volvió furioso contra su sobrina.

—¿Qué haces aquí, muchacha? ¡A la casa....!—i lo echó redondo i bien sonoro.—Allá te diré quién soi.

Don Juan Bautista hizo una señal imperiosa a Leonarda para que lo siguiera, i así llegaron a la casa. La mujer de don Juan Bautista, viéndolos venir de tan extraña manera, preguntó qué ocurría, i así que lo supo, comenzaron ambos consortes a echar sapos i culebras sobre la pobre niña.

En esa misma noche determinó don Juan Bautista sacar al otro dia por la mañana los animales que tenía en el Estero i devolver a don Lizardo cuanto le había prestado. Además era preciso echar en cara al seductor su indigna conducta: i prohibirle volver a la casa. Don Juan Bautista, fabricó, al efecto, una larguísima carta tan elevada, tan llena de términos inauditos, de frases campanudas i palabras enrevesadas que era de no entenderla; pero el buen hombre quedó mui satisfecho con su obra.

—Ya querría ver la cara de ese bribón cuando lea este papel—decía al mostrar la carta a su esposa.—Sí. Creen estos bellacos que porque uno es pobre.... Si lo encuentro no sé qué le haga. ¡A mi sobrina! ¡A una huérfana cuya

tutela me han confiado! En verdad, no me habría lastimado mas si hubiese caido la deshonra en alguna hija mia.

Al otro dia por la mañana, salió don Juan Bautista a ver si podía conseguir bueyes e instrumentos para devolver a don Lizardo lo que le pertenecía; pero no halló quién le prestase nada, porque los vecinos estaban mui apurados con sus trabajos.

—¿Ya se lo devolviste todo a don Lizardo?—le preguntó a don Juan Bautista su mujer, apenas lo vió llegar a la casa.

—Nó, hija—le respondió entre indiferente i mal humorado.—No he encontrado quién me preste lo necesario para continuar los trabajos. Confiando yo en la buena voluntad de don Lizardo para suministrarme cuanto le pedía, me metí en honduras. Pero mañana se lo devolveremos todo sin dejar un látigo. Hoi haré nuevas dilijencias.

Al otro dia llegó don Juan Bautista con cara de pleito perdido.

—Hija—le dijo a su esposa,—será inútil cualquiera dilijencia. No hai quién pueda prestar o arrendar nada. ¿Pararemos luego los trabajos con eso le devolvemos todo a don Lizardo?

—¿Si pararemos los trabajos? Pero, Juan Bautista, se perderá lo hecho.

—Eso es claro. ¿Qué hacer?

—Mira, Juan Bautista.

—¿Qué?

—Mira.... ¿Qué te iba a decir?.... Ya no me acuer-

do. ¡En qué apuros nos ha puesto esta muchacha! I nadie me quita que ella ha sido la que ha solicitado a don Lizardo.

—¡Pch! Sin duda—dijo don Juan Bautista.—Ella ha sido.

—¿De modo que nosotros vamos a perder por causa de ella? Eso no puede ser.

—Es lo que digo yo.

—Hemos hecho lo posible por cuidarla, harto nos sacrificamos por ella, ¡i que nos venga a perjudicar!

—I nos perjudica tanto que..... ¡caramba!—dijo don Juan Bautista rascándose la cabeza.

—Al fin i al cabo, ¿acaso Leonarda es hija nuestra?—preguntó la mujer cruzándose de brazos.

—¡Oh!—exclamó el marido.—Si Leonarda fuese hija nuestra, otro gallo le cantaría a don Lizardo. Ya le habría enseñado cuántas son cinco al caballerote.

—I si Leonarda no es hija nuestra—continuó la mujer—¿por qué nos apuramos tanto?

—Tienes razón—dijo don Juan Bautista calándose más el sombrero.—Tienes razón. De puros tontos.... ¡Qué diantres! ¡Cargue el diablo con la muchacha i ella con sus culpas!

No se habló mas de devolución.

Una semana despues, vieron con asombro que don Lizardo se entraba puertas adentro en la casa como antes lo acostumbraba. Turbáronse ellos; pero don Lizardo los saludó sonriéndose, les hizo mil cariñosas preguntas, i se les ofreció para servirles en lo que pudiera, todo ni mas

ni menos que si nada hubiese pasado. Don Juan Bautista i su consorte se vieron en el caso de corresponder con el vaso de ulpo a tanta benevolencia, i quedaron tan amigos como antes.

Desde ese dia, don Juan Bautista, nunca volvió a entrar por la arboleda, i cuando se veía precisado a hacerlo, atravesaba la quebrada boscosa metiendo mucho ruido, i no dejaba que los perros se separaran un punto de su lado.

XXXVI

Recibió don Lizardo la contestación de don Pedro. Al mismo tiempo recibió Esteban una carta del mismo caballero en la cual andaban los consejos por docenas, todos ellos mui fundados en la propia experiencia, como lo podrá ver el lector en el siguiente párrafo que copio:

"Mi divisa ha sido siempre que el hombre debe formarse por sí solo. Así es como he logrado reunir la fortuna que tengo, i no dudo que si usted, apreciado joven, sigue la misma divisa, llegará a poseer tanto como yo. Fuí hombre mui pobre, como quizás usted no lo ha de ignorar; pero a fuerza de constancia en el trabajo, de economía i, sobre todo, de honradez en los tratos, he conseguido verme en esta altura.

"Espero que respetará a don Lizardo, el cual tiene la administración superior. No necesito recomendárselo: es un excelente caballero, juicioso, prudente i desinteresado. Imítelo en cuanto pueda que con esto me dará gran gusto."

Esteban se trasladó al punto a su nueva vivienda i se hizo cargo del empleo.

Luego echó de ver que el tal empleo no era de los mas livianos, porque don Lizardo, como hombre grave i prudente, era minucioso hasta fastidiar, i Esteban, como joven i de injenio vivo, todo lo miraba a bulto i poco se paraba en los detalles. Por lo cual Esteban encontraba a don Lizardo demasiado exijente, i don Lizardo amonestaba a las veces a Esteban que pusiese mas atención i cuidado. Nuestro joven empero, sufría con paciencia estas contrariedades. Ya se desquitaría con Sara.

XXXVII

A principios de enero recibió don Lizardo aviso de que don Pedro i la familia llegarían en pocos dias mas, i que todo lo tuviese prevenido para recibirlos: sacudidas i arregladas las piezas, hechas las camas, limpio el jardín i dispuesta una comida buena i sabrosa.

Por nada perdió el juicio Esteban cuando supo la fausta nueva i desde ese momento no tuvo sosiego. Contaba las horas i los minutos. Por la mañana, al despertar, lo primero que se decía era: un dia menos. A ratos le palpitaba el corazón con violencia como persona asustada, a ratos era presa de súbita alegría, saltaba i se tumbaba en la cama como un niño. Otras veces recorría i examinaba prolijamente las huertas i jardines, las entradas i salidas de la casa, imajinando en dónde i de qué manera verse a solas con Sara.

Con la prolongada ausencia, Sara se había convertido a los ojos de Esteban en creatura mas divina que humana, en visión vaporosa, en un conjunto de voluptuosidad, de inocencia i de abnegación sin límites, en una fuente de goces que, de solo imajinarlos, quedaba Esteban sin fuer-

zas i anonadado. Aquí venía el forjarse situaciones que pusieran de manifiesto tanto amor; aquí el imajinar incendios, asaltos de bandidos, caballos que se encabritan o desbocan, circunstancias en que él desplegaría extraordinario arrojo i fuerza muscular. I luego ¡qué jenerosidad! ¡Qué heróica timidez! Ni un beso pediría en cambio de sus hazañas, cuando mas una mirada lánguida i triste. En fin, para Esteban la llegada de Sara tomó las proporciones de suceso extraordinario o cataclismo universal, que vendría a trastornarlo todo.

Llegó el dia feliz; llegó la hora i el momento de ver a la virjen de sus ensueños. Esteban, que andaba con el oido tan atento como el que viaja de noche por lugar emboscado, sintió el ruido del coche. Salió desatentado: era una carreta. Por segunda vez sintió ruido: era un tropel de caballos. La emoción lo embargaba.

En esto llegó el coche en persona. Esteban tomó cierto modo indiferente i salió con mucha calma a recibir a los viajeros.

Doña Feliciana venía pidiendo socorro contra el polvo i el calor.

—¡Oh! ¡Qué viaje! ¡Dios mio, qué viaje! ¡I Pedro que decía que estaba cerca! Esto es para hombres no mas. Vengo muerta. Vengo mareada. Traíganme algun refresco. Es de asarse viva.

Don Pedro la escuchaba sonriéndose:

—¡Qué cosa tan terrible es viajar con mujeres, amigo don Lizardo! ¡Hum! Para mí estos viajecitos son una guinda. Yo he sido hombre de tragarme cuarenta leguas de un

bocado, i no en cochecitos sino en lomito de mula. ¡I por qué caminos! I aun ahora, viejo como estoi, soi capaz de cansar a cualquier mocito. Mi señor don Esteban, ¿cómo está usted?

Ya se habían bajado del coche Sara i otra niña que la acompañaba.

Nuestros enamorados se saludaron sin darse la cara, como si dijéramos.

Don Lizardo presentó a Esteban. Doña Feliciana lo saludó como a persona de poca importancia. Josefita, que este era el nombre de la otra niña, le hizo una vénia con mucha coqueteria.

Sara llegó tan fresca como si no se hubiese movido; quizás podría encontrarse la explicación de este fenómeno dentro de una maletita que ella traía en la mano. Con un elegantísimo i sencillo traje de percal que dibujaba primorosamente su lindo talle, i con un sombrerillo de paja de largas alas adornado con algunas cintas i flores, Sara parecía tan jentil i graciosa que Esteban no podía creer que él fuese el amado por tan encantadora beldad.

Josefita era una niña de lo mas feo i evidentemente desahuciada de novio. Verdad es que tenía un par de ojos mui grandes, que le cojían gran parte de la cara; pero ellos eran tales que nunca le sirvieron a Josefita mas que para ver. Felizmente, compensaba estos defectos con ser pobre, huérfana i vivir a costa de un su tio, caballero notable.

Por lo demás, Josefita era mui buena. A sus amigas les servía mucho, ya para acompañarlas, ya como confidenta

i tercera en amores, por lo cual los pretendientes de ellas la festejaban en extremo.

Las mujeres feas tienen, por lo comun, mui buen juicio. Así Josefita no tenía inconveniente alguno en confesar que era fea. ¿Qué le importaba? ¿Acaso no sabía que la belleza es una flor que de un dia para otro se marchita? La bondad, la virtud, eso sí; eso es lo único que vale, lo único que constituye la felicidad en cualquier estado de la vida. No negaba, empero, que ahora los hombres sólo atienden a las riquezas i a la hermosura. En cuanto a ella, si fuese rica i hermosa, preferiría permanecer soltera a dar su mano a un hombre guiado por la codicia o impulsado por amor a una cualidad tan frájil, pasajera i despreciable como lo es la hermosura.

Después de las exclamaciones sobre la buena situación i elegante aspecto de la casa, de algunas observaciones termométricas acerca de la temperatura, sacudiéronse el polvo los viajeros i entraron a disponer la persona mientras llegaba la hora de comer.

Esteban se retiró a su pieza entre desalentado i lleno de esperanzas. ¿Desalentado? No había por qué, i sin embargo lo estaba. Acudiéronle mil imajinaciones: quizás ya no era amado, quizás otro rival le había arrebatado el corazón de Sara. Repasó una por una las cartas que ella le había escrito, para encontrar términos frios i que preludiasen indiferencia. Buscando con tal espíritu, era natural que los encontrase a puñados. Entonces Esteban dió por cierta i averiguada su desdicha i comenzó a filosofar para consolarse. ¿Qué es la mujer? se dijo. ¿Quién ignora que

es el sér mas voluble i caprichoso que existe bajo el sol? ¿Tengo de qué admirarme si esto me pasa a mí? Siguió Esteban desenvolviendo mas o menos bien el susodicho tema hasta que tocaron la campanilla para que fuesen al comedor. El amante que se cree desdeñado i filosofa en vez de desesperarse, no desespera, por cierto. Por tanto, nuestro joven, al dirijirse al comedor, iba pensando en que nada de raro tendría que se hubiese equivocado, i que convenía aguardar datos mas seguros para tomar una resolución conforme a ellos.

Esteban ocupó en el comedor uno de los últimos asientos, algo distante de los demás: su cualidad de empleado subalterno lo ponía en un pié de inferioridad que Esteban soportaba a duras penas. En la comida Esteban no desplegó los labios mas que para responder a las preguntas jenerales i que presumían de corteses de don Pedro, i casi no se atrevía a mirar ni a hurtadillas a Sara. Esta no le habló mas que dos o tres palabras con finjida indiferencia, i no hubo mas.

Cuando Esteban se retiró a su pieza se encontró mas desdichado que antes; pero por diverso término. No había que forjarse ilusiones: las cosas no pasarían mas adelante. Era preciso resignarse a unas cuantas miradillas en el almuerzo i a otra pequeña provisión en la comida. El no podía tomarse la libertad de unirse en la noche a la familia. ¡Adios citas, pláticas sabrosas i amorosas efusiones!

XXXVIII

No pasó mucho sin que don Lizardo penetrara la buena voluntad que tenían don Pedro i doña Feliciana para adoptarlo como yerno. No se necesitaba aquí gran perspicacia, porque los futuros suegros manifestaban claramente sus intenciones por medio de frases indirectas i dándole ocasiones a don Lizardo para que hablase con Sara. Aunque él bien conocía que nada adelantaría con ella, no quiso desperdiciar tan buena coyuntura i se finjió amante i comenzó a cortejarla; pero no como pretendiente vulgar, sino con la gravedad i delicadeza propias de su edad.

Mientras don Lizardo andaba en esta tentativa, habíase empeñado Josefita en otra no menos estéril.

Es, pues, el caso que Josefita reparó en que Esteban era un real mozo, una perla varonil, i determinó en sus adentros cautivarle el corazón i jugar con él a los enamorados.—Ahora no estoi mui bien de cara—decía Josefita mirándose en el espejo;—pero soi de Santiago, mi traje es elegante, mis ademanes graciosos, i sin gran trabajo puedo rendir a un joven provinciano que no ha visto mas que de refilón a la jente de mundo.—I comenzó Josefita a volver

a Esteban aquellos ojos blancos i tiernos que todos conocen, i luego se ofrecieron mil casos de atenciones finas, bromitas i preguntas maliciosas.

Claro está que a poco Josefita se enamoró de veras, i tanto que no podía disimularlo. Todos en la casa lo advirtieron i Sara primero que nadie. Para los demás, el amor de Josefita fué orijen de muchas bromas que alegraban la tertulia; para Sara, fué causa de que perdiese la confianza en su compañera. Josefita no tuvo al principio inconveniente para comunicar a su amiga su naciente amor; pero la oyeron con tan poco interés, o mas bien dicho, con cierta desdeñosa indiferencia, que nació entre las dos la frialdad i el desapego, sin que ni una ni otra tratasen de salvarlo.

A todo esto nuestro joven se daba al diablo.—¿Qué le ha entrado a este murciélago con enamorarse de mí?—se decía.—¡Buena espía voi a tener! Ya ni siquiera podré mirar a hurtadillas a mi Sara. Bien voi. Esta flor le faltaba al ramo.

Pero, ¡poco agudas son las mujeres!

Un dia, entre las hojas del libro que tenía abierto en la mesa, encontró Esteban un papelito que decía:

"Esteban mio: Supongo que a usted le pasará lo que a mí. Por esto no me quejo de la indiferencia que usted manifiesta: creo que es finjida como lo es la mia. ¡Cuánto me cuesta este sacrificio! Pero ¡qué hacer! Confiemos en que Dios nos enviará dias mas felices. Si ha variado mi amor ha sido para aumentar. No sé por qué; pero es lo cierto que ahora lo quiero cien veces mas que antes. Por

lo que he podido comprender, mi mamá tiene gran interés en que me case con don Lizardo. Supongo que esta noticia no lo intranquilizará a usted, como a mí no me intranquilizan las manifestaciones que a usted le hace Josefita.

"Luego vamos a tener un paseo a caballo. Usted nos acompañará i entonces podremos hablar.

"No se olvide de quemar esta carta.

Su

....

Mal ceño puso Esteban cuando leyó lo de don Lizardo; pero luego vió que era necedad hacer alto en ello, mas por la edad i la poca simpatía de don Lizardo que por las protestas de Sara.

Abriéronsele de nuevo a Esteban las puertas del cielo. Se llamó monstruo, miserable, i se prodigó los términos melodramáticos i terroríficos por haber duda de la fidelidad de un ánjel. Dió en seguida rienda suelta a su imajinación i en todo pensó, menos en que él no tenía dineros, ni apellido ilustre, ni siquiera como acercarse a Sara.

XXXIX

Suponía don Lizardo que entre Josefita i Sara no habría cosa reservada. Por tanto, creyó prudente ganarse a Josefita para tantear los sentimientos de Sara i prevenirla a favor suyo. Lo consiguió por medio de preferencias notorias i convirtiéndose en admirador de la gracia i discreción de Josefita. Luego llegó a mas intimidad dejándole vislumbrar que, el dia que ella quisiera, le haría buen tercio en sus amores con Esteban, i, por último, la tomó por confidenta de la inmensa hoguera que lo consumía.

—¿No es para asustarse de lo que le estoi contando, Josefita?— decía una noche don Lizardo, sentados uno i otro en el corredor a la luz de la luna.

—¿Por qué?—dijo Josefita con un tono de persona despreocupada i mui experta en el mundo i en el corazón humano.

En efecto, desde que la conversación tomó un carácter serio, Josefita vistió de gravedad el semblante como mui penetrada de la importancia de los asuntos que se le comunicaban, i como si colgase de sus labios la felicidad de dos personas.

—¡Ah, Josefita!—exclamó don Lizardo.—¿No es casi una ridiculez o, por lo menos, locura que a mi edad me deje llevar por un amor sin esperanzas?

—¿I por qué sin esperanzas?—repuso Josefita—Sara le ha dado acaso un nó negativo?

—Sara no me ha dado un nó negativo, Josefita; pero.... ¡ai!....

—Usted se hace mui poco favor. No he sondeado a Sara; pero no la creo tan ciega que.... Vea usted, i, sobre todo, lo peor en amor es desesperar.

—Cuando hablo con usted, Josefita, me siento aliviado. De veras: sus reflexiones tan acertadas i juiciosas me dan ánimo. No la creía a usted tan sagaz. Lo digo en contra mia, por no haber antes descubierto el mérito que en usted se encierra.

—¡Vaya, don Lizardo!—exclamó Josefita bañándose en agua rosada.—No diga eso. Por mi parte, le prometo que haré cuanto pueda por averiguar los verdaderos sentimientos de Sara para con usted i por que ella lo ponga en el lugar que usted merece.

—Se lo agradeceré eternamente, Josefita. Quizás pronto podré pagárselo.

—¿Pronto dice usted? ¿I cómo? No le entiendo Querría saberlo — dijo Josefita procurando sonreirse.

—Usted, Josefita no corresponde a mi confianza. Ya ve que no hai cosa que le oculte i, sin embargo, usted se mantiene reservada conmigo. En verdad, esto no es justo.

—Pero, ¿qué quiere que le cuente si no tengo absolutamente nada que contarle?

—Vamos. Le abriré el camino—dijo don Lizardo i, en seguida, bajando la voz, agregó:—¿Ama usted a Esteban?

—Siempre con sus bromas, don Lizardo.

—¿No ve lo que le decía? Usted, Josefita, no tiene confianza conmigo.

—Pero, don Lizardo, ¿para qué se lo ocultaba?—dijo ella anudando i estirando en todos sentidos el pañuelo que tenía en la mano.

—Josefita, ya no voi a tener en adelante confidencias con usted.

—Pero.... en fin.... se lo diré. Sí, quiero a Esteban.

I al punto se trocaron los papeles: la gravedad de consejero de Josefita pasó a don Lizardo, i ella tomó el modo ya indeciso, ya anhelante, ya desalentado del amador que cuenta, en el esparcimiento de íntima amistad, sus temores i esperanzas.

—Es un excelente joven—dijo don Lizardo. Cierto es que su familia no es de las mejores; pero es un excelente joven; un joven de esperanzas. Se lo aseguro. Lo conozco a fondo. La felicito por su elección. I dígame, Josefita—añadió don Lizardo con malicia,—¿ya han hablado ustedes algo?

—Nada—respondió Josefita suspirando.—Me parece que él ni siquiera sospecha, i aún creo que no sospechará nunca. ¡Por Dios, don Lizardo—exclamó repentinamente,—no vaya a contar ni una sola palabra de todo esto!

—¿Tan indigno de su confianza me cree? Sin duda no

ha pensado bien lo que ha dicho. ¿I qué motivos tiene usted para creer que Esteban no sospecha ahora i no sospechará nunca? ¿Acaso ha visto alguna acción de Esteban que manifieste que él no sospecha?

—No he visto ninguna; pero.... Yo me conozco.

—No comprendo lo que usted me quiere decir.

—Soi fea i pobre—dijo Josefita con voz sorda i mordiendo las palabras.

—Usted se juzga con excesiva severidad, Josefita. Esteban es mozo mui corto de jenio i, sin duda alguna, no se ha atrevido a hacerle a usted manifestaciones de cariño. No he sondeado a Esteban; pero no es un ciego, no por cierto. I créame que a estas horas se considera el hombre mas dichoso del mundo, al verse amado por una persona de tanto mérito, de tan relevantes cualidades. I aún si nos ponemos en el caso imposible de que nada de esto suceda, (porque, ya que nos estamos aconsejando mutuamente como dos hermanos, debemos ponernos en todos los casos), le recordaré, Josefita, lo que me decía denantes: que lo peor en amor es desesperar.

—No se imajina, don Lizardo, lo desahogada que me encuentro ahora. Sus palabras me dan aliento. Ya se ve: usted es hombre de mundo i conoce mejor que yo el co razón humano. Por eso le he hecho confesiones que no dejan de ser dolorosas para una niña.

—Comprendo, Josefita, comprendo—dijo don Lizardo, meneando la cabeza de arriba abajo, como hombre que conoce los azares de la vida al revés i al derecho.—Pero hasta aquí no veo motivo para que usted no se encuentre

alegre i feliz. Yo procuraré sonsacarle a Esteban. Déjemelo a mi cuidado.

—Con esto mas me obliga, don Lizardo.

Parece que después de las anteriores comunicaciones, uno i otro interlocutor temieron fastidiarse recíprocamente o disminuir la gravedad de la materia con nuevos comentarios. Por otra parte, no hallaron, sin duda, punto de conversación digno de seguir al otro.

Enmudecieron, pues, hasta que doña Feliciana les gritó desde adentro, que entrasen a la pieza, que yahabían platicado bastante a la luz de la luna.

XL

Llegó el dia del paseo a caballo.

A doña Feliciana poco le agradaba el tal paseo. Ella no podía acompañar a los paseantes porque nunca montaba a caballo, i don Pedro andaba ese dia con la salud malita. Ahora bien, doña Feliciana, a pesar de su tibieza i ordinario descuido en el cumplimiento de los deberes relijiosos, tenía ideas mui severas i arraigadas acerca de la vijilancia maternal, i dejar que niñas i jóvenes anduviesen solos, era para ella gran cargo de conciencia. Mayormente le asaltaban estos escrúpulos en el campo, donde la pureza del aire, el verdor de las praderas, la frescura de los bosques, despiertan en la jente moza instintos retozones i traviesos. Felizmente, don Pedro tenía en este punto mui holgachón el criterio, i le salió al paso a su mujer diciéndole:

—¡Qué diablos, Feliciana! Van dos parejas. Si fuese una, vaya con Dios; pero son dos i se cuidarán recíprocamente.

—I también podran descuidarse recíprocamente.

Esta observación inesperada dejó cortado a don Pedro.

—Pero, ¿sabes, Feliciana, que a veces te pones insoportable con tus escrúpulos?—dijo don Pedro.

—Así será. Lo que yo sé decir es que a mí me dejas todo el peso de la familia.

—Ya salimos con lo de siempre. Irán los cuatro solos; irán los cuatro, repito. Cuando las muchachas quieren salir a tomar aires, por decirlo de alguna manera, el diablo que las ataje i les ponga rejas. Nó, señor. Yo soi partidario de que a cada una la cuide su virtud.

—Bien está—repuso doña Feliciana.—Haz lo que te parezca. Descargo en tí la responsabilidad. Ya he cumplido con mi deber.

—Bueno, bueno. Yo cargo con todo i maldito si me pesa nada.

Después de muchos preludios, cambios de sillas i de caballos, advertencias de doña Feliciana de que llegasen temprano (porque la salida fué al caer de la tarde) i de que si les acontecía algun percance no llegaran a la casa, partió la cabalgata.

Como el camino era por ahí mui ancho, salieron los cuatro en hilera: las dos niñas al medio; Esteban al lado de Josefita.

Al principio, la conversación anduvo por las nubes, porque en el dia había hecho un calor sofocante i todos, mirando al cielo, declararon acordes que tanto calor ocasionaría una variación del tiempo i que el siguiente dia amanecería nublado.

Mas allá se angostó el camino i hubieron de dividirse. Esteban con Josefita formaron la vanguardia.

Esteban, que había esperado ansioso la hora del paseo ¡ que, sin poderlo remediar, sentía punzadas de celos al ver que don Lizardo i Sara conversaban al parecer con grande intimidad, hubiera querido ver a Josefita sumida en los profundos. Esta iba hecha una artista. Los árboles, las peñas, las praderas, las flores silvestres, los puntos de vista le arrancaban gritos de admiración i exclamaciones mui monas, i todo era por ver si lograba que Esteban la acompañase en su entusiasmo, i fuesen uniendo sus almas de este modo. Pero Esteban contestaba con frialdad notable:

—Sí. Bonito. Detrás de ese cerro hai árboles mas bonitos. A uno que está acostumbrado a verlo, nada de esto le llama la atención.

Después de un corto silencio, Josefita le buscó por otro lado:

—¿Hace mucho tiempo que usted se encuentra en el campo?

—Poco, señorita.

—¿Quizás habrá vivido en la ciudad?

—Sí, señorita.

—¿En qué parte?

—En Santiago, señorita.

—¡En Santiago! ¿Talvez en algún empleo?

—Estuve allá estudiando.

—¿I qué carrera siguió?—preguntó Josefita inclinando al sesgo la cabeza hacia Esteban con modo coquetón i risueño.

—La de abogado, señorita.

—Es la carrera que mas me gusta. A todos los jóvenes les aconsejo que sean abogados. A los médicos no los puedo ver. No sé cómo hai niñas que se puedan casar con médicos. ¿Qué ilusión pueden tener los médicos cuando se casan? Con médico, por nada.

—En efecto, señorita, los abogados son mucho mas inocentes que....

—¡Ai, Dios mio!—exclamó de súbito Josefita.

El caballo de Josefita era algo asombradizo i, hurtando el cuerpo a una piedra negruzca, se estrechó repentinamente contra el caballo de Esteban. El mancebo cabalgaba al lado izquierdo de modo que hubo un terrible apretón de piernas, que ocasionó el grito de Josefita.

—Dispense, usted, señorita—dijo al punto Esteban encendido como la grana.—¿Mucho le duele el golpe?—agregó con compasivo interés.

Nó, Esteban; no ha sido nada—respondió Josefita en voz tan suave i sumisa, i acompañada por una mirada tan expresiva, que a Esteban le dió lástima i, como era mui blando de corazón, estuvo por decirle tiernamente alguna fineza a Josefita, que la habría hecho bendecir a la asombradiza bestia; pero se contuvo a tiempo. En efecto, Josefita se le habría poco menos que declarado, si Esteban le hubiese dado la menor entrada.

En esto llegaron a un puente en mal estado. Esteban pasó primero, i por nada se le hundió el caballo. Josefita no se atrevía a pasar. Llegó Sara i dijo resueltamente:

—Yo paso.

—No pases, Sara, no pases—dijo Josefita.

—Aguárdese, Sara—le gritó don Lizardo.—Buscaremos otro paso.

Pero Sara, sin responderles, azotó valientemente el caballo i pasó sin novedad.

—Yo si que no me atrevo—dijo Josefita.

—Venga por aquí, Josefita—gritó don Lizardo.

Mientras tanto Sara dió vuelta su caballo, lo mismo hizo Esteban, i Josefita, sin poderlo evitar, tuvo que ir acompañada por don Lizardo.

—Ya creía, Esteban, que no podríamos hablar—dijo Sara, sin disimular su emoción—¡I en qué buen punto me separé del compañero!

—Ya me imajino de qué le hablaría—dijo Esteban con seriedad.

—¿Vamos a reñir por celos?—preguntó Sara.

Esteban calló un momento, i luego dijo con voz temblorosa:

—Sara, ¿con que es verdad lo que me decía en el papelito? Yo creía que ya me había olvidado.

—¿Eso le manifestaban mis cartas?

—Nó, nó, Sara; pero cuando uno ama; ¡le asaltan tantas dudas! I, sobre todo, en mi situación....

—¡Sara, Sara!—gritó Josefita.—Mira, espérate: ven a ver esta enredadera preciosísima.

—Si la ví. Es mui bonita—contestó Sara volviéndose a medias.—Pero no hablemos de cosas tristes—continuó, dirijiéndose a Esteban.—Harto tiempo hai para ocuparnos en ellas cuando no nos vemos.

—Así es—respondió Esteban tristemente.

—¿Se acordaba de mí?

—¡Sara! qué pregunta!—exlamó Esteban mirándola con inefable amor.

—¿Deseaba recibir mis cartas? De seguro que usted no sentiría las ansias, las angustias que yo, cuando pasaban algunos dias sin recibir carta suya.

—¿A dónde van? Espérense—les gritó Josefita.

En efecto, nuestros enamorados, sin advertirlo, habían tomado otra senda.

Volvieron atrás no poco avergonzados.

—¿Qué conversación los llevaba tan distraidos?—preguntó don Lizardo.—Mui interesante debía de ser. ¿Se podría tomar parte en ella? Aquí mi compañera viene mui callada i taciturna.

—¿Yo? Nó—repuso Josefita.—Vengo cansada.

Sin dificultad puede creerse que la conversación de don Lizardo i Josefita no era de las mas animadas. Ella iba muerta de celos i él mui sospechoso i nada contento. Entonces reparó don Lizardo en que, si bien era Esteban de humilde orijen, podía suplir de sobra esta falta con su gallardía i jentileza, sin contar que su reserva i cortedad eran cualidades que, por la novedad, debían de ser mui del gusto de una niña acostumbrada al frívolo despejo de la juventud elegante. Por otra parte, en el campo no valen los apellidos sonoros. Don Lizardo revolvió en breve rato muchas otras reflexiones del propio jaez; pero resolvió examinarlas después con mas despacio i sosiego.

Don Lizardo, con el pretexto de tomar parte en tan interesante conversación, alcanzó a nuestra pareja; Josefita

apuró su caballo i, cada uno por cuenta propia i con disimulo, hicieron de manera que, conservándose en fila en cuanto lo permitía el camino, Esteban quedó con Josefita i el otro con la otra.

—Pero, dígame Sara—insistió don Lizardo con su ordinaria sonrisa—¿qué conversaban? Si no es indiscreción.

—De ningún modo—contestó Sara.—Hablábamos de libros, porque Esteban ha leido mucho.

—¿Es usted aficionado a las novelas—preguntó Josefita a Esteban.

—Poco, señorita.

—Yo soi apasionada por ellas. ¡Me interesan tanto Ahora estoi leyendo a *Matilde* de madama Cottin. ¿La ha leido usted?

—A pedazos, señorita.

—¡Qué interesante, qué noble Malek Adhel! Mira, Sara, ¿no te casarías tú con Malek Adhel? ¡Pch! Yo me casaría como estarlo viendo.

—Ya se va entrando el sol—observó Sara repentinamente.—Volvamos.

—Como ustedes quieran—dijo don Lizardo ensimismado.—Vámonos por acá que llegaremos mas pronto, i vámonos al galope antes que se nos oscurezca.

Desde que comenzó el galope, las dos niñas tuvieron que ocuparse exclusivamente en su peinado i en aferrarse bien a la silla. Por la estrechez del atajo que tomaron, caminaban unos en pos de otros.

Esteban iba trastornado. A ratos le acometían repentinos ímpetus de abrazar a Sara a vista i presencia de los

demás. Sentía una necesidad de tocarla, de acariciarla, de comérsela a besos. Un estremecimiento nervioso se apoderó de él i, sin poder resistir, casi sin darse cuenta de lo que hacía, en un momento en que se encontró al lado de Sara, le dijo con voz trémula i precipitada:

—Sara, baje esta noche al jardin.

—Nó, Esteban, nó—respondió Sara con enerjía.

—Sí, sí—repuso Esteban con modo imperativo.—Iré allá i no me moveré hasta qne usted vaya.

—No me lo pida, Esteban—dijo Sara suplicando.

—Allá la espero—replicó Esteban i apartó bruscamente el caballo.

XLI

Mientras andaban las niñas a caballo, don Pedro i su esposa se habían sentado en el jardin a tomar el fresco.

Don Pedro, con el chaleco i la camisa desabrochados, se hacía aire con un gran sombrero de paja, apoyados los codos en las rodillas.

—¿No es cierto que Esteban es buen joven?—dijo don Pedro.

—Así parece—contestó doña Feliciana con indiferencia.—No es nada entrometido.

—A Josefita harto le gusta el mozo. No lo puede ocultar. Se le van los ojos tras él.

—A su edad.... es natural....

—Mira—dijo don Pedro, acercándose a su mujer—a mí se me ocurre que talvez podríamos hacer un buen casamiento entre Esteban i Josefita.

—¿No hallaste otro disparate que decir? Un joven que mui bueno será; pero la familia....

—¡Hum! La familia.... la familia....—repitió con desdén don Pedro.

—Por otra parte—continuó doña Feliciana—no tiene un centavo.

—Ese no sería inconveniente—dijo don Pedro, rascándose por todas partes el pecho, operación que le entretenía muchísimo casi mas que el cigarro.—Poco antes de morir, el padre de Josefita me hizo algunos servicios, i yo trataría de pagárselos ahora. Como pienso comprar otro fundo, pondríamos a Esteban de administrador. A mí me gusta mucho valerme de empleados que se lo deban todo a uno, porque así la conciencia los obliga a ellos a servir con fidelidad, i uno los maneja como quiere. En cuanto a lo demás, me parece que el tio de Josefita quedaría mui contento si le quitaran la carga.

—Pero falta saber si Esteban querrá—observó doña Feliciana.

—¡Si Esteban querrá! Se pasaría de tonto. Que le den fortuna, buenas relaciones de familia, buena mujer.... porque, aún cuando Josefita es aficionada a lo romántico o cómo lo llaman, es buena chica, buena chica.

—Quise decirte, Pedro, si la querrá, si Esteban la amará.

—¡Bah! El amor se cría.

—¿El amor se cría?—observó doña Feliciana en tono zumbón.

—Se cría, sin duda alguna. I la prueba la tenemos en la mano. Porque, hablando en plata, cuando nos casamos, no nos habríamos muerto de pena si no nos hubiésemos casado; mientras que ahora.... ¡pichona!

I al decir esto, don Pedro le dió a su consorte un pellizco por ahí por el seno con ademán mui salado.

—¡Quita allá!—exclamó doña Feliciana, dándole un suave abanicazo en los dedos.—Tanto que te sientan esas gracias.

—Y se hace la que no le gusta—dijo don Pedro.—Pero vamos a nuestro asunto. Te diré la verdad que este matrimonio, desde que se me ocurrió, me ha caido tan en gracia que pienso a cada instante en él. Es el primer matrimonio que hago. Por vida mia, no he de reparar en gastos. Ya me imajino a Esteban i Josefita abrazándome enternecidos i diciéndome que me deben su felicidad. Nó, señor. Se han de casar, se han de casar.

—Sin embargo, Pedro, será preciso averiguar si Josefita ama a Esteban seriamente.

—Eso lo preguntaré a Sara. Después propongo el matrimonio a Esteban i, en seguida, hablo a Josefita. ¿Qué tal?

XLII

Llegó la noche i, junto con la oscuridad, se aumentaba la zozobra de Esteban i de Sara.

—No, no iré. No debo ir—se decía Sara. Tenía miedo de ir, deseaba ir. Sentía en su interior como dos voluntades: una que mandaba i otra que desobedecía, i, fuera de ellas, la dominaba un impulso irresistible.

Esteban, por su parte, no cabía en el cuerpo. Su cabeza era un torbellino. Ya tiritaba como si estuviese resfriado, ya se encendía a llamaradas.

La noche había cerrado con nubes. Don Pedro i don Lizardo conversaban paseándose en el salón, con las ventanas abiertas. Josefita escribía una carta en su pieza. Doña Feliciana dormitaba en un sofá.

Todo lo observó Esteban, pasando con disimulo por los corredores. La ocasión no podía ser mas propicia. Si Sara acudía a la cita, lo haría sin duda en ese momento.

Esteban se apostó en el fondo del jardín, entre unos arbustos. En qué ajitación, Dios lo sabe. Por las ventanas abiertas, veía a don Pedro i a don Lizardo que pasaban a

intervalos regulares conversando tranquilamente. Nada: Sara no venía. Esteban se desesperaba.

En esto baja al jardin una sombra. Se adelanta con cautela buscando lo mas espeso. Ya se detenía, ya volvía atrás, ya se apoyaba en algun árbol con muestras de desmayarse.

—¡Pobre Sara! ¡Cuánto le cuesta!—murmuró Esteban, i con pasos de gato se adelantó hacia la sombra.

Cuando se acercó lo bastante, le silbó un:—¡Pst!

La sombra se paró i se irguió repentinamente, mirando a todos lados.

—¡Pst! Por acá. Venga por acá—dijo Esteban con voz sorda.

—¡Ai! ¡Ai! ¡Socorro, socorro! ¡Ladrones!—exclamó la sombra con voz aguda i chillona, i echó a correr gritando, cayendo, enredándose.

Esteban, al primer grito, disparó sin saber dónde pisaba, i en un santiamén se halló en su cuarto tendido en la cama con las manos ensangrentadas, i el traje roto i empolvado.

Apenas se recobró algo, cambióse la ropa, se compuso, i salió a averiguar qué sucedía.

En efecto, había en la casa gran alboroto.

Josefita era presa de un histérico, desde lejos se le oían los gritos i sollozos. Todos estaban a su alrededor tranquilizándola i pidiéndole explicaciones; pero aún no podía hablar.

Cuando llegó Esteban preguntando mui asustado:—¿Qué hai? ¿Qué hai?—comenzaba a referir Josefita, con palabras entrecortadas, que había bajado al jardín a tomar

aires porque se sintió repentinamente acometida por una jaqueca. En esto se le presenta un hombre con terrible cara de bandido, i le dijo que si gritaba la mataría. Ella no supo mas.

Los circunstantes se miraron pálidos e inquietos.

—Es preciso tomar al punto algunas medidas—dijo don Lizardo perdiendo la serenidad.

—No puede ser—observó don Pedro.—No puede ser. ¿Con qué objeto, a hora tan temprana....? Aunque mui bien podría ser táctica de bandoleros—agregó pensativo.

—Con todo—insistió don Lizardo,—es preciso tomar algunas medidas.

—Voi a buscar mi rifle—dijo don Pedro abriendo tamaños ojos.

— ¡No salgas, Pedro!—exclamó doña Feliciana sujetándolo—¡No salgas, que te matarán!

—No hai de qué asustarse. Calma, calma—dijo don Lizardo.—Pero es preciso ponerse en todos los casos i tomar algunas medidas.

—Dígalas usted, i vamos tomándolas—dijo don Pedro, cuyo temor aumentaba por momentos.

—¿Dónde está el dinero, Pedro, dónde está? Nosotras lo iremos a enterrar. ¡Dios mio, Dios mio! Mañana mismo nos vamos—exclamaba doña Feliciana andando sin tino de un punto a otro.

—¡Silencio, mujer, silencio!—repetía don Pedro con insólita enerjía.—No se entrometan las mujeres. Déjennos obrar.

—Esteban—dijo don Lizardo con serenidad heróica.—Vamos a recorrer el jardín.

—Vamos—dijo Esteban.

Salieron uno i otro mui determinados. Antes de bajar al jardín, dijo don Lizardo:

—Baje usted, Esteban, mientras voi a buscar jente.

—Está bien.

Dió Esteban algunos paseos por el jardín, pensando mas en lo ridículo del caso que en la cita frustrada.

—En fin—se dijo—si Sara viene, sabe Dios lo que habría pasado.

Luego llegó don Lizardo con algunos inquilinos armados de palos, cuchillos, hachas.

—No hai nadie—le dijo Esteban.

—Se habrán ocultado en alguna parte. De todos modos, algunas medidas se han de tomar.

Don Lizardo distribuyó el escuadrón en varios cuerpos para proceder a una investigación minuciosa del parque i de los alrededores. Púsose él a la cabeza del cuerpo mas numeroso i mas bien armado i se adelantó valientemente en pos de los inquilinos.

No se halló rastro de bandidos.

Sin embargo, por lo que pudiera acontecer, ordenóse que durmiera la jente en los corredores, se probó el cordel de la campana, examináronse i dejáronse cargadas i listas las armas, i se dispararon algunos tiros al aire.

Una atmósfera de temor i de misterio envolvía la casa.

En el té, la conversación anduvo de robo en salteo. Don Pedro contó algunas aventuras de su mocedad, i cómo,

armado de un cuchillo, sostuvo una vez el asalto de tres bandidos. Don Lizardo, por su parte, con un rifle excelente que después regaló a un su amigo, había muerto a dos salteadores con quienes sostuvo un tiroteo vivísimo. Ahora sentía haber regalado el rifle: con él podía dormir a sueño suelto auque lo cercasen cuarenta bandidos. Esto lo llevó a discurrir sobre las armas de fuego, i por largo rato estuvo explicando a don Pedro los diversos sistemas i perfeccionamientos de esta especie de armas. Sin embargo, don Pedro sostuvo que no había como el cuchillo bien manejado, i citó ejemplos.

Entre tanto, Josefita i doña Feliciana, al menor ruido, saltaban en el asiento. Ya les parecía ver en la puerta hombres de horrible catadura con grandes puñales.

Sara dijo que tenía mucho sueño. Nadie comprendió cómo podía tener sueño en tales circunstancias. Josefita quería que pasaran la noche en vela; pero como Sara sostuvo que realmente tenía sueño, Josefita le propuso que durmieran juntas: de otra suerte no podía pegar los ojos por el miedo.

En fin, aquella fué noche de campamento al frente del enemigo.

XLIII

Al otro dia don Pedro, libre ya de bandoleros i preocupado con la idea de casar a Jòsefita, llamó a Sara i, después de algunos preámbulos diplomáticos, que él consideraba necesarios en tan delicado asunto, le preguntó en tono de broma i de curiosidad:

—Díme, Sara, ¿es cierto que Josefita quiere a Esteban?

—¿A Esteban, papá?—dijo Sara mudando de color dos i tres veces seguidas.

—A Esteban repitió don Pedro.—¿Por qué te asustas? Cierto es que su familia es de lo mas humilde; pero es joven mui recomendable, educado, intelijente i buen mozo, i no encuentro raro que Josefita lo quiera. I claro está que lo quiere, porque Josefita poco lo disimula.

—¿I él la amará?—observó Sara procurando sonreirse.

—Eso bien pudiera no ser, pero ya veríamos manera de arreglarlo.

—¿Arreglar qué?

—Que.... es decir, que la ame i se case con ella.

—¿De modo que usted se interesa....?

—Vamos, hablaré claro. Me he propuesto casar a Josefita con Esteban. No dudo que a tí te parecerá tan bien como a mí el casamiento. Es una obra de caridad. ¿Qué sería de la pobre Josefita, muerto su tio? Pobre, acostumbrada a la buena vida, huérfana, sin apoyo. Verdaderamente da lástima pensar lo que sería de ella. El beneficio que le trae este matrimonio no puede ser mayor. I no les faltará dinero, porque pienso poner a Esteban, si se casa con Josefita, de administrador en un nuevo fundo que voi a comprar, i con buena renta. ¿Te parece a tí que se negará Esteban a recibir esta fortuna que le viene como llovida del cielo?

—Así es—dijo Sara con voz débil.

—Pero díme, hija, ¿en qué disposiciones encuentras a Josefita? ¿Amará seriamente a Esteban o será cosa pasajera? Yo por nada querría .... No vayan a ser desgraciados i me echen la culpa a mí. Tambien a uno le vienen ciertos escrúpulos ....

—Poco o mas bien nada le puedo decir--contestó Sara —Josefita ha sido siempre mui reservada conmigo en este punto.

—¿Reservada? No me digas mas. Eso basta i sobra. Cuando las niñas se ponen reservadas i miran como Josefita a Esteban, están muertas de amor. Es claro. Luego hablaré con Esteban, i le insinuaré mi proyecto, así.... con diplomacia, con sagacidad, como quien no quiere la cosa. De este modo conoceré sus verdaderos sentimientos. Yo me las valgo para sonsacar, no habría tenido precio para diplomático. En seguida le digo: "esto hai, esto quie-

ro hacer por usted." Si Esteban consiente, como no podrá menos de hacerlo, llamo a Josefita i le digo: "hai un joven que te quiere: es así, es asá, es Fulano. Yo me comprometo a esto i lo otro." ¿Sí? Ya está hecho. ¿Nó? Se acabó.

XLIV

Don Lizardo andaba, en tanto, tranquilamente preocupado con el modo de ocultar a don Pedro la falta de los tres mil pesos. El dia de presentar las cuentas se acercaba. Verdad es que don Lizardo, con decir llanamente que había tomado para sí ese dinero i que se lo cargasen en cuenta, todo lo habría arreglado; pero obrando de esa manera perdería los tres mil pesos, que era mal negocio, i eso era lo que procuraba evitar. Revolvía en la imajinación muchos medios de conseguir su intento, i ninguno le parecía tan bien como presentarse por robado. El habría hecho las dilijencias necesarias para descubrir a los ladrones; pero, como no consiguiese descubrirlos, por un acto heróico de honradez, habíase resuelto a cargar con la pérdida. Esto se lo manifestaría a don Pedro, quien no podría consentir en tamaño sacrificio. Con todo, era menester buscar una persona en quien hacer recaer las sospechas con verosimilitud. De otra suerte, sería preciso inventar algun cuento que no podría ser otro que un descuido grave. Robo con atropello no se podía probar. Si decía estafa debía conocer al estafador.

Esteban se le ofreció desde el primer momento, como que había contado con él desde un principio para lances semejantes; pero difícil era hacerlo sospechoso.

El tiempo urjía. Después de mucho dar i cavar, resolvió don Lizardo, con la mayor sangre fria, perder a Esteban. Don Lizardo no era hombre de escrúpulos ni remordimientos. Calculaba, tiraba líneas i, en saliendo con la suya, eso se le daba deshonrar, calumniar o arruinar a un inocente.

Lo malo del caso era que don Pedro apreciaba a Esteban, lo mismo doña Feliciana; de Sara i de Josefita no hai que hablar.

—Si salgo directa o indirectamente culpando a Esteban—se decía don Lizardo,—todos se caerán de espaldas. No me dirán que miento, si no que no es creible, i las chicas me odiarán. ¿Cómo diantres hacerlo odioso a don Pedro? Si lograse convencerlo de que Esteban i Sara se aman.... A don Pedro no se le ocurre tal cosa, i si lo sabe, el diablo se lo lleva. Despedirá a Esteban i creerá de él cuanto le digan. Estos muchachos se han dado tal maña, que, si no es por el paseo del otro dia, hasta ahora yo estaría a oscuras. Pero tampoco me conviene descubrir sobre tabla el pastel. Preciso es que don Pedro se encuentre prevenido. Buscaré cómo, buscaré, buscaré.

XLV

Don Lizardo i Josefita, sentados en el jardín a las primeras horas de la noche, estaban en punto de confidencias:

—¿Sabe, Josefita, que estoi con una sospecha?—dijo don Lizardo despues de un momento de silencio.

—¿Cuál?

—Sospecha no mas: no sé nada de cierto; juzgo por las apariencias únicamente. Se me ocurre que Sara i Esteban se aman i que se reirán a su gusto de nosotros.

—Eso no me sorprende—dijo Josefita tristemente.—Yo también abrigo esa sospecha.

—¿Desde el paseo?

—Desde el paseo.

—Se les conoció mucho.

—Demasiado, demasiado, don Lizardo.

—Pero ¡qué pillos! ¡Qué disimulo! En verdad, no se me había imajinado....

—¡Quién lo hubiera creido!—exclamó Josefita suspirando, que parecía una arpa eólica herida por las brisas de la tarde.

—Así se explica mui bien—dijo don Lizardo,—que

Sara me.... me.... en fin...., i que Esteban no vea los atractivos de mi buena amiga.

—No comprendo, don Lizardo, el capricho de Sara. Porque ¿cómo comparar a usted con Esteban? ¿Quién es Esteban? Uno de tantos.... pobres mozos....

—Pero lo que a mis ojos lo envilece mas—dijo don Lizardo,—es que no le haya correspondido a usted que le ha dado tan claras muestras.... Quiero decir, que teniendo Esteban a la mano un tesoro....

—No exajere, don Lizardo.

—Josefita, no me gustan los galanteos. Para mí, la verdad es lo primero: la verdad franca, ruda....

—Esteban....¡Pch! ¿Qué me importa? Que se case con su Sara—dijo Josefita con soberano desdén.

—¡Qué mozo! Siendo así que usted lo honraba con estimarlo.

—¡I usted a Sara!.... ¿Qué más se quiere ella?

—Dígame Josefita. ¿Cómo es que Sara no le ha contado....? Yo creía que ustedes tenían mas confianza.

—Nada, ni una palabra. Nunca se ha dado ni por entendida. Por eso yo he sido reservada con ella. Cuando, al principio, le quise hablar de Esteban, me escuchaba con indiferencia i luego cambiaba de conversación. No dejé yo de notarlo; pero nunca se me ocurrió que me hallaba frente a frente de una.... ¡rival!....

Josefita dijo esta última palabra con el mismo acento, la misma acción, la misma sonrisa amarga, con que la habría dicho una mala actriz en el papel de amante desdeñada, i que esperase dar golpe con la palabrita.

—A mí me parecería conveniente—dijo don Lizardo,—comunicárselo a don Pedro porque, de seguro, su enojo va a ser mui grande, i si callamos podrá creernos cómplices de Sara.

—¿I cómo decírselo? Por otra parte sería hacerle un mal a Sara—dijo Josefita con sinceridad.

—Eso no, Josefita. Primero me dejaría cortar un brazo antes que hacer mal a nadie, aun cuando fuese mi peor enemigo. Yo no sé qué corazón tengo: ni siquiera puedo ver padecer a.... ni a un animal. ¡Cuánto quisiera no ser así! Hai ocasiones en que uno debe i necesita enojarse i tratar con aspereza a ciertos individuos. Mis sirvientes han hecho siempre conmigo lo que han querido. No puedo decirles nó, i menos reprenderlos. Tengo alma de cántaro. Vea usted, ha habido ocasiones en que he dado hasta las sábanas de mi cama, i he tenido que dormir en el colchón.... No creo, Josefita, que usted tomará por vanidad....

—De ninguna manera, don Lizardo.

—Se lo digo, Josefita, para que me conozca, i no vaya a imajinarse que soi hombre de mal corazón. Pero, volvamos a nuestra conversación. Yo creo, por el contrario, Josefita, que le haríamos un gran bien a Sara descubriéndo nuestras sospechas a don Pedro: saldría ella de una situación terrible. Esto ocasionaría una resolución que, de todos modos, redundaría en beneficio de Sara. ¡Mire usted que es el suplicio de Tántalo tener al amante en casa i no poder hablarle ni mirarle siquiera! Hasta considero cruel e inhumano dejar a Sara en tan funesta incer-

tidumbre. I ahora le diré, Josefita, que esto fué lo que me movió, desde un principio, a proponerle a usted que descubriésemos nuestras sospechas a don Pedro.

—Cierto es, don Lizardo—respondió Josefita.—Pero ¿no le parece conveniente prevenir a Sara?

—No me parece conveniente, porque ella se opondría; hasta podría ver en nosotros mala voluntad para con ella o con Esteban. Hai ciertos beneficios que deben hacerse en secreto—dijo don Lizardo en tono sentencioso i profundo.—Mas de una vez he padecido grandes chascos por haber olvidado esta máxima tan importante en la vida social.

—¿I cómo decírselo a don Pedro?—observó Josefita.—Además no hai pruebas seguras.

—Una mirada es suficiente para probar que hai amor. Si don Pedro no cree, le diremos que los observe, i pronto se convencerá. En la primera oportunidad lo declaramos. Si don Pedro me toca este punto, se lo digo. Si don Pedro le ofrece a usted primero oportunidad de decírselo, se lo dice usted primero. ¿Quedamos convenidos?

—Convenidos; pero, si a Sara le parece mal o hai disgustos, yo no....

—Pierda usted cuidado, Josefita.

XLVI

Don Pedro pasaba largos ratos embebido en su proyecto de casar a Josefita con Esteban. Esta idea había abierto poco a poco vastos horizontes a su actividad. Descubrió en sí mismo un gran fondo de abnegación i filantropía. Soñaba con establecer una sociedad para fomentar el matrimonio, de la cual sería presidente. En la sala de sesiones se vería su retrato i, cuando se dejaba llevar por la imajinación, trasladábase tres o cuatro jeneraciones mas tarde i sentía un goce amplio i tranquilo al considerar con cuánta consideración i respeto miraban su efijie, no menos asombrados los espectadores del grave i bondadoso continente como de la anticuada vestimenta. Porque a don Pedro siempre le había llamado la atención un retrato del fundador de un convento, que había visto en el locutorio, con su golilla, espadín, i con una larga leyenda en una esquina. Cuando visitaba el referido convento, donde tenía una pariente suya, quedaba absorto delante del cuadro, i habría dado la mitad de su fortuna por alcanzar honra semejante.

Pensaba don Pedro en su muerte: una muerte tranquila

como la del justo; pero que no dejaría de ser por eso un acontecimiento nacional. En pos del carro iría una fila interminable, formada por los matrimonios debidos a la sociedad que había fundado. En noches de insomnio, llegaba a imajinarse un luto universal, como el que habría ocasionado la muerte del padre Adan si hubiese vivido hasta el siglo diez i nueve. A tal extremo rayaba el entusiasmo de don Pedro, que formó un plan de economias, para emplear mas dinero en su gran obra.

Pensaba don Pedro no comunicar con nadie su proyecto hasta tener redactados los estatutos. El nombre de la sociedad le preocupó algún tiempo. Por fin, a fuerza de rejistrar títulos de sociedades, puso a la suya el de Sociedad Fomentadora del Matrimonio. No menos de diez dias ocupó en redactar el artículo primero de los estatutos, que dejó en esta forma:

Artículo primero.—La Sociedad Fomentadora del Matrimonio tiene por objeto dotar a las niñas que, por falta de dinero, no tuviesen pretendientes o no pudieren coronar un amor lejítimo.

Art....—Se dará preferencia a las solicitudes de las feas, i a las de aquellas muchachas que, por su belleza, estuviesen expuestas al extravio que se sabe.

Don Pedro comenzó a investigar minuciosamente los escándalos i desgracias que provenían del no poder casarse los amantes, i cada dia se formaba mas alta idea de la misión de su sociedad.

—Son incalculables—solía decir a su consorte, o a don Lizardo,—las desdichas que se evitarían si pudieran ca-

sarse cuantos lo desean; pero los gastos que ocasiona el matrimonio atemorizan a la mayor parte. ¡Ah! Si se levantase algún hombre eminente, enérjico i activo que fundase una sociedad fomentadora del matrimonio, ese sí que merecería honra, gloria i estatuas de bronce.

Una vez que don Lizardo dijo indiferentemente que esas eran ilusiones que nunca podrían realizarse, don Pedro se amoscó i estuvo el dia entero triste i desanimado, sin que nadie pudiese atinar con la causa de su mal humor.

De allí a poco se encontraron en un camino Esteban i don Pedro. Trasponíase el sol. Esteban iba i don Pedro volvía.

—Amigo Esteban—dijo don Pedro,—ya es tardecito, es hora de comer. Volvámonos juntos.

Esteban volvió el caballo i caminó junto con don Pedro.

—Pues hombre—dijo don Pedro con una confianza que admiró a Esteban,—pues hombre, venía pensando en que los jóvenes deberían casarse temprano i, sobre todo, los que trabajan en el campo. Bien conozco lo que es eso. También fuí mozo en mi tiempo i de los guapos, amigo, i de los guapos. Harto me ha pesado después, i no se lo digo por moraleja ni nada, sino que, a la verdad, harto me ha pesado; pero cuando uno es joven no le entran razones. Sí, lo repito: los jóvenes deben casarse temprano.

—Cierto es—observó Esteban;—pero a la mayor parte le falta el dinero que, si no es lo principal, es lo mas necesario.

—Dice usted verdad, Esteban.

I luego agregó don Pedro con seriedad i convicción profundas:

—Pero créame que hai jente que se preocupa de esto, i quién sabe si mui luego algún hombre desinteresado i amigo de obrar el bien, no establezca una sociedad destinada a dotar a las jóvenes pobres i fomentar el matrimonio por todos los medios posibles. I usted, ¿no ha pensado en casarse?

—¿Yo, señor?—dijo Esteban cambiando de color i sin hallar respuesta.

—Usted, amigo. ¿Qué tiene de particular?

—¿Cómo puedo pensar en casarme si no tengo con qué ni con quién?

—¡Bah! Eso no sería inconveniente—replicó don Pedro.—¿Con qué? Con dinero: no faltará quien quiera i pueda proporcionárselo. ¿Con quién? Con una niña. Yo sé de una—continuó don Pedro en tonito malicioso—que lo mira a usted con ojos mui blandos. Aunque ya bien lo sabrá usted.

—¿A mí, señor?—exclamó Esteban enteramente trastornado.

En el primer momento se le ocurrió que quizás don Pedro se refería a Sara; pero al punto desechó tal ilusión, i no le cupo duda de que se trataba de Josefita. Esto le ocasionó un desmayo interior que no podía dominar.

—Hombre —repuso don Pedro,—¿i qué tiene de particular que lo quieran?

—¡A mí, señor!

—A usted, i no crea que Josefita.... ¡Cállate boca! Ya se me salió el nombre.

—¡A mí, señor! No es posible.

—¿I por qué no? No se tenga en tan poco. Usted pensará quizás en esas preocupaciones del apellido. ¡Bah! Son tonterías. Me rio de ellas. Vea usted. Mi padre fué un pobre mayordomo que, de jornalero, ascendió a ese puesto. ¿I quién se atreve a decirme nada o a mirarme en menos? A bien que yo maldito el caso que les haría. Lo principal es ser hombre honrado. El hombre honrado tiene derecho a las consideraciones del mundo entero. Por otra parte, todos somos iguales.

—Es la pura verdad—dijo Esteban por decir algo.

—Ahora vea usted. Que Josefita se haya criado en las comodidades i regalos de la jente rica i aparatosa, no debe inquietarlo en lo menor, porque una buena mujer que ama a su marido a todo se hace, i, portándose él como Dios manda, no echará ella de menos la abundancia de que en otros tiempos pudo disfrutar. Le podría citar mil ejemplos de personas que conozco. Josefita, amigo, es una alhaja, una niña excelente, i será una dueña de casa como pocas. I para decírselo todo de una vez, i darle el consejo mitad en plata i mitad en palabras, le contaré que pronto voi a comprar un fundo. Si usted quiere casarse con Josefita, lo pongo ahí de administrador con buena ganancia. Usted va a pasar una vida de príncipe. Trate a Josefita i verá usted que es digna de amarla. Yo los protejeré en cuanto pueda.

—Mil gracias, señor, mil gracias—dijo Esteban con visible embarazo;—pero....

—Nada, nada, amigo Esteban. No tiene por qué darme las gracias. Es un pequeño servicio i nada mas. Yo prevendré a Josefita. I vamos galopando, que ya se nos entra el sol i la señora debe de estar esperándonos a comer.

XLVII

En la comida estuvo don Pedro tan contento como pocas veces lo habían visto. Devoraba los guisos con apetito extraordinario, i después de cada plato se frotaba las manos i embromaba a su mujer, a don Lizardo, a todos los de la mesa, i singularmente al señor cura de la parroquia, que se encontraba ahí de paso.

A los postres, don Pedro, don Lizardo i el cura trabaron una acalorada i bulliciosa discusión acerca del derecho de patronato. Don Pedro i don Lizardo trataban el punto en són de broma i, revueltas con los ordinarios disparates i tonterías de los incrédulos i libre-pensadores, largaban, sin sospecharlo, proposiciones heréticas que les atajaba el señor cura. Entonces salían las señoras apoyando al cura con poderosos argumentos.

—¡Cállate, Pedro!—exclamaba doña Feliciana.—Lo que dice el señor cura es lo cierto. Tú no sabes nada. Nunca te he visto abrir un libro de relijión.

—Ustedes son las que no saben nada—replicaba don Pedro incomodado.—Estamos bien, ¿de manera que uno no puede saber las cosas sino leyéndolas? Primera vez que oigo semejante cosa.

--Pero, don Lizardo—decía Sara,—eso que usted sostiene no puede ser. ¡Ai! Cada vez que oigo discusiones como ésta, me dan unas ganas de saber, de estudiar....

—Ante una contradictora como usted, señorita—respondía galantemente don Lizardo,—yo no puedo menos que rendir mis armas.

—No responda, señor cura--observaba Josefita.—Están embromándolo.

—Señor cura, no les haga caso.

—A ustedes no les haremos caso—replicó don Pedro.—Don Lizardo, déjelas que hablen.

I así lo hicieron.

Las señoras, viendo que la discusión llevaba trazas de nunca acabar, se retiraron.

En ese momento, don Lizardo manifestaba gravemente al cura, que él se consideraba católico apesar de no creer en la infalibilidad del Papa, en la eficacia de la confesión i en otras cosillas absurdas para todo sér racional. A su juicio, con creer uno en el dogma era católico. Pues bien, él respetaba el dogma i creía en él; pero, por cierto, no era tan necio que creyese en todo lo que dicen los clérigos. Por experiencia propia, sabía que los clérigos se sirven de la relijión para disfrazar sus ambiciosos intentos, salvo algunos varones sinceros, entre los cuales contaba al señor cura. Los clérigos quieren que los hombres sean o no católicos, segun se les antoje ponerlos aquí o allí.

—Eso no puede ser—agregaba don Lizardo con la dignidad de un hombre independiente en sus juicios.—La Iglesia i los clérigos no andan por el mismo camino. I

digan lo que quieran los clérigos, soi católico, bien que no me confiese i sea, en algunos puntos, de opinión diversa de la que profesan los clérigos i el Papa. Pero yo creo tanto como ellos, i sabe Dios si mas que ellos, en el dogma.

Don Pedro movía la cabeza aprobando, i decía en voz baja:

—Sin duda. Tiene razon. ¡Son tan diantres los clérigos!

El señor cura, que era varón docto i prudente, viendo que sus adversarios entendían tan bien la materia, aprovechó un momento de silencio para divertir la disputa con un cuentecillo, después del cual los tres quedaron en mui buena armonia.

En el té, don Pedro embromó al cura con niñas, i le pidió que refiriese algunas de sus mocedades. Quiso tambien que Josefita se le finjiese enamorada i que intentase abrazarlo; pero el cura, que era mui corriente, no se hizo el espantadizo ni pensó en huir como otros timoratos, sino que le dijo a Josefita:

—Vamos, señorita. Obedezca, que por cierto no me he de quedar con el abrazo, sino que se lo devolveré con usura.

Josefita no se atrevió, apesar de lo mucho que don Pedro i don Lizardo la animaban.

En seguida, don Pedro, abotonando al cura la sotona en donde la dejaba abierta para sacar el reloj, le dijo que no recordaba en qué periódico ni en qué fecha, había visto que en los Estados Unidos proyectaban fundar una sociedad fomentadora del matrimonio.

—¿Qué le parece la idea, señor cura?—Yo por mí la encuentro de lo mas benéfico, de lo mas admirable.

—¡Cosas de los yankees!—exclamó don Lizardo.—Mas bien harían en fundar una sociedad fomentadora de la castidad.

El cura se echó a reir. Las niñas se pusieron coloradas.

Don Pedro quedó contrariado. Poco despues habló de que se había levantado mui temprano i que tenía mucho sueño, con lo cual se dieron las buenas noches.

XLVIII

Don Pedro no veía las horas de hablar con Josefita i de arreglar de una vez el matrimonio que tan preocupado lo traía.

Así, pues, al dia siguiente por la mañana, encontrando a Josefita que estaba sola leyendo un libro bajo el parrón, se sentó a su lado con semblante risueño i le dijo:

—¿Qué está leyendo con tanto interés Josefita?

—"El papá, la mamá i el niño", de Gustavo Droz.

—A juzgar por el título, ese debe de ser algun tratado sobre la manera de educar a los hijos.

—Sí; de todo eso trata—contestó Josefita ruborizándose.

—Bien me parecen, Josefita, esas lecturas, i a usted le vienen como de molde.

—No veo por dónde, don Pedro.

—¿Cómo no? Para una niña que se casará pronto....

—¿Que yo me voi a casar pronto? Nunca se cansa usted de embromarme.

—Nó, Josefita, no quiero embromarla—dijo don Pedro adoptando repentinamente un tono serio i grave.—Ganas tenía yo de hablar con usted de un asunto que la toca mui de cerca.

—¿Cuál será?—preguntó Josefita asustándose.

—Dígame, Josefita, ¿le gustaría a usted casarse con un joven honrado, intelijente, trabajador i buen mozo?

—Sin conocerlo.... puede ser....

—Usted lo conoce mucho.

—¿Quién podrá ser?—dijo Josefita mui turbada.

—Adivine. Veamos si acierta.

—No sé.... es imposible adivinar....

—Se lo diré: es Esteban.

—¿Esteban?—repitió Josefita como dudando.

—El mismo. No se haga la disimulada. Vamos, Josefita, confiese la verdad.

—Pero ¿qué verdad, don Pedro?

—La verdad, la verdad, ya usted me entiende. No se asuste. A mí me gusta mucho la pareja.

—¿Ha hablado usted con él?—preguntó Josefita con desgano.

—Sí. Le hablé hace poco....

—¡Ah! ¿De manera que usted le habló a él i no él a usted?

—Nó, nó—replicó don Pedro precipitadamente.—El.... yo.... estábamos hablando.... en fin, recayó la conversación ... Aun cuando él en su modestia no se encontraba merecedor....

—Don Pedro, mucho le agradezco el interés que toma por mí; pero no hablemos mas de esto.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿No le parece bien?—exclamó don Pedro con precipitación.—¿No le gusta a usted Esteban? Pues yo creía haberlo adivinado en sus miradas.

—Sí, no lo niego: Esteban era joven de mi agrado; pero....

—¿Pero qué? ¿Ha sabido usted algo de él que yo no sepa? Cuénteme, Josefita. No crea. No será nada. Alguna muchachada. Es preciso hacerse cargo de lo que es la juventud. Mire, Josefita; todos los jóvenes son lo mismo.

—No me refiero a eso—dijo Josefita.—Esteban ama a otra.

—¿I quién es ella?—preguntó don Pedro sorprendido.

—¿Quién? Voi hablarle con franqueza—dijo Josefita resueltamente—Es Sara.

—¡Sara!—exclamó don Pedro con un jesto de extrañeza.—Vaya que es usted celosa Josefita. Me había imajinado un inconveniente mas serio.

Josefita no halló qué pensar. ¿Habría cometido una imprudencia? ¿Se habría equivocado?

Don Pedro continuó con visible frialdad.

—No crea. Sara no piensa.... Hasta juraría que nunca se le ha ocurrido a Esteban enamorarse de Sara.

—Era una simple suposición mia—dijo la niña procurando recojer sus palabras.

—¿Ella se lo ha contado, Josefita? ¿Le ha descubierto alguna carta?

—Nó, nada. Me había parecido....

—Pero ¿por qué le ha parecido? Algo habrá visto—insistió don Pedro con cierta brusquedad.

—Nó, don Pedro, nada, absolutamente nada. Era por ver lo que usted decía.

—En fin, Josefita, piense usted lo que hemos hablado—dijo don Pedro sin el menor entusiasmo i levantándose para terminar la conversación.—Piénselo bien. Trate a Esteban i vea si le gusta. Yo los protejeré en cuanto pueda Me voi. Tengo qué hacer.

Josefita quedó sumerjida en un mar de temores i de dudas.

XLIX

Don Pedro se retiró tan desconcertado i receloso como el que recibe una mui mala noticia, i duda si le hablan de veras o de burlas.

En el zaguán encontró a don Lizardo.

—Hombre—le dijo don Pedro—me acaba de contar Josefita una cosa curiosísima. Vamos al despacho.

Una vez ahí, continuó don Pedro con incrédula sonrisa; pero con temor a la verdad en el pecho:

—Pues, amigo, estaba embromando a Josefita con Esteban i le pregunté si quería casarse con él ¿Sabe lo que me contestó? Adivine usted.

—Que con mucho gusto, sin duda—respondió don Lizardo.

—Nada de eso. Tomó la broma seriamente i me contestó que Esteban quería a Sara. ¿Ha visto usted?

—¿Eso le dijo Josefita?

—Eso mismo. ¿Qué dice usted?

—Bien podría ser cierto.

—¿Cómo, cómo?

—Digo que bien podría ser cierto—repuso don Lizardo con naturalidad.

—¿Que bien podría ser cierto? No me ha entendido usted don Lizardo. Le decía que Josefita....

—Está usted comprendido. Vea, don Pedro. Soi enemigo de cuentos i de enredos, i mas cuando se trata de amores, porque de ordinario sucede....

—Bueno, bueno—interrumpió don Pedro con sobresalto.—Por lo visto no le toma a usted tan de nuevo la noticia.

—Como Josefita ya le ha hablado a usted, le diré que, por mi parte, creo lo mismo que Josefita, aun cuando no tengo prueba alguna evidente.

—¡Es posible! ¡Conque no es broma!—exclamó don Pedro.

—Pero, señor, lo que aquí mas me admira—dijo don Lizardo—es la admiración de usted. Hasta ahora he estado creyendo que usted sabía o había comprendido que Esteban i Sarita se amaban i que aprobaba....

—¡Cómo se lo ha podido imajinar! ¡Cómo se imajina que yo vaya a dar la mano de mi hija a un cursi que no sé qué nombre darle!

—Sin embargo—arguyó don Lizardo—la conducta de Esteban ha sido hasta ahora la de un cumplido caballero, i no ha abusado de las circunstancias tan favorables....

—No me hable mas. ¡Ai de él si hubiese abusado!—exclamó don Pedro montando en cólera.—¿I cómo sabemos si no ha abusado? ¡Qué atrevimiento! ¡Qué insolencia de mozo! Don Lizardo, hágame el favor de llamarlo. Lue-

go al punto. Lo voi a despedir inmediatamente. I si lo encuentro que continúa.... yo sé lo que he de hacer.

—Modérese, don Pedro. Quizás pueda formarse alboroto i dar qué hablar a la jente. Mejor es hacerlo sin ruido.

I salió don Lizardo a llamar a Esteban, mientras don Pedro se paseaba a grandes trancos de un extremo a otro de la pieza en la mayor ajitación.

Esteban llegó mui suelto de cuerpo i con cara complaciente, esperando que le irían a dar alguna orden respecto al gobierno del fundo; pero al ver a don Pedro se quedó helado.

—Entre usted, entre usted —le gritó don Pedro cerrando violentamente la puerta.

I siguió paseándose con las manos a la espalda i mirando la alfombra, sin hallar cómo principiar. Cada vez que pasaba junto a Esteban hacía un jesto despreciativo.

El mancebo, dudando aún de si él era el objeto de tanta cólera, osó preguntar con voz sumisa:

—¿Me necesitaba, señor?

Al punto volvióse don Pedro i encarándose al mancebo, le dijo con voz airada:

—¿Si lo necesito a usted?

Pero juzgó preferible el tono irónico, i añadió:

—No..... era para un asuntillo....¿Conque a usted, amiguito, le gusta mi hija?

—¡Señor!.... —exclamó Esteban, a quien se le agolparon repentinamente mil temores.

—¿Conque usted espera casarse con ella?—siguió don Pedro, con mas osadía.—¿Conque usted a quien tanto he

favorecido, usted por quien tanto me he desvelado, procurando darle un buen partido que le trajera fortuna i buenas relaciones de familia, usted, repito, se atreve a levantar los ojos hacia mi hija? ¿Quién es usted?

Esteban, viéndolo todo perdido, hizo buen ánimo i dijo con resolución:

—Ya que lo sabe, no se lo negaré. Amo a Sara. ¿I qué tiene de malo?

Don Pedro, por lo pronto, no halló qué contestar. Luego, empero, dijo con rabia:

—¿Con qué derecho viene usted a dirijirme preguntas? Pero se las contestaré. Lo que tiene de malo es que ahora mismo usted se mandará mudar de aquí con su colchón i todos sus trastos, i no vuelva jamas a poner los piés en esta casa, i renuncie a sus deseos. De no, le irá mui mal. ¿Me oye usted? Le irá mui mal i salga cuanto antes de aquí.

—Está mui bien—respondió Esteban friamente. Saludó i se retiró.

L

Don Pedro pidió a don Lizardo que le guardara el secreto, i participó a doña Feliciana que había despedido a Esteban por torpeza i neglijencia grave, e inventó un cuento. Doña Feliciana no dió gran importancia al asunto.

No dudaba don Pedro de que Sara sabría la verdad del caso (como que, en efecto, la supo por carta de Esteban) i por esto, no dejaba de sentir embarazo delante de su hija. Pasado el primer arrebato, no se halló la conciencia mui limpia: en efecto, Esteban no había cometido ninguna mala acción que mereciese la manera cómo lo habían despedido. Sara no dijo una palabra: eso sí que se entristecía cada vez mas, dejó de comer, se sonreía por fuerza i no miraba a su padre. Apenas si contestaba a don Lizardo i a Josefita; porque, si bien no tenía certeza de que fueran ellos los que habían descubierto a don Pedro el amor de Esteban, no hallaba que pudieran ser otros.

Josefita andaba en ascuas. Veíasela intranquila, desasosegada, temerosa. Echaba de menos a Esteban: en la comida casi lloraba de remordimiento al ver vacío el asiento del joven. La tristeza de Sara, parecía afearle constante-

mente su indiscreción. Cobró a don Lizardo invencible repugnancia. Cesaron las confidencias i siempre evitaba entrar en conversación con él. Cuando veía a Sara sentada i echada atrás con los ojos llenos de lágrimas, le venían ímpetus de echarse en sus brazos, de acusarse i pedirle perdón.

En esto supo Josefita que una pariente suya, de vuelta a Santiago, debía pasar en breve por la estación del ferrocarril vecina al fundo. Entonces dijo Josefita que quería aprovechar esta oportunidad para volverse, i se fué mui aflijida por el mal que había ocasionado i por su impotencia para repararlo.

Sara, mientras tanto, se enflaquecía a vista de ojos. Doña Feliciana hubo de reparar en ello, i lo conversaba a menudo con don Pedro; pero este decía que no hallaba a qué atribuir tal cambio. ¡Confesarle la verdad a doña Feliciana! Nunca. El pobre caballero se quedaba yerto de sólo pensar en los enojos de su consorte, enojos tanto mas terribles cuanto mas justificados. ¿Cómo excusarse? Doña Feliciana había pronosticado el suceso cuando supo que Esteban viviría en la casa.

Era preciso pensar en la salud de la niña. Doña Feliciana tenía todos los años la costumbre de tomar una temporada de baños. Adelantóse el tiempo en que solía hacerlo, i partió con su hija. Don Pedro se quedó para atender la cosecha.

Esteban, de vuelta a su casa, refirió llanamente a sus padres lo que le había acontecido. Respondiéronle que ellos esperaban este resultado, i que nunca se había oido

decir que un rico se portase de mejor manera con un pobre, en casos como el presente, i lo consolaron como pudieron.

Nuestro joven volvió a su antigua vida, eso sí que mas triste, porque ahora no encontraba dónde afirmar una esperanza.

LI

Llegó el dia en que debía don Lizardo presentar las cuentas de su administración. Cojió los libros de cuentas i fuése al despacho de don Pedro, quien, con un volúmen de agricultura en las rodillas, dormitaba en un cómodo sillón.

—¡Ah!.... ¿Don Lizardo?—exclamó despertando sobresaltado al ruido de la puerta.—Siéntese usted.

—Dispense si lo he....

—Nada. Siéntese no mas. He dormido bastante.

—Aquí traigo las cuentas.

—Tiene usted razón. Hoi toca. Vamos viendo—dijo don Pedro limpiándose con un gran pañuelo las gotas de sudor que por todas partes brotaban de su rostro encendido e hinchado por el sueño.—¡Qué calor! Pero no sería nada sin estas malditas moscas. Vamos viendo.

Don Pedro buscó su libro de caja, mientras don Lizardo disponía en la mesa los que traía.

—Vamos viendo—repitió don Pedro, pronto para comenzar.

I al punto se operó en él una transformación notable. Revistió el semblante de inusitada gravedad i arrugó el entrecejo. Murmurando números, revisaba prolijamente

las sumas i comprobaba las partidas. Examinaba con despacio i minuciosidad la libreta del banco, el libro de cheques, las listas de pago, los recibos, los vales a la orden. De cuando en cuando pedía explicaciones a don Lizardo en tono breve i perentorio. Ponía en un centavo o medio centavo la misma atención que en quinientos o mil pesos. Sólo cuando nada quedaba por ver de una planilla, decía: "Bueno. Pasemos a otra cosa." Parecía que él a su vez tuviese que dar cuenta de esta revisión a otra persona. En efecto, esta otra persona era su propia caja.

Don Lizardo, con respetuosa deferencia i sin asomos de familiaridad, mostraba los documentos i daba los pormenores i explicaciones que se le pedían. Un centavo o un medio centavo tenían a sus ojos, de igual modo que a los ojos de don Pedro, la misma importancia que quinientos o mil pesos. Parecía que no presentaba las cuentas a don Pedro únicamente, sino también a su propia conciencia.

Resultó una diferencia de mas de tres mil pesos en contra de don Lizardo.

—Me hará el favor de cargarme esos tres mil pesos a mi cuenta—observó don Lizardo.

—Por cierto—dijo don Pedro, buscando en su libro de caja la pájina correspondiente.

—Pesado es el chasco; pero, ¡qué hacerle!—murmuró don Lizardo entre dientes.

—¿Qué dice?

—Digo, señor, que el chasco es harto pesado para mí.

—¿Cuál chasco?

—El chasco de que a uno le roben, o se le pierda el

dinero, i tenga que cargar con la pérdida; pero, de otra suerte, no habría contabilidad que valiera.

— Si usted no se explica mas, don Lizardo, no le podré entender lo que dice. ¿Qué robo o pérdida es esa?

—Nada, don Pedro. Lo pasado, pasado.

—Pero al fin i al cabo—dijo don Pedro con impaciencia,—cuénteme usted lo que hai.

—Es mui sencillo. No le sabría decir si me la han robado o si se me ha perdido esa cantidad que sale en contra mia.

—¿Cómo fué? Hable usted. Pues, hombre, me admira su calma. ¿Por qué no me lo avisó con tiempo?

—¿Para qué se lo comunicaba? No había para qué.

—Pero, hombre de Dios, explíquese alguna vez.

—Vea usted, don Pedro. Yo no había pensado decirle una palabra; pero ya que insiste tanto, le explicaré este asunto, pidiéndole previamente que no eche malos juicios, cuanto mas que es cosa pasada i yo estoi resuelto a pagar esa suma.

—¿Acabarán los preámbulos? ¡Qué calma la suya, don Lizardo!

—Mas o menos en el tiempo de mi último viaje a Santiago, jiré hasta por tres mil pesos sobre la cuenta del fundo. Quería comprar una partida de animales mui baratos: el negocio era tan bueno, que determiné realizarlo sin tomarle su parecer, porque temía que otro aprovechara el negocio si andaba yo con dilaciones, i por otra parte abrigaba a confianza de que usted lo aprobaría. Ahora bien, le propuse al dueño del ganado pagarle con un cheque a su or-

den; pero me dijo que lo mandara cobrar yo, porque él no tenía por lo pronto a quién mandar al banco. No tuve inconveniente en acceder a ello, si bien soi enemigo de tener dinero en el campo en sumas considerables, porque es mui peligroso; pero el caso era urjente. Mando a cobrar el cheque, recibo los tres mil pesos en billetes de cien pesos, i los dejo encima de mi mesa. Tuve que salir i, sin guardar el dinero en algún cajón, eché únicamente llave a la pieza, como lo acostumbro. Cuando volví no encontré el dinero.

—¿I no hizo usted dilijencias?—preguntó don Pedro con precipitación.

—Hice las mil; pero sin resultado. Averigüé, indagué, anduve como usted no se lo imajina, rejistré jente; pero todo en balde. Al vendedor del ganado le referí el caso, i anulamos el convenio, de lo cual se alegró mucho, porque sobre la marcha vendió los animales a un precio mui superior.

—Es singular—dijo don Pedro pensativo.—¿I no tiene sospechas de nadie?

—De nadie, a lo menos con fundamento.

—Es singular. ¿I dice que nadie entró a su pieza? ¿Quiénes supieron que usted había recibido tres mil pesos?

—Diré a usted. A mi pieza no entró nadie, porque aquí no contaremos a Esteban.

—¿Cómo a Esteban?—dijo don Pedro con viveza.

—Después de haber salido de mi cuarto, como lo dejo dicho, dí a Esteban la llave para que me trajera una lista, la cual me entregó junto con la llave.

—¡Hum!

—Después pregunté a Esteban si, cuando entró, vió en la mesa el rollo de billetes. Díjome que no los había visto. Sin duda alguna, ya se los habían llevado.

—Sin duda alguna, amigo don Lizardo, no se los habían llevado, sino que usted es mui confiado. Yo lo creía hombre de mas mundo i experiencia.

—¿Por qué me lo dice?

—¡Hum!—continuó don Pedro meneando de alto abajo la cabeza con profunda malicia.—¡Hum! Yo que he pasado por tan diversas fortunas, que he conocido a tanta variedad de personas en distintas circunstancias, no puedo menos de ser sumamente desconfiado, i así le digo a usted francamente, en vista de lo acontecido, que usted es el que ha....

—¡Señor don Pedro!—exclamó súbitamente don Lizardo, levantándose con majestuosa dignidad.

—¡Don Lizardo! ¿Cómo se....? ¡Bah! ¿Está loco? Déeme concluir. Le decía que usted es el que ha tenido la culpa. ¡Entregar la llave sin mas ni mas! Un joven sin un centavo....; tres mil pesos a la mano....

—¿Cree usted que Esteban....?

Don Pedro hizo una señal afirmativa.

Hubo un momento de silencio.

—¡Se ven tantas cosas en la vida!—exclamó filosóficamente don Lizardo.—¡Si fuese cierto! I vea usted, don Pedro, sin quererlo pienso en la pobre Sarita.

—¡En la pobre Sarita!—repitió don Pedro encolerizándose.—¿I qué diríamos si ese bribón de muchacho no hu-

biese robado el dinero para fugarse con mi hija? Cuando lo despedí, noté en él cierta frialdad burlona, que no sé cómo no me fuí sobre él i le dí de bofetadas. No le quepa duda, don Lizardo; él ha sido. Lo digo a boca llena. De todo es capaz ese mozo perdido. Es menester, don Lizardo, que usted se apure. Aún es tiempo. Pida inmediatamente la prisión de Esteban. De no, puede llegar a saber que sospechamos de él, i entonces se fugará i nos dejará mirando. Vamos, don Lizardo: aquí tiene papel. Escríbale al juez de subdelegación para que lo aprisione, se le instruya el sumario, i al juez del crímen con él.

—Don Pedro—dijo don Lizardo con calma.—Le diré la verdad que no me atrevo a pedir en mi nombre la prisión de Esteban, aun cuando casi hai seguridad de que él ha sido el....el que ha tomado el dinero. Prefiero perder los tres mil pesos. ¡Pobre joven!

—Pues no los ha de perder usted—dijo don Pedro acalorado.—Esos tres mil pesos no los cargo a su cuenta sino a la mia, i yo mismo en mi nombre he de perseguir la estafa.

I sin mas hablar, escribió al juez de subdelegación i envió la carta sin demora.

LII

Al dia siguiente, recibió don Pedro la noticia de que el nuevo fundo que pensaba comprar, iba a salir a remate en tres dias mas, en Santiago. El mínimum era de cien mil pesos, de los cuales debían darse sesenta mil al contado.

Inmediatamente despachó don Pedro a don Lizardo con plenos poderes para hacer el negocio i le dió una letra a su orden por los sesenta mil pesos.

Don Pedro le recomendó una i diez veces a don Lizardo que se quedase con el fundo a cualquier precio. Este le decía que descuidase, que se quedaría con él i con cuenta.

Esteban, en tanto, se hallaba encerrado en un cuartucho húmedo i desaseado, donde lo había puesto el señor juez de subdelegación.

Este señor juez mandó prender a Esteban apenas leyó la carta de don Pedro, i tanto mayor era en este caso su celo por la justicia, cuanto que debía a don Pedro cien hectólitros de trigos, amén de muchos otros beneficios de mayor i menor cuantia.

Hallábase Esteban solo en la casa (porque sus padres andaban en dilijencias en la ciudad vecina), cuando se le

presenta un sarjento de celadores con dos soldados. El sarjento le entregó la orden de prisión i de allanamiento.

Esteban miró el papel, miró a los celadores i se sonrió.

—¿Para quién es esto?

—Para usted, señor. Ahí en el papel debe de salir.

—Aquí veo mi nombre; pero el juez debe de haberse equivocado, porque aquí dice que se me prenda por haber robado tres mil pesos a don Pedro Ripada. El juez se habrá equivocado, sin duda alguna. Será otro individuo con mi nombre. No lo entiendo.

—Así será, señor.

—Bueno—dijo Esteban.—Lléven el papel al juez i que lo corrija o que les dé mejores señas del individuo.

—Así será, señor; pero el juez nos dijo que era usted, i que a usted era al que teníamos que llevar.

—¿Es decir que soi yo?—exclamó Esteban palideciendo.

Se le ocurrió que bien podría en el alma de don Pedro haber tanta bajeza que, por venganza o temor de que pudiera verse con Sara, hubiese fraguado aquella vil impostura.

—¿Conque soi yo?—repitió Esteban.—Pues no voi.

—Pero, señor, de otra manera....

—No voi repito. I no se acerque ninguno, i ninguno me toque porque, por vida de mi madre, comerá tierra. Están ustedes despachados. Pueden retirarse.

Los celadores se miraron confusos i perplejos.

—I bien, ¿qué esperan para irse?—preguntó Esteban.

El sarjento de celadores, hombre grande i fornido, se le acercó entre respetuoso i resuelto, i dijo:

—No nos obligue, señor, a emplear la fuerza.

—¿A emplear la fuerza? ¡Oh! Empleen la fuerza. Háganme el favor de emplear la fuerza. Querría verlos empleando la fuerza.

—Ya que usted, señor, nos obliga....—dijo el sarjento i le puso una mano en el hombro.

Esteban no le dió tiempo para mas porque, reventando de coraje, le dió un par de bofetadas que tumbaron en el suelo al sarjento. Acudieron los dos soldados; pero Esteban, cojió un palo i los mantuvo a raya. El mancebo, en ocasiones, era capaz de hacer las de Orlando.

Al ruido vinieron algunos trabajadores de Esteban. Temerosos los aprehensores de que les moliesen las costillas, volvieron las espaldas. Pero Esteban, repentinamente sosegado, los llamó i les dijo dándoles algunas monedas:

—Aguárdense. Ustedes no tienen la culpa. Voi con ustedes.

Por dicha habíase ya oscurecido, i no tuvo Esteban que pasar por la vergüenza de que lo vieran preso como un malhechor.

El juez lo esperaba intranquilo: el caso era grave. Dió orden de que encerrasen a Esteban en el arriba mencionado cuartucho, i mandó preguntar a don Pedro que qué hacía con el preso. Contestóle don Pedro que ahí lo tuviese incomunicado hasta la vuelta de don Lizardo.

LIII

Pasó el dia del remate i don Pedro vió asombrado en los periódicos que se había adjudicado el fundo a otra persona. Carta de don Lizardo no llegaba. Don Pedro le escribió repetidas veces, le puso partes telegráficos; pero no recibía contestación alguna. Comenzó a intranquilizarse i le acudieron vagos temores. Escribió al banco para saber si habían cobrado la letra; respondiéronle que la habían pagado en el dia del vencimiento.

Don Pedro partió inmediatamente a Santiago. Recojiendo noticias, supo que don Lizardo había comprado letras para diversas casas i bancos estranjeros, i que se había embarcado en Valparaiso.

A don Pedro no le cupo duda de que era víctima de un un robo descarado. Envió por telégrafo aviso a las autoridades de los puertos donde debía tocar el vapor; pero resultó que don Lizardo había desembarcado en el primer punto en que hizo escala el vapor. No hubo medio de dar con él.

Impotente, irritado, furioso volvióse don Pedro a la hacienda. Imajinaba venganzas implacables i ejemplares.

Todo le parecía poco para castigar al ladrón. Su impotencia lo desesperaba.

Apenas llegó al fundo se acordó de Esteban, i se preguntó con sobresalto si no era seguro que don Lizardo había también emplumado con los tres mil pesos.

Resolvió poner en libertad a Esteban. ¿Pero cómo salir airoso de este paso? Esteban querría seguramente vengarse: lo acusaría criminalmente, echaría el asunto al diario. Don Pedro veía manchada su buena reputación.

En este apurado trance, recibió la siguiente carta:

Mi señor don Pedro:

Antes de partir, quiero manifestar mis sinceros agradecimientos al hombre jeneroso que ha realizado uno de mis ensueños: el de recorrer las naciones del viejo mundo. Mientras viva conservaré en el pecho el recuerdo de sus beneficios. Si usted alguna vez me necesita, no tiene mas que mandarme llamar i, aún cuando me encuentre en los confines del mundo, acudiré a su lado. ¡I cómo no mostrarme agradecido! Con los sesenta mil pesos que tuvo usted la bondad de regalarme, podré recorrer el mundo como un príncipe.

Excusado me parece advertirle que estoi a su entera disposición para lo que quiera usted encargarme, i que emplearé la mayor dilijencia en servirlo.

Salude con respeto i cariño en mi nombre, a mi señora doña Feliciana i a la amable Sarita.

Con sentimientos de distinguida consideración saluda a usted su affmo. i S. S.

LIZARDO.

P. D.

Por datos que últimamente he recibido, parece indudable que el autor del robo de los tres mil pesos no fué Esteban, sino otra persona cuyo nombre no puedo descubrir.

VALE.

Don Pedro dobló la carta i dijo con mucha flema:

—Bueno. Experiencia para otra vez.

Mas tarde le llegaron algunas cartas atrasadas de doña Feliciana. En ellas le comunicaba noticias alarmantes: Sara empeoraba dia por dia. Hallábase mui flaca i abatida. Su estado inspiraba serios temores. Doña Feliciana decía que volvería pronto para llevar la niña a Santiago i ver a los médicos. No sabía a qué atribuir tan súbito i rápido decaimiento.

—Bueno—dijo don Pedro.—Todo se me junta.

LIV

Cuando Esteban se vió entre cuatro negras paredes, que no dejaban entrar la luz mas que por un boquete o ventanilla, quedó largo rato sumerjido en el abatimiento. Luego después le vinieron unas ansias de estar libre, de correr, correr por los campos, de arriesgarse en las quebradas, bañarse en los rios, recostarse en la hierba a la sombra de tupidos árboles i sentir en la frente las brisas de la tarde. Se desesperó, se afiebró, no pudo dormir, se revolcaba en la cama. Al aclarar consiguió pegar los ojos.

¡Oh desegaño al despertar! Cojióle de nuevo el abatimiento. Sin embargo, después del mezquino almuerzo, le vino cierta resignación, forzosa es verdad; pero que, al fin, era resignación.

Entonces determinó Esteban escribir un libro titulado *Mis prisiones* a imitación de las de Silvio Pellico. Delineó algunos capítulos i escribió con lápiz en su cartera, muchas máximas de santa paciencia para aprovecharlas en su obra.

Pero, conforme iba llegando la hora de la siesta i apurando el calor, íbase tambien apurando la paciencia de

nuestro joven. Llegó un punto en que no pudiendo contenerse, comenzó a descargar desaforados golpes en la puerta.

Al ruido vino el centinela i preguntó:

—¿Qué se ofrece?

—¡Sáquenme de aquí! ¡Abranme la puerta!—gritó Esteban fuera de sí.

El centinela le respondió con sorna:

—Bueno. Pronto le abrirán—i se retiró riéndose.

Esteban, se tendió en la cama rendido i desesperado. Exhaltóse su imajinación. Para él, la sociedad estaba corrompida hasta en los cimientos: no había leyes, justicia, conciencia: reinaba la fuerza bruta i la riqueza bruta.—¡I dicen que estamos en república, que somos libres, que tenemos derechos!—exclamaba dando puñetazos en la cama.—Sin duda, ser malo es lo mejor. Si de todos modos a uno lo han de vejar i atropellar, que lo atropellen con causa. Sí, sí, seré malo. ¡Guerra a la sociedad!

I en alas de su fantasía, convertíase ya en un bandido de Shiller, en un Freyschütz, en un bandolero calabrés con la madonna, el trabuco, la mirada torva i el sombrero en punta; ya era un corsario o pirata; ya era Hernani, Zampa, Robin-Hood, o un jefe de *outlaws*. Hasta pensó en transformarse en un Viejo de la Montaña.

No hai que preguntar cuál sería la primera hazaña del noble i jeneroso bandido, bien que otras veces era cruel i sediento de sangre como un tigre. Una vez puesto en libertad i reunidos los compañeros, asaltaría la casa de don Pedro, le robaría la hija, i martirizaría al viejo, a su mujer i a don Lizardo. Incontinente iría a esconder el

robo en su misteriosa guarida, i ahí vivirían tranquilamente como Pablo i Virjinia.

Al llegar a este punto, Esteban se enterneció, suavizáronse sus feroces ardores, i hélo ahí nuevamente lacio i abatido.

Para distraerse, resolvió escribir un *Viaje alrededor de mi prisión.* Al efecto, se estableció en un rincón i comenzó a examinarlo buscando materia para los capítulos. Halló dos arañas i quiso domesticarlas. Cazó moscas i las enredó en la tela. Había leido que un prisionero, por igual modo, se captó la amistad i benevolencia de una araña, que fué por largo tiempo su compañera en la prisión.

Así pasó Esteban el siguiente dia, ora armado de paciencia, ora desesperado.

El juez no lo había hecho comparecer mas que una sola vez, i como Esteban no confesaba ni podía confesar que él había robado, meneaba el juez la cabeza con aparato misterioso, i le decía:

—Vuelva a su cuarto mientras resuelve el juzgado.

Al punto el juez mandaba aviso a don Pedro de que el reo persistía en negar, i que le dijese lo que debía hacer con él. Contestábale don Pedro que esperara un poco mas hasta la vuelta de don Lizardo.

Al cuarto dia ya nuestro joven se había casi del todo resignado. No había duda: encontrábase en los Plomos de Venecia; no tenía remedio.

Así las cosas, ¿cuál no sería su sorpresa al ver entrar un dia en su prisión a don Pedro, tan turbado como enternecido?

—Dispénseme, Esteban. Perdóneme—dijo don Pedro abrazándolo.—Ha sido una equivocación, o, mas bien, una lijereza mia incalificable.

Esteban, de primeras, recibió el abrazo con asombro i desconfianza: temía alguna celada. Pero las manifestaciones de don Pedro eran tan francas i sinceras que hubo de creerlas i perder toda sospecha. Olvidándolo todo, tendió jenerosamente su mano a don Pedro i le dijo:

—Señor, no ha sido nada. Siempre he creido que sería ésta una equivocación. Percances de la vida. No hablemos mas de esto: es cosa pasada.

El juez de subdelegación se deshacía en excusas:

—Dispense usted, caballero. Pero ¿qué podía hacer? Nadie sentía mas que yo la dura necesidad en que me encontraba de tenerlo preso; pero, al fin i al cabo, era necesidad estricta. Póngase usted en mi lugar. La lei es clara i nosotros somos esclavos de la justicia i de la lei.

Esteban encontró caballo a su disposición i salió con don Pedro.

—Vamos, amigo, a casa—dijo éste.

—Con mucho gusto, don Pedro—respondió Esteban.—Pero permítame antes ir a ver a mis padres i tranquilizarlos.

—Justo es eso. Lo espero en la tarde sin falta. Pero óigame antes de irse.

I en breves palabras le refirió todo lo ocurrido. Esteban le oyó con tranquilidad i sosiego, i se despidieron.

LV

A las primeras horas de la tarde llegó Esteban a la casa de don Pedro. Esperábalo éste en el corredor i lo recibió con extraordinarias muestras de cariño, tales que Esteban se veía todo confuso i acortado.

Llevólo a las piezas de don Lizardo.

—Ahora usted, amigo Esteban—dijo don Pedro,—me hará el favor de tomar a su cargo la administración del fundo, i puede nombrar al que usted guste para que le ayude. Por ahora, habitará estas piezas. Mas tarde hablarémos de su parte en las ganancias. Vamos a ver a la jente.

Dirijiéronse a la sala. Antes de entrar dijo don Pedro a Esteban que se esperara ahí un momento, i él, adelantándose hasta el umbral de la puerta, llamó a Sara.

—Sara, aquí te traigo un médico.

—¿Un médico?—dijo Sara con desdén.

—Sí, un médico i de los mejores. Vamos, ven.

—¿Quién será?—dijo Sara componiéndose el peinado.

Doña Feliciana estaba leyendo i no pareció en manera alguna sorprendida por el llamado.

Sara salió. ¡Válgame el cielo! ¡I qué cara de confusión i de sorpresa pusieron aquellos dos amantes! I no era nada la turbación: ni siquiera atinaban a saludarse.

—Muévanse, ¿qué hacen? A ver, Esteban—dijo don Pedro, haciendo el ademán de un abrazo.

El joven no se lo hizo repetir, i dió a Sara un abrazo corto; pero apretadito.

Entraron a la pieza, i don Pedro hizo señas a su consorte para que abrazara a Esteban, lo cual hizo ella con tanta frialdad i desgano que don Pedro no pudo menos de dirijirle un par de terribles miradas.

Doña Feliciana i su hija habían llegado de los baños el dia anterior. Ninguno de los pasados acontecimientos había comunicado don Pedro a su esposa, de manera que, apenas bajó del coche, se encerró con ella en la pieza i le descubrió todo. Pero nada impresionó tanto a doña Feliciana como el amor de Sara, causa evidente de su enfermedad, i la firme resolución de don Pedro de casarla con Esteban. Doña Feliciana lloró, gritó, se enfureció. ¡Una niña tan celebrada! ¡La esperanza de la familia en manos de un cursi insignificante! Doña Feliciana no podría soportar tan rudo golpe, cuanto mas que ella lo había previsto, lo había anunciado. ¡Ahora salimos con que no tiene remedio! Eso es: no le hagan caso a la mujer. Pero don Pedro no cejó:

—¿Quieres que se me muera la niña?

—Cuentos son esos—argüia doña Feliciana.—Que viaje, que se distraiga i no se acordará mas del Esteban.

—No hai tal. No quiero hacer pruebas con Sara. ¿I si

en ellas se queda? No sería caso extraordinario. Este es el primer amor de Sara, i Sara no es como todas las niñas. Es tiesecita: bien la conoces, i si ella no quiere olvidar a Esteban, no lo olvidará aunque mas lo procuremos. Por otra parte, el mozo me gusta, i no hai nada que decir en su contra.

—¡Qué dirán en Santiago cuando lo sepan!—exclamaba doña Feliciana agobiada.

—Hablarán un mes, dos meses, i despues nadie pensará en esto. Acuérdate de lo que era de nosotros, Feliciana.

No hubo santo. Se casarían: no había que hablar ni lamentarse. Cosa hecha.

—Ya lo irás queriendo a tu nuevo hijo.

—Nunca, nunca lo podré tragar—dijo doña Feliciana.

—No importa—dijo don Pedro sonriéndose.—Los nuncas de las mujeres no pasan de ordinario mas allá de un dia.

Quiso doña Feliciana que ya que se habían de casar nuestros amantes, se casaran en el campo i lo mas pronto posible. No se hallaba dispuesta a cargar con la responsabilidad de cuidarlos. Al casamiento no se invitaría mas que a los vecinos.

Sin embargo, Sara i Esteban se empeñaron en invitar a Isabel, la viuda, que tanto había hecho por ellos.

Contestóles Isabel en una carta que rebosaba contento por la felicidad de sus amigos; pero les pedía que la excusaran, porque se encontraba en vísperas de doblar, por segunda vez, la cerviz al yugo del matrimonio, con un alemán que había venido a establecer i dirijir una sucursal de una gran casa de comercio.

Unas horas tras otras, llegó la del casamiento, que fué en la noche. Puso las bendiciones el señor cura i, después de los abrazos i lagrimones de costumbre, los novios se eclipsaron discretamente.

FIN.

LA DAMA MISTERIOSA.

LA DAMA MISTERIOSA.

Sentados en un sofá del Parque Cousiño, tres jóvenes miraban la luna que brillaba de cantarle la *Casta Diva*. Hacía rato que permanecían mudos, al parecer absortos i embebidos en los vagos ensueños que la luz de la luna despierta, cuando repentinamente preguntó uno de ellos:

—¿En qué estás pensando, Felipe?

—¿Yo?—respondió el interpelado.—Estoi pensando en que mañana tengo que levantarme temprano para ir al cementerio. I esto es nada, sino que como no tengo coche, necesito pedir prestado alguno, porque ahora se ha descubierto que los coches de alquiler echan a perder un acompañamiento, i la familia del finado mas le agradece a uno no ir que ir en coche de alquiler.

—¡*Vanitas vanitatum*, que dijo el proverbio!—exclamó filosóficamente Patricio, el interpelante.—Dame un cigarro.

—I tan es así—continuó Felipe—que, apenas vuelven los deudos a la casa, lo primero que se les pregunta es qué extensión abarcaría el acompañamiento, si hubo muchos

carruajes particulares, cuántos mas o menos, si se veía algún coche de alquiler, si todos los acompañantes eran jente conocida i de pro. I no hai mejor consuelo para la familia que tener buenas noticias acerca de estos puntos.

—¡*Vanitas vanitatum*, que dijo el proverbio!— repitió Patricio.—¿Quién es el muerto?

—Una señora a quien visité una sola vez; no recuerdo dónde ni cómo. No tenía amistad alguna con ella; pero como se ha inventado repartir tarjetas de invitación para que nadie pueda excusarse por ignorancia (disculpa antes mui usada), enviáronme una i ahí me tienes comprometido. Por lo demás, la señora era un ánjel i deja un vacío bastante difícil de llenar, bien que mató a pesadumbres a una su hija, por lo cual, sin duda, le devolvió la mano su propio marido, i dicen que la pobre señora ha muerto de lo mucho que la maltrataba.

—¡*Cosí va il mondo*, que dijo el proverbio!

—I tú, Patricio, ¿en qué estabas pensando?—preguntó Felipe.

—¿Yo? En que mucho mas bien gozaría de la luna, si, en vez de hallarme con ustedes, tuviese a mi lado a una muchacha *comm'il faut*.

—Como la que tuve en Lima en una noche como ésta—dijo Roberto, el joven que aún no había hablado.—Les he contado esta aventura?

—No te la he oido.

—Ni yo tampoco—respondió Patricio.—Pero, ¿cuándo acabas de vaciar el saco? Hace dos meses que has vuelto de Lima i todos los dias aparecen nuevas aventuras, i eso

que cien veces nos has dicho que nada te quedaba por contar.

—Hombre.... tantas cosas.... a uno se le olvidan.... —replicó Roberto.

—Vamos al caso—dijo Felipe disponiéndose a escuchar con atención.

—Es el caso—comenzó Roberto—que, hallándome en Lima, salí una noche de calor sofocante a tomar el fresco en el puente de.... de.... ¿Cómo diantres se llama el puente?

—No será el de los Suspiros—observó Patricio,—porque ese está en Venecia.

—Continúa, llámese come se llame—dijo Felipe.

—El puente de.... de.... Lo tengo en la punta de la lengua.... Pasaba el rio por debajo.... —dijo Roberto encaprichándose en recordar el nombre.

—Pongamos que sea la puente del Mantible o el puente de las Mentiras, por lo menos.

—Deja contar, Patricio—arguyó Felipe incomodado.—I tú sigue con el cuento, que maldito lo que importa el nombre.

He observado (en las reuniones juveniles sobre todo) que cuando alguien toma la palabra para referir anécdotas o aventuras, siempre hai entre los oyentes alguno que se encarga de ridiculizar el relato i desorientar al que habla i a los que escuchan con pullas i burletas. En cambio no tarda en levantarse otro que asume el papel de persona grave. Este toma a pechos vijilar el orden e imponer silencio a los interruptores, explica la narración a los pre-

sentes de entendimiento confuso o tardío, indica al narrador cuáles hechos conviene referir primero i cuáles después, i, cuando queda el relato en suspenso, él advierte en qué punto lo cortaron.

—Estará de Dios—dijo Roberto—que no dé con el nombre del puente. Por mas señas, a la entrada había una casucha.

—Vamos adelante—observó Felipe.—Saliste a tomar el fresco en el puente, ¿i....?

—I comencé a tomar el poco que corría. Sería cosa de las once i media. La luna brillaba como ahora. No se veía un alma. Después de haberme paseado un rato, me puse de codos en la baranda del puente mirando el agua.

—Punto importante—notó Patricio.

—¡Oh!—exclamó Felipe como espantando moscas.

—Cansado de la postura—continuó Roberto,—vuélvome para seguir mis paseos, cuando veo que hacia mí se adelanta una mujer vestida de blanco, que miraba a uno i otro lado como buscando alguna cosa. A bulto me pareció creatura arrogante i hermosísima, de tal suerte que me erguí algún tanto alborotado. No era para menos: el silencio, la soledad, la luna, el murmullo del rio, la aparición inesperada i fantástica de aquella mujer, cosas que cada una de por sí predisponen al hombre a caer en la tentación, obrando juntas debían rendirme necesariamente, cuanto mas que no tengo punto de comparación con san Antonio abad.

"Creo que la dama no me había visto, porque, cuando me enderecé, apuró el paso i exhaló hondos ayes i suspiros:

—¡Ai, Dios mio! ¿Qué haré? ¡Señor! ¡Señor!— i, mirando siempre a uno i otro lado, llamaba a una Luisa.

»Dirijíme a ella i le pregunté cortesmente si en algo podía servirla.

—»¡Ai, caballero!—me respondió.—Soi la creatura mas desdichada del mundo.

—»Señora, si puedo prestarle algún consuelo.... ¿Y no podría saberse la causa de su desdicha? Quizás fuera tal que tuviese remedio,

—»¡Ai, caballero! Figúrese usted que me retiraba de una visita acompañada por mi doncella....

—»¡Ah! ¿Traía usted alguna doncella?—dije a impulsos de no sé qué apetito glotón.

—»Sí, traía una. Me seguía a corta distancia. En esto me vuelvo i no la encuentro, la llamo i no me responde. La he buscado inútilmente por todas partes, i héme aquí sola, a hora tan avanzada de la noche.... ¡Dios mio! ¿Qué pensarán de mí los que me vean?

—»No hai motivo para aflijirse—dije yo.—Si usted quiere honrarme....—i aquí le ofrecí el brazo con un ademán gracioso e insinuante—la acompañaré hasta su casa.

—»Gracias, caballero—dijo asiéndome del brazo.

—*L'avventura è piccante*, como decimos en la ópera—observó Patricio.

—Cuando ví de cerca a mi dama blanca—continuó Roberto,—quedé pasmado. En la vida he contemplado mas perfecta hermosura, mas esbelto talle....

—De noche todos los gatos son pardos—dijo Patricio.

—¿Son pardos? Serán pardos—replicó Roberto ani-

mándose.—Pero aquella mujer no era parda. ¡Oh! Eso lo aseguro. Era realmente hermosa. No se rian. Si ustedes la hubiesen visto, dirían que.... en fin, encontrarían que eran pocas mis alabanzas. Hombre, cada vez que me acuerdo....

—Sigue adelante que nadie te dice nó—dijo Felipe.

—Fuera de broma—continuó Roberto.—Yo he visto muchas mujeres; pero como esa ninguna.

—Adelante, adelante—exclamó Felipe golpeando el suelo con impaciencia.

—I a todo esto, ¿cómo se llama el puente?—preguntó Patricio.

—Si así ha de andar el cuento, mejor será que hablemos de otra cosa—dijo Felipe.

—Tengan ustedes paciencia. Digo, pues, que iba espantado de mi buena suerte. Se me hacía agua la boca, de igual modo que al niño a quien le han regalado una gran torta, que no halla por donde principiar a comérsela i la sabrosea mirándola.

"Caminamos algún trecho hablando de las doncellas. Indudablemente ya no existían esas antiguas criadas de razón en quienes uno se podía confiar sin temor. Ahora las criadas costaban un ojo de la cara i se robaban el otro. La doncella desaparecida había presentado excelentes recomendaciones. Astucias: servir bien i honradamente en casas de estricta vijilancia para robar a su gusto en otras mas ricas i menos cuidadas.

"De cuando en cuando estrechaba el brazo a mi compañera; pero no parecía la dama reparar en ello.

"Guiábame, mientras tanto, a barrios apartados, lo cual no dejaba de causarme cierto recelillo i echar de menos mi revólver; pero la dama, a cada vuelta de esquina, me daba excusas i me decía que ya faltaba poco para llegar. Por otra parte, la situación de su casa la incomodaba muchísimo. Había residido largo tiempo en la provincia, desde la muerte de su esposo, i el encargado de tomarle casa, interpretando con exajeración sus recomendaciones, le había elejido una tan distante del centro de la ciudad, que no pensaba permanecer en ella sino lo preciso mientras encontraba otra.

"Hablamos de otros puntos, singularmente de la ciudad i de sus costumbres, i aquí me tomé la libertad de hacer algunas alusiones por demás maliciosas i confirmadas con sendos apretones al brazo; pero mi dama parecía de mármol.

"Llegamos, por último, a una calle débilmente alumbrada, con malas veredas i peores casas. De improviso, detúvose mi compañera delante de una puertecita baja, estrecha i enterrada, i golpeó. Yo estaba confundido. ¿Cómo explicarme....? Porque mujer tan hermosa no podía vivir en tanta miseria, i ella no andaba vestida sino mui ricamente. Con uno de sus pendientes podía comprar una casa diez veces mejor. Pero todo puede ser, pensé yo, i quién sabe si tan pobre fachada conduzca a rejios salones....

"Pero, ¡mil diantres!—exclamó Roberto, mirando a un individuo que venía hacia ellos.—Para acá viene Alberto. ¿Dónde me escondo? Es de balde. Me ha visto."

Llegó el susodicho Alberto (un joven vestido con esmero i elegancia i de modales despreocupados), i acercándose por un lado a Roberto, le dijo:

—Hombre, escúchame una palabrita.

Retiráronse a una parte i, después de conversar breve rato, se despidieron.

Volvió Roberto a sus amigos.

—¿Quién era ese fulano i por qué le querías hurtar el cuerpo?—preguntó Patricio.

—¡Pch!—exclamó Roberto.—Es un famoso saca-dinero. A eso vino ahora.

—«Hombre—me dijo cuando nos apartamos—dejé olvidada mi cartera en la casa.... un compromiso.... necesito pronto.... ¿Tienes ahí cinco pesos que prestarme? Mañana te los devuelvo.

«—Aquí los tienes—le dije echando presuroso mano a mi cartera.—Pues hombre, ¡qué casualidad!—exclamé—.No encuentro mi cartera. Me ha pasado lo que a tí.

—«¿De veras?

—«De veras.

—«¡Qué hacer! Adiós.

«Desde que conozco a Alberto, lo conozco con la cartera olvidada en la casa. Al principio me embaucó varias veces con la treta, hasta que por fin dí en responderle con lo mismo.

«Este tal anda constantemente rondando los teatros, i si divisa algún amigo que va a sacar entrada, al punto se le pega.

—"¿Vas a tomar entrada?—le dice.—Pues allá voi también.

"Pide dos entradas, i tanto se demora en encontrar i contar el dinero, que el amigo, mas pundonoroso, tiene que pagarlas. El insiste entonces en pagar la entrada al amigo; pero como le dicen que no importa, que será para otra vez, se guarda mui fresco su dinero. Ya comprenden ustedes que, con semejante sistema, invita a todo el mundo a todas partes.

"Por temporadas anda con un billete de cincuenta o de cien pesos. Convida a montar en coche, a tomar helados, a jugar al billar, i paga con su billete. El vendedor no tiene como cambiarlo; pero quizás los compañeros tendrán trocado. Rejístranse, pagan i Alberto se guarda su billete, enojadísimo con el vendedor que no tiene trocado i con los amigos que pagan siendo así que él los habia invitado."

—No perderé de vista al mozo—dijo Felipe.—Sigamos con la narración. Ibamos en que llegaste a la casita.

—Como les iba diciendo, llegamos a la casita. A los golpes de la dama abrió la puerta un negrillo. Yo hice ademán de retirarme; pero ella me invitó con tantas instancias (aparte de que yo no deseaba otra cosa) que no pude excusarme. Me introdujo a una pieza en que había desparramados algunos buenos muebles: la alfombra se hallaba sin clavar i extendida a la lijera. La luz de una lámpara iluminaba escasamente la habitación. No sé qué olor a humedad.... un aire no renovado.... muchas telarañas.... grietas en las paredes....; les aseguro que sentí algo mui parecido al miedo. Me imajiné mil cosas.

—"¡Mire usted el desorden de esta pieza!—me dijo la dama sonriéndose.—Pero, usted me disculpará. Como estoi por mudarme de un dia para otro, no he querido arreglar nada. Ni siquiera he clavado la alfombra.

"No me tranquilicé con esto i pensé en retirarme cuanto antes. Saqué el reloj i me hice del espantado al ver que no tardaría en ser la una.

—"¡Cómo! ¿Se va usted?—me dijo la dama desprendiéndose una rica mantilla que le dejó en descubierto la garganta i parte del *divortia aquarum*. En seguida, con un sacudimiento de cabeza, esparció por sus espaldas una cabellera que ni la de Berenice la igualara. Aquello, hijos mios, era espléndido, deslumbrador: asesinaba. No tuve fuerzas para levantar el sombrero que ya había cojido.

—"Aguárdese usted—continuó con naturalidad i con cierta coquetería graciosa que hasta entonces no había mostrado.—Aguárdese usted. Su reloj debe de estar adelantado. ¿No me acompañará a tomar el té?

—"No tomo nunca té—dije con voz desfallecida.

—"Por lo menos tomará una copita de oporto o de jerez. Con su permiso voi a dar orden para que nos sirvan.

"I salió sin dar lugar a mas explicaciones.

"No bien hubo salido, me armé de resolución, hice un esfuerzo sobre mí mismo, i con grandísimo trabajo levanté a dos manos el sombrero, que me pareció extraordinariamente pesado i me lo calé.

"Salí en puntillas al zaguán. Mi intento era irme derecho a la calle, la puerta estaba entreabierta; pero sentí una conversación en voz baja. Miré a todas partes i ví

que conversaban tras de un cancel o cosa parecida que cerraba el zaguán. Acércome i oigo:

—"¿Están prontos?

—"Hace mas de dos horas.

—"Me parece que no trae armas.

—"Tanto mejor.

—"Entra tú con la copa de jerez i cuando esté bebiéndola....

—"Entro yo.

"No esperé mas. Me apartaba con pasos de gato; pero el miedo me clavó repentinamente los hijares i apreté a correr. Al llegar al umbral de la puerta de calle, siento que se abre el cancel. Al ruido salté como una langosta i fuí a dar al medio de la calle. Piernas para qué me sirven, dije yo, i corría que no parecía sino que me hubiese desbocado. Sin dejar de correr vuelvo a medias la cabeza i veo a dos negros corpulentos que me seguían renegando i blasfemando.

"Me eché a gritar desaforadamente:—"¡Socorro! socorro! Me asesinan!"—No se veía un policial. Los negros me alcanzaban, uno sobre todo. Pero en algo debió de tropezar porque sentí un batacazo i un reniego. Mientras se levantaba le saqué mas de una cuadra de ventaja.

"Por fin doi con tres policiales que conversaban i fumaban tranquilamente en una esquina. Jadeando les refiero el caso. Aunque tenían pocas ganas de moverse, les hice tales ofrecimientos pecuniarios que se resolvieron a ir conmigo a la casa de la dama misteriosa.

"Llegados allá golpearon la puerta. Nadie abrió ni se

sintió ruido de pasos. Asegundaron aldabadas mayores: idéntico resultado. Pedí entonces que se derribara la puerta. Como era endeble, cedió fácilmente i entramos, no sin temor de hallarnos de manos a boca con algún tropel de desalmados bandidos. Pero, admírense ustedes, no se encontró persona viviente, ni objeto alguno que indicase que hubiesen morado en esa casa. La pieza donde me recibió la dama, no tenía ni rastros de muebles o de alfombra. Parecía encanto. Siguieron las pesquisas por toda la casa. Nada. Los policiales entonces creyeron que la mia era burla i quisieron llevarme a la cárcel. Felizmente me apresuré a vaciar mis bolsillos en sus manos i, antes de que quisieran pedirme el reloj, me escabullí."

EL PASO DE VENUS.

EL PASO DE VENUS.

En la noche anterior al paso de Venus—me refería hace poco mi amigo Daniel—Manuel, yo i Juanito, un etcetéra que tú no conoces, nos hallábamos junto al muestrario de una tienda de lujo en el pasaje Matte. Nuestra ocupación era la ordinaria de los grupos de jóvenes apostados en los paseos públicos: reirnos i murmurar de los paseantes. ¿I cómo evitarlo? Por ahí andaba Lucio, recién llegado de Europa, adonde fué sin duda a graduarse de necio, porque desplegaba todo el aparato de un doctor en dicha facultad: mirar de corto de vista o de quien mira cosas insignificantes, risita burlona, suficiencia del que se basta a sí mismo, desembarazo de un sábelotodo. Antes del viaje, teníamos a Lucio por un simplón tímido i moderado; mas, por lo visto, en Europa perdió el lastre i se ha soltado a todo trapo.

También exhibía su interesante persona el joven poeta Aquilio. Paséabase sin compañero. Sus miradas eran vagas como si se perdiesen en los espacios sin límites del cielo o en las azuladas ondas del océano. De cuando en cuando, empero, fijaba la vista en los concurrentes i to-

maba entonces un aspecto meditabundo i melancólico: parecía preguntar qué se ficieron el rei Don Juan i los infantes de Aragón. I aquí viene lo divertido. Una moza guapetona i enjalbegada que no se le veía piel, pasó al lado de nuestro poeta rozándole el codo con gran desfachatez. Aquilio la dejó pasar adelante i tanteó su paso conforme al de ella; luego después se perdieron uno i otro en las penumbras de la plaza de Armas. Yo que tenía amistad con Aquilio i que mas de una vez había recibido confidencias i nuevas confidencias sobre los desengaños del mundo, el hastío, la vanidad del placer, etc., no dejé de embromarlo con la moza en la próxima vez que lo ví.

—¡Qué! ¿Cómo?....¿Te imajinas que yo....?—me dijo con soberbia.—Mira, te lo confesaré francamente. Si seguí a esa mujer, fué con un propósito poético: quería apurar hasta las heces el cáliz de los desengaños.

No hai que decir que en el paseo no faltaban las señoritas Parabeas. Soi de opinión que la municipalidad debía asignarles una gratificación a título de adornos ambulantes de los paseos públicos.

No poca risa nos daba de ver a algunas damas i damiselas que entraban a la tienda de lujo con mucho garbo i mirando a todos lados, con el despacio suficiente para que todos notasen bien en qué tiendas se surtían de ordinario. Era de creer que iban a gastar centenares de pesos. Pedían esto i aquello; nada les contentaba i se salían como entraban.

Dejemos ya la charla i vamos a la aventura.

Algunas tiendas se cerraban, apagábanse las luces, los

paseantes disminuían. Nosotros íbamos tambien a tocar retirada, cuando.... ¡oh maravilla!.... Venus, Venus misma, Venus en carne i hueso, pasó frente a nosotros reflejando los torrentes de luz que salían del escaparate ¡Qué mujer! Ostentaba el vigor de las formas unido a la gracia mas acabada, la majestad en armonia con la elegancia mas fina i donairosa. No era de esas hermosuras anjelicales e inocentes, era de las otras. En ella habrías contemplado a la naturaleza en todo su esplendor i desarrollo, al tipo del sexo, a la mujer por antonomasia.

Tú supondrás que, ante aparición tan extraordinaria i tan codiciada por imajinaciones juveniles, debimos de quedarnos a cuál mas extático i suspenso. Pues admírese vuestra merced: no hubo nada de eso. Cada uno volvió los ojos a otra parte con singular indiferencia. Yo, empero, observé a la disimulada hacia que parte ella torcía i, no bien hubo desaparecido, me despedí bruscamente de mis compañeros, sin que ellos procurasen detenerme ni pedirme explicaciones por separación tan repentina.

Caminé en dirección opuesta a la que nuestra Venus parecía llevar; pero volví en la primera boca-calle i libre ya de miradas importunas, me encaminé a alcanzar a esa mujer. Tal prisa me dí que dos minutos después la seguía a una distancia mas o menos respetuosa.

No anduvo ella mucho. Llegó a un hotel i subió como en su casa. Yo eché una mirada a lo largo de la calle, i ví a varios bultos que al punto tuve por otros tantos satélites de Venus. No había que vacilar. Subo a saltos la escalera del hotel i al primer sirviente que topo le pregunto:

—¿Conoces a esa señora que acaba de entrar?

—Nó, señor. Otro está a cargo de esas piezas.

—Bueno. No importa—le dije precipitadamente.—Llévame esta tarjeta a la señora i trae luego la contestación. Aquí tienes una propina.

—Voi i vuelvo al punto.

En efecto, estuvo de vuelta en un santiamén. La señora me contestaba que pasase a su habitación.

Aunque yo esperaba semejante respuesta, hubo, al oirla, tal desparramo i fuga de ideas en mi cabeza, como el que hai de jente en un incendio cuando gritan: ¡Hai polvora!

Sin tiempo para recobrarme, llego al cuarto i golpeo con timidez.

—Pase usted—me contestaron.

Héme ahí en el santuario. Saludé con palabras entrecortadas i enmudecí. Mi Venus, que estaba colocando su sombrero en una silla, me devolvió el saludo con agradable sonrisa, que para mí fué bonísimo agüero, me invitó a tomar asiento i me dijo:

—Caballero, el sirviente me ha traido con tanto apuro su tarjeta, que creo se tratará de algún urjentísimo asunto.

I completando su pensamiento con un ademán expresivo, me dió a entender que le comunicase luego lo que me traía.

Preludio tan ceremonioso i correcto acabó con la poca serenidad que me quedaba. Me ví en una situación ridícula. Para salvarla era menester un arrojo temerario. Me decidí.

—Señora—le dije,—la he visto a usted pasar hace un momento. En la vida había contemplado mas cabal hermosura. No he podido.... usted me ve....

Escuchábame la dama con cierta malicia burlona que me quitó el valor, i comencé a dar manotadas de ahogado para concluir la frase. Buscando estaba ella sin duda, alguna manera de decirme sin ofenderme: "Usted es un impertinente. Mándese mudar de aquí", cuando entra el sirviente con una tarjeta.

La dama miró la tarjeta.

—No lo conozco—murmuró en voz baja.—Pero que entre—añadió dirijiéndose al sirviente.

¡Cuál no fué mi sorpresa i disgusto al ver a Manuel! Como es truhán, corrido i hombre de lances, metióse de rondón en la pieza, imajinándose, sin duda, habérselas con alguna Frine.

—Señora, a los piés de usted—le dijo, i volviéndose a mí repentinamente, añadió:—¡Bribón! ¿No convidas a tus amigos? Pero te conocí el intento. Por ahí me desprendí de Juanito i me he venido tras de ustedes. Señora, es preciso castigar a este mozo i dejarlo sin parte por egoista.

—Caballeros—dijo la dama levantándose trémula i encendida.—No comprendo lo que aquí pasa. Háganme el favor de retirarse.

Dijo estas palabras con tanta dignidad, que Manuel me miró desconcertado. Yo tomé mi sombrero i le hice señas de que nos retiráramos.

En esto se fué abriendo la puerta poquito a poco, i

Juanito, un infeliz sin hiel ni miel, asomó la cabeza i preguntó:

—¿Habrá algún lugarcito para mí?

Estas palabras, dichas con la simplicidad mas cómica (cosa natural en Juanito) i en tales circunstancias, nos hicieron prorrumpir en la mas estrepitosa carcajada que pueda oirse. A la dama no le hizo menos gracia que a nosotros la ocurrencia de Juanito. En vano se mordía los labios procurando conservar su gravedad; hubo de perderla al vernos reir con tantas ganas. ¡Qué sonrisa tan encantadora i voluptuosa! Era tal que al punto nos puso serios.

Manuel se confirmó con esto en su primitiva idea de que la dama era una Frine, i miró la indignación como pura astucia i finjimiento.

—Pero; ¿sabe usted—la dijo—que por nada tomo a lo serio su enojo? Astuta es usted. I luego este diantre de Daniel, con su cara de persona acortada, le ayudaba primorosamente.

Ella tornó a cobrar su semblante grave i digna apostura.

—Caballeros—repitió, —háganme el favor de retirarse. De no, me veré obligada a llamar, lo cual sería vergonzoso para ustedes i mui desagradable para mí.

Pero Manuel, sin darse por vencido, exclamó:

—¡Otro enojo! Vamos, señora. ¿Por qué se enoja? Si así sigue, nos iremos.

El tono de amenaza con que Manuel pronunció las últimas palabras, irritó a nuestra Venus i, tomando un tim-

bre, oprimió el botón repetidas veces. Casi al mismo tiempo entró un hombre de elevada estatura i de largas patillas rubias.

—¡Oh, Edwin! ¡Qué a tiempo llegas!—exclamó la dama.

—¡Vulcano!—soplé al oído de Manuel.

—Sea Marte o Vulcano, es preciso batirnos en retirada—me contestó.

El recién llegado nos hizo una reverencia i se la devolvimos con otra en extremo respetuosa. Al mismo tiempo cojimos apresuradamente nuestros sombreros.

—Mui acompañada te encuentro, esposa mia—dijo el recién llegado.—¿Necesitabas algo, que tocabas el timbre con tanta fuerza?

Al decir esto, el marido nos miraba de reojo i con recelo.

—Sí, Edwin—respondió ella.—Justamente era para mandarte buscar. Quería presentarte a estos caballeros.

—Mucho gusto de conocer a usted.

—Servidor de usted.

—Tengan la bondad de sentarse.

—Mil gracias—contestó Manuel con urbanidad exquisita.—Ya que dejamos acompañada a la señora, vamos a retirarnos con su permiso.

—Dispensen ustedes—dijo ella con gracia i finísima ironía;—pero no puedo permitirles que se retiren hasta que Edwin les haya dado debidamente las gracias por su conducta tan caballeresca.

—¿De qué se trata?—preguntó Edwin.

—Lo dejaremos para otra vez, usted deseará probablemente dormir.... ya son mas de las once.... no hai apuro....—observó Juanito, que miraba con indecible terror el bastón de Edwin, un bastón grueso, nudoso, con una enorme cachiporra de metal.

Manuel mientras tanto me decía a media voz que, llegado el caso, nos portásemos como dos Don Juanes.

—Pero, ¿de qué se trata?—volvió a preguntar Edwin.

Juanito, retrocediendo insensiblemente, iba ya cerca de la puerta.

—Figúrate, Edwin—dijo la dama,— que, de vuelta del comercio, al atravesar una boca-calle, por nada me atropella un coche. Estos valientes jóvenes se lanzaron sobre los caballos i los detienen. Si no es por ellos, ¿qué habría sido de mí? Quedé poco menos que desmayada al considerar el riesgo que había corrido. Ellos han tenido la amabilidad de acompañarme hasta aquí, de manera que yo no podía ni debía permitir que se retiraran, antes de que tú los conocieras.

—¡Es posible!—exclamó Edwin.

Contar las efusiones de Edwin, los apretones de mano, las alabanzas que prodigaba a nuestro arrojo, no tendría término.

—¿I no les sucedió nada? ¿No recibieron alguna contusión?— nos preguntaba con solícito interés.

—Siento un dolor en las costillas—dijo Juanito.—Debió de ser una lanzada. Pero no es cosa.

—¡Oh! ¡Valiente joven!—exclamó Edwin conmovido.—Espero en Dios que eso pasará pronto.

—Sí, sí—dijo Juanito.—Ya me voi sintiendo mejor.

Ya que nos resistíamos tenazmente a prolongar la visita (por motivos de delicadeza que tú comprenderás fácilmente), quiso Edwin que le acompañásemos a beber una copa de coñac. El brindó con gran entusiasmo i nosotros con visible vergüenza i embarazo, que Edwin atribuía a modestia. Entonces nos refirió que él era inglés i su esposa americana, que ese mismo dia habían llegado a Santiago por un negocio de apuro, i que al otro dia partían a Valparaiso a embarcarse para Europa.

FIN

ÍNDICE.

PÁG.

ESTEBAN 7

LA DAMA MISTERIOSA 235

EL PASO DE VENUS 249

ES PROPIEDAD.

BIBLIOTECA NACIONAL
DEPTO. CENTRO NAC. DE PROCESOS TECNICOS
DL ☐ D ☐
6 MAYO 1982
Ca ☐ Co ☒
SECC. CHILENA